



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **“Por las calles de la migración” Extranjeros en Santiago de Chile**

Memoria conducente al Título de Periodista

**MEMORISTAS:**

Carolina Acevedo González

Natividad Espinoza Riquelme

**PROFESORA GUÍA:**

Ximena Póo Figueroa

Santiago-Chile

2015

## Índice

Prólogo.....	3
Santo Domingo con San Antonio.....	9
Las segundas y terceras generaciones de peruanos en Santiago.....	14
La Bombonera en Bellavista.....	19
La fiesta cubana en Huechuraba.....	24
El California.....	30
Brasileños en Chile, una inmigración profesional y familiar.....	35
Más allá de la Plaza de Armas.....	39
Colombianos, peluquerías y manicuristas.....	45
Avenida Brasil para todos.....	50
El argentino que se vino por amor: ‘soy un agradecido de Chile’.....	55
Fiesta boliviana en un parque de Santiago.....	62
La turca que borró su acento.....	67
Los discos voladores se toman las plazas.....	72
Más que Providencia y Las Condes.....	79
Colombia y Venezuela.....	87
El ruso que vino a bailar por dos años y se quedó hasta hoy.....	91
Perú mil sabores.....	97
Cuando lo mejor es trabajar de lunes a lunes.....	102
Desde el norte a Ñuñoa.....	107
Entre goulash y fútbol.....	112
Epílogo.....	119

## Prólogo

Un informe de la ONU, publicado a fines de 2013, determinó que Chile es el país de Sudamérica en que más creció el número de inmigrantes entre 1990 y 2013. Durante esos 23 años, los extranjeros residentes en nuestro país pasaron de ser 107 mil a poco más de 441 mil. La tendencia al alza se mantiene hasta el día de hoy, pero no solo eso, sino que además de ir en aumento la cifra de inmigrantes, también se ha ampliado el abanico de sus países de procedencia, el propósito por el que vienen y el tiempo que se quedan. Según datos del Departamento de Extranjería y Migración (DEM), en 2012 se solicitaron 55 mil visas de trabajo, un 35% más que el año anterior, y cerca de 100 mil personas solicitaron visa de residencia temporal, un 31% más que el año 2011.

Caminar por Chile y, sobre todo, por las calles de Santiago, ya no es lo mismo que hace una década. Actualmente, nos encontramos con migrantes en la panadería de enfrente y en la plaza. En ciertos lugares de la capital existen barrios que estos nuevos santiaguinos han hecho suyos a lo largo de estos años. La bienvenida migración ha ido transformando el espacio público y también, a veces sin que nos demos cuenta, nuestra forma de vivir y convivir.

Por estos días es normal encontrarse a extranjeros en los servicios públicos de la capital. Es común ir en un vagón de Metro en compañía de gente de todo el mundo, principalmente de Latinoamérica, que no viaja en calidad de turista, sino que con ropa de trabajo, haciendo una vida cotidiana como cualquier otro chileno. Lo mismo ocurre en los Centros de Salud Familiar, donde es fácil encontrar peruanos, haitianos, dominicanos y bolivianos como pacientes y ecuatorianos, cubanos y también colombianos que trabajan como médicos o enfermeras, reforzando la falta de profesionales del área de la salud de nuestro país. Así es como los inmigrantes, principalmente de Sudamérica, hacen vida en distintos sectores de Chile.

Hoy es de conocimiento popular que los peruanos y bolivianos se asientan principalmente en la zona norte, así como en el sur hay alemanes y europeos que han llegado por familiares que se

quedaron en el país en los tiempos de la colonia, cuando se buscaba poblar el sur, pero ¿qué pasa en nuestra capital?

Lo cierto es que Santiago cuenta con el mayor porcentaje de inmigrantes en el país. Si se revisan los datos de las validaciones de visa de personas de distintos países que registra en el Departamento de Extranjería y Migración (DEM) del ministerio del Interior, gran parte de los extranjeros que llegan a Chile se quedan a vivir en la capital, habiendo datos del departamento de extranjería de la PDI que contemplan que un 58,8% de inmigrantes que llegan a nuestro país se quedan en la capital.

Con este gran movimiento de extranjeros sabemos que muchos colombianos se quedan en Antofagasta y que los peruanos y bolivianos suelen hacer de Arica su hogar. ¿Pero qué pasa en la capital, cómo se distribuyen las nacionales extranjeras que se quedan aquí?

En este sentido, Santiago se comporta como un Chile a escala y, tal como en el norte se advierte un tipo de inmigración diferente al que está presente en el sur, ciertos barrios y comunas de Santiago se han ido poblando por grupos de inmigrantes en que predominan determinadas nacionalidades de origen.

Por ejemplo, en Santiago Centro predominan los peruanos, colombianos y dominicanos, mientras en Las Condes se pueden encontrar más argentinos y españoles. Pero estos grupos de inmigrantes no sólo viven, trabajan y se divierten en sectores determinados, sino también los hacen suyos y, de cierta forma, los modifican y transforman. Esto lo confirman datos del DEM, donde el jefe del departamento, Rodrigo Sandoval, declaró a La Tercera el 21 de septiembre de 2014, que existe una ruta migratoria en la Región Metropolitana: lo más común es que durante los primeros meses tras su llegada, se ubiquen en los lugares más céntricos de la capital, principalmente en el casco histórico, donde se dedican a regularizar su situación migratoria con el fin de conseguir un trabajo. Una vez resuelto esto, los migrantes buscan un lugar donde residir permanentemente, eligiendo Quilicura, Recoleta, Pedro Aguirre Cerda, Quinta Normal, Maipú y Estación Central.

Así, barrios de esta capital se han convertido en pequeños mundos con vidas cotidianas que resignifican la memoria y el presente. Hoy, estos lugares están llenos de sorpresas para los propios santiaguinos, repletos de nuevas costumbres y personajes característicos; cada uno con una interesante historia que contar. ¿Qué lugares son estos? ¿Quiénes son los que se juntan ahí? ¿Cómo han hecho suyos estos sectores de nuestra principal urbe? ¿De qué manera han sido modificados por los migrantes? ¿Qué historias se viven en el día a día de estos rincones? Quizás saberlo podría llevarnos a una convivencia más grata y armónica con los inmigrantes, hacernos sentir más cercanos a ellos y aprender de otras culturas que ya no necesitamos viajar para conocer, porque hoy están a la vuelta de la esquina.

Es más, estas culturas no solo se han apropiado de ciertos barrios, sino también han creado sus propios lugares de encuentro, en que se juntan, se conocen e incluso comienzan a establecer fuertes lazos afectivos, tanto entre ellos como con chilenos que se han vuelto parte importante de sus vidas. Tal es el caso de un cuidador de autos en el barrio Yungay que tras convivir durante más de 30 años con un locatario chino del sector, adoptó como costumbre saludar a sus clientes con un “Ni hao” y despedirse con un “Xièxiè”.

A pesar de que el número de inmigrantes ha experimentado un aumento ascendente desde 1992, cuando sólo eran un 0,79% de la población, hasta hoy que suman un 2,04%, la Ley de Extranjería que rige hoy fue redactada en 1975 y no ha presentado cambios significativos desde entonces. De esta manera, son cada vez más los residentes de nuestro país que viven en condiciones precarias, sin poder adquirir la residencia definitiva y, por ende, sin derecho a la salud, entre otros inconvenientes que afectan directamente su calidad de vida.

Por esa razón hoy es común encontrar en los noticieros nacionales casos de niños que no pueden recibir tratamientos médicos o que son discriminados en los centros asistenciales por no tener ningún tipo de cotización en salud. Vale destacar que, según datos del DEM, de los dos tercios de inmigrantes que trabajan en Chile, sólo un 42,5% cotiza en Fonasa y un 15,6% en Isapres, dejando a un 41,9% totalmente desvinculado del sistema de salud nacional.

Uno de los modos de obtener la residencia definitiva es, además de llevar al menos dos años viviendo en Chile, tener un contrato laboral, lo que ya es difícil para los chilenos, por lo que para muchos migrantes es casi una utopía, sobre todo por los tipos de empresas que solicitan los servicios de estos trabajadores, que suelen ser esquivas en lo que respecta a cumplir con los plazos establecidos para dar estabilidad a su personal.

Pero no sólo eso, sino que gran parte de los extranjeros que hoy viven en Chile deben conformarse con trabajos temporales, como en agricultura y construcción, rubros en que se ofrecen más oportunidades debido al déficit de trabajadores que presentan. De hecho, según el diario La Tercera, el gerente general de la Federación de Productores de Fruta (Fedefruta), Juan Carlos Sepúlveda, dijo el 6 de junio de 2013 que en el sector frutícola existía un déficit de 40 mil trabajadores. Y no es novedad que tanto en este rubro, al igual que en la construcción, no hay contratos indefinidos de por medio. Esto, además de tratarse de oficios en que los trabajadores corren bastantes riesgos y, a pesar de tratarse de accidentes laborales, muchas veces las empresas no se hacen cargo de los gastos médicos, lo que significa que finalmente los trabajadores deben solucionar este tipo de problemas por sus propios medios, los que en gran parte de las ocasiones son precarios.

Otro punto a considerar es que, pese a haber puestos vacantes, los extranjeros no pueden postular a los mismos desde sus países de origen, por lo que quienes más necesitan un empleo deben viajar sí o sí, a pesar de no tener la seguridad de si van a encontrar o no un trabajo. Esto trae consigo otras consecuencias, como que los interesados deben hacer los trámites correspondientes para conseguir visas, lo que también significa un gasto extra que, por ejemplo, para los peruanos alcanza los 40 mil pesos y, para los argentinos, tiene un costo de \$135 mil. En el mismo artículo de La Tercera, Sepúlveda sugirió que “se debe plantear la idea de que los precios de las visas para los inmigrantes sean rebajados o bien eliminados” cuando el interesado busca un empleo por un periodo de tiempo determinado. Lo que además sería beneficioso para algunos extranjeros que vienen a ocupar puestos específicos, como capacitar a otros empleados para que sepan utilizar una maquinaria determinada porque, en casos como éste, suele ser el empleador quien corre con los gastos de las visas.

Cifras del DEM de 2014 confirman que el 70,8% de los inmigrantes están ocupados en distintos tipos de trabajos, de mano de obra, técnicos o profesionales y que incluso, según datos de la misma entidad, tienen en promedio 12,3 años de escolaridad, poco menos de dos años más que los ciudadanos chilenos. Sin embargo, esto no ayuda a que la percepción sobre los extranjeros que residen en nuestro país cambie. Generalmente, se asocia la inmigración a la delincuencia, la prostitución, la ilegalidad, lo cual se ve reforzado por muchas publicaciones de periódicos regionales que sin pudor titulan indicando como sospechosos de distintos delitos a ciudadanos extranjeros.

Muchos de ellos tampoco logran regularizar su situación de residencia o laboral, lo que les significa estar marginados de las instituciones estatales y los sistemas nacionales, cosa que tampoco ayuda a que los inmigrantes sean valorados por su aporte a la deficiencia de mano de obra y de profesionales en diversos rubros. Siendo estos casos también de controversia los más vistos en los noticieros y medios nacionales en general. Pese a todo esto, el perfil general del inmigrante creado por DEM postula que el 70,5% de los extranjeros que viven en Chile, se sienten muy satisfechos con su vida en nuestro país. Lo que dista casi un 10%, de lo que los chilenos piensan sobre el mismo tema, siendo 61,6% los que se sienten de igual manera.

En vista de estos antecedentes, consideramos importante que los chilenos conozcan más en profundidad a estos nuevos habitantes de la capital, a través de narraciones sobre la vida cotidiana de éstos y su modo de vivir y relacionarse con otros en este centro urbano. Este trabajo corresponde a una recopilación de crónicas en que se rescatan historias de migrantes de distintas nacionalidades, cada una de las cuales recoge las vivencias, deseos, alegrías y nostalgias de sus protagonistas, siempre enlazadas a los lugares de Santiago que habitan o frecuentan.

Las crónicas “Santo Domingo con San Antonio”, “La Bombonera en Bellavista”, “El California”, “Más allá de la Plaza de Armas”, “Avenida Brasil para todos”, “Fiesta boliviana en un parque de Santiago”, “Los discos voladores se toman las plazas”, “Bellavista de Colombia”, “Perú mil sabores” y “Desde el norte a Ñuñoa” fueron escritas por Natividad Espinoza.

Las crónicas “Las segundas y terceras generaciones de peruanos en Santiago”, “La fiesta cubana en Huechuraba”, “Brasileños en Chile, una inmigración profesional y familiar”, “Colombianos, peluquerías y manicuristas”, “El argentino que se vino por amor: ‘soy un agradecido de Chile’”, “La turca que borró su acento”, “Más que Providencia y Las Condes”, “El ruso que vino a bailar por dos años y se quedó hasta hoy”, “Cuando lo mejor es trabajar de lunes a lunes” y “Entre goulash y fútbol” fueron escritas por Carolina Acevedo.

## **Santo Domingo con San Antonio**

En Santo Domingo con San Antonio, pleno centro de Santiago, hay una feria artesanal en que se venden productos típicos de distintos lugares de Latinoamérica. Se nota que hay una buena relación entre los comerciantes, quienes conversan, se sonríen y se prestan sencillo cuando es necesario. La mezcla de acentos colombiano, boliviano, peruano y, por supuesto, chileno, hacen del conjunto de locales comerciales un asentamiento interesante de visitar, que recuerda un poco al ambiente del pasillo artesanal típico de San Pedro de Atacama.

En un puesto, que ofrece sombreros de llamativos colores, mochilas de cuero con aguayo, bolsos, instrumentos musicales de viento, muñecas, máscaras y otros objetos característicos de la cultura boliviana, Danilo pasa los días. El hombre, de 47 años, irradia alegría y energía. Es muy inquieto y su atuendo siempre tiene un accesorio que remite a sus raíces. A veces un sombrero; otras, un cinturón tejido a telar. Los *jeans* gastados son un clásico suyo, al igual que la sonrisa y la buena disposición. Su pelo, corto y muy ordenado, contrasta un poco con la espontaneidad de su trato.

Danilo, de padres bolivianos, nació en Arica. Sin embargo, tras el golpe de Estado, su familia volvió a su país de origen. “Había una especie de pacto entre los presidentes autoritarios de ese tiempo. En el lado boliviano era Hugo Banzer Suárez, quien para recoger a su gente envió a Chile trenes gratis para que nos fuéramos a Bolivia. Y nos fuimos”, cuenta quien en ese tiempo era un niño de seis años que no entendía bien lo que estaba pasando. Una vez en Bolivia, Danilo y su familia se fueron a vivir a la ciudad de El Alto, en plena meseta altiplánica, la visera de La Paz. Ahí vivió con sus padres y sus seis hermanos hasta los 23 años.

“Entonces mis papás se separaron y mi papá y cuatro de mis hermanos nos fuimos a probar suerte a Iquique”. Ahí tuvieron su propio negocio de importaciones, pero también vivieron situaciones muy duras. Uno de los hermanos murió en un accidente automovilístico y, como su padre iba y volvía de Bolivia, fueron Danilo y los dos hermanos que le quedaron en Chile

quienes tuvieron que encargarse de la empresa, una importadora. “El negocio era bueno, pero no había ningún día que yo no trabajara”, dice con una expresión más seria que antes.

Nuestra conversación es interrumpida cada cierto rato por potenciales clientes, a quienes el vendedor cuenta todo sobre el o los objetos que despiertan sus intereses. Pero, a pesar de los radicales cambios de tema, cuando los compradores se van Danilo siempre recuerda perfectamente de qué estábamos hablando, retomándolo justo desde donde habíamos quedado. Cuando una mujer se va, luego de preguntar por varias cosas y no comprar nada, Danilo me sigue contando lo vivido en Iquique.

“Pero en un momento las lucas ya no te llenan. Es como cuando estás solo y de mala gana. Comes por comer, no lo disfrutas. Ahí me llegó el bajón, me empecé a meter en las cosas truculentas de la vida, alcohol, mujeres y otras cosas. Así comencé a perderlo todo, incluso a quienes yo creía mis verdaderos amigos”, recuerda. Pero eso no fue todo, porque además los dos hermanos con quienes entonces estaba en Iquique “más que ayudar me hacían más problemas. Mientras yo trabajaba uno me jugó chueco, se fue y se llevó casi toda la plata. El otro era más aislado, veía sólo su interés propio”. Aunque cuando se refiere a este hermano ensimismado y poco empático lo hace con más cuidado, porque él es el único que sigue a su lado, trabajando ahora en la feria artesanal santiaguina. Su nombre es José y pasa a ratos por el puesto, aunque no atiende casi a nadie y sus ademanes y paseos no ocultan que lo único que quiere es abandonar rápidamente el lugar.

José es el hermano mayor de Danilo, pero son muy distintos, incluso físicamente. La expresión de José no tiene nada de amigable. “Es pesado mi hermano, es pesado. Generalmente estoy yo a cargo de todo y como él es mi hermano mayor, se molesta. No le gusta que yo lo mande, yo creo que piensa que él debería darme órdenes a mí”, reflexiona. Luego de esa mala experiencia en Iquique, que se potenció e hizo insostenible con la crisis asiática de fines de los '90, Danilo y José decidieron volver a Bolivia, pero no tuvieron mucho éxito porque, como dice Danilo, “ya habíamos perdido el impulso necesario para hacer buenos negocios”.

Es por eso que, luego de siete años de pocos frutos en lo laboral, decidieron volver a Chile, pero esta vez probar suerte en Santiago. Don Felipe, su padre, los ayudó a montar el puesto que conservan hasta hoy. De su llegada a la capital ya han pasado diez años.

Al principio a Danilo no le gustó para nada el ambiente de la feria porque él, como cuenta, “era rockero, heavy metal, rock pesado, Pink Floyd, todo eso”, entonces no se sentía cómodo en un lugar como ése. Es más, dice que al principio no vendía nada porque no se sentía identificado con la artesanía que ofrecía en el puesto, sino totalmente fuera de contexto, mientras escuchaba a Pink Floyd.

Incluso, asegura que se quedaba dormido en horas de trabajo. “Hasta que me llegó la madurez y asumí lo que soy. Yo no voy y no puedo dejar de ser aymara”, reconoce. “Entonces empecé a meterme con los clientes, a escucharlos, a traer lo que ellos querían. Una especie de estudio de mercado”. De esta manera empezó a irle mucho mejor y a sentirse más motivado con respecto a su realidad.

Este cambio de actitud no sólo lo ayudó a acercarse a los chilenos, sino también a otros inmigrantes que trabajan en la feria, sobre todo otros bolivianos, peruanos y hondureños. “Los primeros inviernos que pasé aquí se dieron varias situaciones que me hicieron ver que aquí había personas valiosas. Por ejemplo, cuando llovía, se llovía toda la feria. Ya no tanto, pero en ese tiempo era algo normal y teníamos que ayudarnos entre todos. Ahí se empezó a notar la solidaridad, un espíritu de equipo. Ir a trabajar se convirtió en algo mucho más agradable”.

Así, creando lazos, empezó encontrarle un encanto al lugar en que trabaja. Al mismo tiempo, Danilo comenzó a enamorarse un poco de Santiago, que hoy le gusta principalmente porque “es cosmopolita” y ha sido testigo de sus cambios, lo que lo hace sentir que es parte de esta ciudad que ha ido creciendo junto a él. Fue un gusto adquirido, un sentimiento que se ha ido consolidando con el tiempo.

A veces, los artesanos y comerciantes de la feria cierran el lugar, invitan a más gente y hacen fiestas adentro. “Es una cosa gigante, la otra vez un policía estaba asustado”, ríe Danilo.

“Imagínate, mil personas bailando. Caleta. Amigos, parientes, de todo. Siempre hay festejos. No son siempre aquí, por ejemplo mañana tenemos una fiesta para la Virgen del Carmen y hoy en la noche tengo un encuentro de bailes”. Danilo es uno de los principales organizadores de estas fiestas y se siente muy a gusto con sus tareas de productor de eventos. “La gente ya me reconoce, me invita una cervecita, algo para comer”, comenta feliz mientras ve pasar a José una vez más.

Estos eventos, que han hecho de Danilo una de las personalidades más populares entre los bolivianos de Santiago, comenzaron a hacerse en un pequeño pasaje de la calle Vicuña Subercaseaux y luego pasaron a celebrarse en la Parroquia Italiana, de Bustamante. Un lugar conocido por ser residencia de muchos inmigrantes, sobre todo aspirantes a asesoras del hogar. La plata que se obtiene con la venta de comida y bebida en los eventos se la dan a los recién llegados que todavía no han encontrado trabajo estable. Cuando don Felipe viene a Chile, no se pierde ninguna celebración y a todas se presenta con su charango, para animar a todos los presentes.

Sin embargo, hay veces en que los bolivianos que muestran aquí su folclore se sienten un tanto discriminados. Por ejemplo, en los eventos que se han encontrado con representantes de la cultura mapuche, Danilo cuenta que han sido rechazados “porque ellos no entienden nuestra propuesta. Para nosotros reivindicar no es morir, tiene que ver con una forma de persistir. Mantener eso, mantener la esencia de la cultura a pesar de los cambios a través del tiempo”, expresa.

No obstante, Danilo conoce bien y defiende la postura mapuche y cree que en el territorio nortino hacen falta personas como ellos, porque hoy “nadie habla del norte que están depredando, dejando sin agua, llevando las riquezas y dejando pura mugre. Es una lástima ver cómo van destruyendo un país con tanta riqueza natural”, dice de corazón.

Pero el episodio que más lo ha hecho sentir tristeza e impotencia fue el terremoto del 27 de febrero de 2010. “Ese día yo estaba aquí —en Santiago—, había una fiesta aymara. Yo me encontré con un amigo como a las ocho, nos tomamos unas cervezas y nos fuimos al carnaval.

El terremoto me pilló en la celebración, que era en Cerro Blanco”. Otro lugar que han hecho suyo algunos grupos de inmigrantes en Santiago.

“Estábamos disfrutando y de repente todo se empezó a mover. La visión era realmente apocalíptica. Cayeron rocas, veías polvo en todos lados. Un desastre. Yo estaba súper asustado y lo único que hacía era pensar en mi familia, en mis seres queridos. ¿En qué estarán? ¿Dónde estarán? ¿Estarán bien?”, se preguntaba al mismo tiempo que se afirmaba de un árbol para no perder el equilibrio.

Cuando logró volver en sí, Danilo decidió ir a la pensión en que vivía en ese tiempo, a sólo cuadras de la feria artesanal. “Me daba miedo ir, pero había que hacerlo. Cuando llegué no había nadie en la casa. Tuve mucho miedo de entrar a mi cuarto y pensé varios minutos antes de hacerlo porque pensaba que todo iba a estar hecho tiras”. Afortunadamente, sólo se cayeron algunas cosas de una repisa, nada grave. Aunque, claro, la pena seguía ahí. Danilo se sentía solo y necesitaba tener noticias de su familia en Bolivia, pero no tenía cómo comunicarse. Entonces trató de distraerse y durmió un rato. Más tarde, y sin mucha fe, volvió a ir a Cerro Blanco a ver si se encontraba con alguien.

Una vez en esa zona se llevó una grata sorpresa que lo hizo sentir mucho mejor. “Había mucha gente con la que había compartido antes pero también personas nuevas. Ahí no había negros ni blancos, todos éramos hermanos: aymaras, peruanos, bolivianos, chilenos, argentinos. Todos estábamos juntos en ese momento”.

Cuando ya estaba prácticamente tranquilo, Danilo logró hablar por teléfono con su señora, a quien por alguna razón no había mencionado con anterioridad. “Escuché su voz, me preguntó si estaba bien y el teléfono se cortó. No alcanzamos a hablar nada pero me dio gusto escucharla”. Luego de esas escasas palabras les fue imposible volver a comunicarse durante varios días. Ahora que sé que tiene esposa le pregunto por ella y me dice que él se casó en Bolivia pero que ella no quiso trasladarse a Chile con él. Se casaron en el tiempo en que su familia volvió a Bolivia luego del fracaso económico vivido en territorio iquiqueño. Tienen tres hijos juntos y todos estudian en un colegio de Cochabamba. “No me da para traérmelos y menos para que

estudien acá. Es más conveniente para mí que estén allá y también para ellos. Allá tienen sus compañeros, sus amigos y reciben una educación más cercana a nuestra cultura. Mi esposa y mi familia en general es muy conservadora y, aunque no lo parezca, yo también lo soy”, dice.

Hoy Danilo vive en San Pablo con Amunátegui, en pleno centro de Santiago, está enfocado en su puesto de artesanía y pone mucho empeño para vender su mercadería. No obstante, lo que a él le gustaría sería poner un restorán de comida boliviana porque, afirma, “aquí no hay restaurantes bolivianos buenos. La otra vez fui a uno y la comida la encontré súper fea. Me dio pena”.

Aunque para cumplir este sueño es harta plata la que le falta y tampoco descarta la idea de volver de manera definitiva al país que lo ha acogido en los momentos más difíciles de su existencia.

## **Las segundas y terceras generaciones de peruanos en Santiago**

Vanessa empuja con fuerza la barra vertical que maniobra el tránsito de un carrito de bomberos, una suerte de triciclo que carga a su hijo Eduardo, de un año y dos meses. El sonido es tan ensordecedor que la enclaustra en su caminar raudo por calle Libertad hacia la Plaza Yungay, en pleno centro de Santiago.

Tiene 22 años y siempre que le preguntan su nombre por primera vez, se le arrancan unas carcajadas involuntarias. “Es que me llamo Vanessa y mi apellido es Fiestas. Siempre se ríen cuando lo digo o no me creen, porque parece que no es común en Chile como en Perú. Encima es como van-esas-fiestas”, dice con una risita nerviosa.

Nació y se crió en Chimbote, a poco más de 400 kilómetros al norte de Lima, Perú. Su madre se vino a Chile cuando ella tenía 12 años, porque aquí ya vivía uno de sus hermanos con su esposa e hijos, por lo que no le fue difícil encontrar un trabajo como asesora del hogar en una casa en Las Condes. “En ese tiempo ella no podía viajar a vernos, pero hablábamos muy

seguido. Tuvo suerte porque sus patrones eran muy buenos y nos podía mandar cosas y plata con lo que le pagaban. Yo sabía que apenas cumpliera 18, me podía venir”, cuenta.

Y así lo hizo. Hace cuatro años llegó a Santiago y lo encontró “bonito y limpio”, al principio trabajó en ferias de artesanía los fines de semana, con muchos peruanos y sobre todo colombianos. Así conoció distintas ciudades de Chile, principalmente playas: “Viña del Mar, San Antonio, Pucón, Villarrica, La Serena... muchas. Era una burbuja, porque compartíamos entre nosotros tanto que a veces hasta sentía que seguía en Perú o hasta que había viajado a Colombia ya de tantos colombianos que veía”, cuenta entre risas.

Durante ese tiempo se quedó con su mamá en la casa de sus segundos y actuales patrones, también en Las Condes, pero no podía estar ahí por mucho tiempo y el trabajo en las ferias era sólo los fines de semana, así que su madre le consiguió un trabajo más estable. “Cuidaba a una señora de edad en Providencia. Ella era una señora muy, muy buena, yo le estoy muy agradecida porque me apoyó mucho, sobre todo cuando llegué, porque ahí se vino el movimiento y sufrí mucho con... cómo las llaman... sí, réplicas”.

Claro, Vanessa llegó en enero de 2010 y en febrero le tocó el terremoto de magnitud 8,8 que azotó medio Chile. Ya instalada en los juegos de la Plaza Yungay, con Eduardo sobre el resbalín cuenta: “yo soy muy dormilona, mucho. Tanto que no sentí el terremoto, desperté cuando ya estaba casi terminando. Nadie lo podía creer, pero yo lo agradecí porque de haberlo sentido me moría de miedo. Claro que no me pude librar de las réplicas, ahí no hubo piedad. Todo el día sentía que se me movía todo y ahí mi pobre patroncita tenía que contenerme”.

Eduardito no camina solo, así que Vanessa lo lleva de la mano y con una paciencia infinita lo sube a cada uno de los juegos que hay. Son cerca de las seis de la tarde. Los niños ya han salido del colegio y los juegos están llenos. Pocos de los padres son chilenos, hay dominicanos, haitianos y muchos colombianos y peruanos. Vanessa ya conoce a algunos, se los topa casi todos los días en la Plaza, pues siempre a la misma hora saca a su pequeño hijo a pasear.

“Acá la gente no toma tanto en cuenta las plazas, la mayoría somos extranjeros. Allá donde yo vivía, en Chimbote, no hay plazas como éstas. Está la plaza, pero nunca es tan bonita y nunca hay juegos porque la gente no sabe cuidar las cosas y se roban lo que pongan. En la única parte que uno encuentra juegos es alrededor de las iglesias, ahí la gente mala no va. Por eso yo vengo siempre con él y a él le gusta harto”, dice mirando al pequeño que se balancea en un columpio. De todas maneras hace hincapié en que ahora se encuentra con más compatriotas: “ahora hay más peruanos que antes aquí en la Plaza Yungay. Siempre hemos sido muchos por aquí, pero antes no se veían en esta plaza, era más que nada que llegaban a dormir”.

Al lado de Eduardito se columpian dos niños colombianos y uno dominicano, que nos miran con vergüenza. Sólo se ríen con sus papás que también nos miran con cara extraña. En ese momento veo que soy la única chilena. En varias ocasiones intento entablar conversación con los niños y los padres, pero no me hacen caso. Vanessa ya conversa con tranquilidad. Desde que un poco antes de que su hijo naciera, arrienda una pieza en una casona ubicada en Rafael Sotomayor con Martínez de Rozas, justo en la esquina. Ahí vive hoy vive con su pololo chileno, el papá de Eduardito, que tiene el mismo nombre.

A Eduardo papá lo conoció hace poco más de dos años. “Llevaba poco pololeando, como dos meses y quedé embarazada. Al principio fue terrible, después ya lo asumimos. Bueno, Eduardo estuvo feliz de un principio. Al tiempo me molestaba mi familia de acá. Me decían ‘que potente que salió el chileno’, jajá, porque yo había estado de novia poco menos de cinco años en Perú y cuando llegué acá tuve otro novio peruano por unos meses, pero me topé con el primer chileno y listo no más”, dice entre risas mientras mueve de un lado a otro a Eduardito, que lucha por no dormirse.

Mientras trabajaba en la casa de la señora de Providencia, Vanessa se puso otra meta: estudiar. Fue su patrona quien la motivó a que buscara un instituto que tuviera clases vespertinas, pero como no encontró de técnico en enfermería, que era lo que quería, su patrona la apoyó con las clases diurnas. “Yo tenía un poco ahorrado, pero ella me ayudó también. Además, iba a clases de día, entonces llegaba a ordenar todo y le dejaba todo listo para el día siguiente, estudiaba y me acostaba para levantarme bien temprano al otro día”, cuenta.

Así estaba su vida cuando en el instituto conoció al hermano gemelo de Eduardo, que estudiaba técnico en deportes. Se hicieron yuntas, muy amigos, eso hasta el día en que le presentó a su hermano y su amigo se convirtió rápidamente en cuñado y prontamente, en tío.

“Desde que nació Eduardito, mi rutina cambió tanto. Al poco tiempo de embarazo tuve que dejar de trabajar, porque ya la panzota no me la podía. Ahí nos vinimos a vivir acá. La pieza la consiguió mi tío que vive por acá cerca también. Ya nunca voy a Providencia, tuve que dejar el instituto, voy seguido a Las Condes a visitar a mi mamá y más seguido a La Pintana, porque la familia de Eduardo es de allá y mi suegra me cuida al niño. Al principio no me quería, pero desde que nació él y vio que era igual a sus gemelos, lo adora. Me llama para que la vaya a visitar”, cuenta Vanessa.

— ¿Y qué te parece La Pintana? ¿Te gusta ir?

— No es que no me guste, pero es peligroso. Se parece mucho al pueblo de donde vengo, con mucha violencia. Ahí no es tan fácil llevar a los niños a la plaza a jugar como aquí. Los niños pasan encerrados. Yo creo que lo que menos me gusta es que se parezca a mi pueblo, sobre todo porque recuerdo que mi hermano sigue allá, metido en eso, y al final le puede hacer mal.

— ¿Cuántos años tiene él?

— Tiene 16 años, pero no es muy bueno para trabajar... ni para el colegio. Mi abuela lo llevó a un sicólogo allá y le dijeron que tiene problemas de concentración, algo así, que había que llevarlo a un siquiátra quizás y darle pastillas. Pero era muy caro y mi abuela no tenía cómo llevarlo y acá es más caro, así que tampoco.

— ¿Él piensa en venirse?

— Sí, siempre. Está muy ilusionado con llegar cuando cumpla 18. Yo quiero que venga, el problema es que tiene que hacer cosas acá. No se puede quedar en nada como está allá.

Después de casi dos horas de juegos. Eduardito está rendido. Lucha por no cerrar los ojos, pero lo logra apenas. De todas maneras, Vanessa dice que nunca se duerme antes de que llegue su papá. Y eso es cerca de medianoche. “Desde que vivimos juntos, Eduardo tiene tres trabajos: es reponedor, hace aseo en una empresa y clases en un gimnasio. Se levanta a las cinco de la

mañana y llega a las 12 de la noche, pero siempre que llega él está despierto y juegan, no importa si llega cansado. Eso es bonito de sus partes”.

Ya es tarde y Vanessa decide volver a casa. A Eduardito le atrae la fuente del centro de la plaza y llora por ir a ver el agua. “Ama el agua, ama bañarse. Cuando pongo su tina en el baño, se mueve tanto que deja todo mojado. Yo trato de secar, pero es mucho. Los vecinos nunca se han quejado, pero los debe molestar”, cuenta Vanessa, porque tienen baño común.

Tras un rato mirando el agua, Eduardo vuelve a subirse a su ambulancia-triciclo y Vanessa vuelve a caminar por calle Libertad hacia Martínez de Rozas.

En el trayecto recuerda a toda la gente que ha conocido y concluye que los únicos chilenos son los familiares de Eduardo. Llega a la puerta de su casa, es una casona desteñida. Grande y bonita, pero a mal traer. Adentro hay varias piezas, dos tienen las puertas abiertas y Eduardito se mete rápidamente en una. “Acá son todos chilenos, extrañamente no hay más peruanos. Yo no conozco a nadie, pero lo conocen a él porque es el único niño aquí y entra a todas las piezas que tengan la puerta abierta”, cuenta Vanessa. En su pieza tiene la cama, una cuna y una cocina, donde hace comida chilena y peruana por igual.

“Ya me acostumbré, *poh*”, dice sin darse cuenta que suelta un chilenismo. Tenía razón, Eduardito ya no piensa en dormir. Seguramente espera que su papá vuelva de su tercer trabajo.

## **La Bombonera en Bellavista**

Es 20 de noviembre, una de las fechas más importantes de este año para los fanáticos del fútbol argentino, sobre todo para los hinchas de River Plate y Boca Juniors, quienes no escasean en Santiago. Poco antes de caer la noche más de una decena de argentinos llega al bar Tiro de Esquina de Providencia, todos hinchas del equipo de uniforme azul con amarillo, que ya está de local en La Bombonera.

A medida que pasan los minutos, se van sumando más personas al encuentro organizado a través de redes sociales. Cuando quedan sólo minutos para el inicio del encuentro en que se enfrentarán por la ida a semifinales de la Copa Sudamericana, ya todos tienen su cerveza frente a sí, y algunos piden cosas para comer. Las chorrillanas, hamburguesas y grandes porciones de papas fritas toman el protagonismo sobre las mesas ya repletas de gente.

Uno de los más emocionados por el próximo inicio del partido es Marcelo, un bonaerense de 31 años que llegó a Santiago en 2009 para dedicarse a la venta de ropa y accesorios importados de su ciudad natal, ocupación que mantiene hasta hoy. Marcelo vive en Providencia desde que llegó, cerca del metro Pedro de Valdivia. Su relación con el fútbol es profunda y le gusta definirse a sí mismo como un hincha de Boca “de nacimiento”. El trasandino es alto, atlético y tiene una mirada muy coqueta. Además es simpático y dueño de un humor rápido e inteligente.

Marcelo me cuenta que no siempre se junta con sus compatriotas a ver los partidos de Boca, sino “sólo los más importantes, las fechas clave”. Por supuesto, el clásico definitorio que comienza en poco más de cinco minutos es uno de ellos. El trabajador independiente dice que son varios los argentinos que viven cerca suyo, pero que la mayoría de sus amigos lo hace más hacia la cordillera, sobre todo en Las Condes y Vitacura, por lo que suelen juntarse más allá en sus ratos libres, en distintos pubs y discoteques.

Uno de estos amigos del barrio alto es César, quien también se encuentra alentando al equipo de sus amores en el llamado “Futbar” de Bellavista. Él tiene 29 años y llegó a Chile hace dos y medio. César también pertenece al mundo de los negocios y fue gracias a esto que conoció a Marcelo en Argentina, quien luego de unos años logró convencerlo de que acá las cosas estaban mejor y el ambiente santiaguino era agradable. César tiene puesta la camiseta de Boca, tiene el pelo crespo, claro y se lo acomoda más de lo normal. Él es más bien delgado, tiene ojos pardos y es un poco más tímido que su amigo, aunque igualmente amable y con buena disposición.

El puntapié inicial da origen a un silencio absoluto en el local, unos segundos de solemnidad que personalmente se me hacen eternos, pero prefiero no interrumpir. Me da la sensación de

que ellos entran en un estado de hipnosis, pero de a poco empiezan a volver en sí. Sin embargo, nunca vuelven a ser lo que eran antes de que comenzaran los esperados 90 minutos.

El minuto 13 del encuentro es marcado por dos tiros de esquina consecutivos a favor de Boca pero ninguno de los dos termina en gol. No muy contento con lo que acaba de suceder, Marcelo sigue hablándome de su vida en Chile y revela no echar de menos a su familia, porque viaja mes a mes a Buenos Aires y la mayoría de las veces aprovecha de ir a visitar a sus padres y a su hermano Alberto, quien todavía no ha salido del colegio y ve a su hermano mayor como un ejemplo a seguir.

Su clan familiar es muy unido y todos menos Marcelo viven en una casa del barrio Almagro. Sus papás son profesores y han venido varias veces a Chile. “Conocen Santiago, Viña, Valparaíso y la Carretera Austral. Ahora sueñan con Isla de Pascua”, cuenta sin perderse un instante del partido.

“Yo me vine para acá huyendo de la crisis económica y creo que fue la mejor decisión porque me ha traído muy buenos resultados, tanto en lo económico como en lo social. Los chilenos me han sorprendido gratamente, ¿sabés? La mayoría del tiempo me he sentido integrado y acogido por ellos. Me han roto prejuicios, aunque todavía tiendo a salir más con otros argentinos. La verdad es que somos bastante aclanados. Lo hacemos como por costumbre”, sostiene.

A estas alturas César se ha comido alrededor de 30 papas fritas que ha sacado ansiosamente, una tras otra, de una chorrillana que tiene en frente. Hace rato ya que se terminó la primera cerveza que le sirvieron en un estilizado vaso de cerca de medio litro. A diferencia de Marcelo, él no viaja muy seguido a la capital Argentina y admite echar de menos a su familia.

“Lo que pasa es que somos muchos. Mi viejo, mi vieja, mi abuela y mis cuatro hermanos menores. Entonces pasé de vivir con siete personas más a vivir solo en un departamento, en otra ciudad, en otro país”, explica. “Además, como no tengo novia y trabajo de manera independiente, paso gran parte del día sin hablar con mucha gente. Por eso, al final de la jornada espero poder juntarme un rato con alguno de mis amigos más cercanos”.

César coincide con Marcelo en que los chilenos somos bastante acogedores. “Tuve algunos problemas en discos con chilenos, pero sólo en un par de casos puntuales. Nada grave, sólo malos ratos. Yo creo que a veces ellos se sienten amenazados por nosotros porque son más quedados y nosotros tenemos más personalidad, nos acercamos más a las mujeres. Ellos tienen miedo de que se las quitemos, se ponen celosos cuando nos ven conversar con ellas. Por lo menos esa es la impresión que me da a mí”, dice sin ánimo de alardear de sus encantos trasandinos.

Primera tarjeta amarilla para Boca. Un par de hinchas llegan a ponerse de pie impulsados por el descontento, pero luego vuelven a sentarse, enojados y desanimados. A estas alturas aumentan las antes no tan evidentes quejas con respecto al arbitraje y, por supuesto, se da a conocer la visión unánime de que el juego de River es notoriamente inferior al de Boca. Tanto Marcelo como César están solteros hace un buen tiempo, por lo que salen hartos los fines de semana. No obstante, los dos dicen hacer muchas cosas más que “salir de joda”.

Los dos trabajan bastante y se preocupan por su físico. Ambos disfrutan principalmente del deporte al aire libre. A Marcelo le gusta subir el cerro San Cristóbal en bicicleta o trotando, mientras César prefiere jugar tenis con amigos en distintas canchas de su comuna. Él dice ser muy bueno y reconoce que ser tenista profesional es el único sueño frustrado de su vida, hasta el momento.

En la cancha que se ve en una gran pantalla todavía no pasa nada realmente interesante. El partido sigue sin goles, pero los hinchas de Boca sólo quitan los ojos de televisor para pedir más cerveza e intercambiar quejas y monosílabos. Sólo hay una persona que aparentemente no está tan interesada en lo que sucede en Buenos Aires. Ella es Claudia y se encuentra parada frente a la barra intentando conversar con uno de los trabajadores del local, quien no le pone mucha atención.

Claudia tiene 23 años y es modelo y diseñadora gráfica. Acá trabaja principalmente como promotora y se vino a vivir a Santiago hace menos de un año, con el fin de juntar plata y volver

a su país con lo suficiente para comenzar con su propia empresa, asociada con una compañera de la universidad que la espera allá. Ella tiene muy claros sus objetivos.

Claudia es alta, tiene su pelo rubio perfectamente liso y una muy bonita figura que resalta con una polera corta y jeans ajustados. Ella creció en Mendoza y viene de una familia sin muchos recursos económicos. Actualmente pololea con Emilio, uno de los chicos que están pegados viendo el clásico. A Emilio lo conoció en Santiago, durante un evento en el que trabajó como promotora, hace alrededor de cinco meses. “A mí me gusta el fútbol, también me gusta Boca, pero cuando los partidos están muertos no me gusta quedarme mirando como boluda. Me impaciento, prefiero distraerme, ¿entendés?”, me pregunta.

La guapa veinteañera dice que los chilenos son muy agradables y mucho más respetuosos que los argentinos. Con chilenas no se ha relacionado mucho, sólo en los eventos en que ha participado como modelo o promotora, aunque en éstos suele encontrarse con otras argentinas y prefiere conversar con ellas porque generalmente tienen más cosas en común y hablan de particularidades de su país, de la situación política actual y de las cosas que echan de menos. Además se pasan datos de lugares entretenidos y cosas que hacer en la ciudad que aún parecen desconocer.

Cuando finaliza el primer tiempo, algunos de los chicos salen a fumar, mientras otros se quedan tomando y comentando lo ocurrido durante los primeros 45 minutos más los dos de tiempo agregado. A todos les parece que el árbitro favorece a River. En este momento noto que suenan igual que un grupo de fanáticos chilenos viendo un superclásico o clásico universitario. Esto, sacando el detalle del acento, por supuesto.

Tres minutos antes del comienzo del segundo tiempo, todos ya están de vuelta en sus posiciones iniciales, a la espera de que los próximos minutos signifiquen la ventaja y posterior triunfo para Boca. Pero a los 10 minutos de juego todavía no pasa nada que marque un antes y un después, y a los 12 los hinchas pasan tremendo susto debido a una aproximación de River al arco.

Un par de minutos después del casi infarto colectivo retomo la conversación con Marcelo. Cuando le cuento que soy de Ñuñoa, me dice de inmediato “¡Plaza Ñuñoa!” y empieza a hablarme de algunas experiencias que ha tenido en ese bohemio sector, al cual ha ido en algunas ocasiones con amigos y también amigas. De los locales de la plaza conoce el Ébano, el The Clinic y el tradicional Dante, pero también recuerda que le han recomendado ir a almorzar a Las Lanzas, cosa que todavía no concreta. A estas alturas, el cambio en la cara de César es evidente. Ya está decepcionado debido a la falta de goles, pero más que rabia parece tener pena. Se ve que es muy sensible y que realmente el deporte es algo muy importante para él.

En el minuto 77 los apasionados por Boca casi vivieron la máxima alegría luego de un tiro libre, pero nuevamente la cosa quedó en nada. “Ese sí que era gol”, se oye decir desde la barra. Los minutos siguientes son realmente aburridos y al final del último se suman cuatro de tiempo agregado. El minuto 92 trae consigo la aproximación más importante de Boca al arco rival, pero no hay caso. El empate parece estar escrito y finalmente se hace efectivo.

Al final del partido varios deciden retirarse indignados, pero otros optan por quedarse pasando las penas con una cerveza más. Marcelo y César forman parte del segundo grupo. Claudia, en cambio, se despide, toma de un ala a su pololo y ambos salen a la calle a la velocidad de la luz.

## **La fiesta cubana en Huechuraba**

“¿Una cervecita o un whisky?”, es lo que viene justo después de un “hola” al abrirme la puerta. Son las cinco de la tarde y me parece temprano para un destilado. Acepto la cerveza. Quien me recibe es Niurka Luis, cubana radicada en Chile hace 15 años. Su esposo, Julio César Cabrera, llegó un año antes que ella, convalidó su título de médico y se especializó como cirujano plástico en Chile. Niurka quedó embarazada a los pocos meses de llegar y en el 2000 nació Samanta, su hija chilena. Esta cubana, nacida y criada en La Habana, es dueña de casa y se pasa el día yendo a dejar y a buscar a su hija que hoy tiene 14 años. No sale mucho de Huechuraba, donde viven.

“Llegué el 27 de enero de 1999, directo a San Antonio, porque en ese tiempo Julio no tenía trabajo en Santiago, no lo recibían y en los pueblos era más fácil”, me cuenta mientras revuelve una olla de unos cinco kilos de arroz, con porotos negros y carne de cerdo. Cuando vivieron en el puerto, Julio preparó su examen y trabajó en consultas privadas y en el hospital. Más tarde para su especialización, viajaba a Santiago.

“Yo me quedaba harta sola y al principio la situación (económica) no era muy buena, así que para el embarazo de la Sami, por ejemplo, mis amigas chilenas me prestaban ropa. En ese tiempo no conocíamos muchos cubanos que vivieran aquí, así que mis amigas y amigos eran todos chilenos. Eso cambió después con el tiempo, cuando ya nació Sami y más cuando Julio empezó a trabajar en Santiago y finalmente nos vinimos”, cuenta mientras deshilacha la carne que coció en la mañana para hacer ropa vieja y vigila la arrocera donde puso a cocer más arroz para hacer arroz con leche. “Cocino hoy hartito y dejo para mañana, así no me sale tan pesado porque ya somos siete viviendo aquí”, explica ante mi asombro de tanta comida, pero sólo logra asombrarme más.

— ¡¿Son siete?!

— Sí, créelo, somos siete y los fines de semana a veces somos más. El hijo mayor de Julio, Julito (22), llegó el 2008 y ahora tiene polola, la Mile, que llegó hace poco de Cuba y se viene a quedar todos los fines de semana, pero todos. Está Juan Carlos (20), el hijo de al medio de Julio, que llegó el 2010. Y hace 4 meses que está Sacha, Alexander, el Ruso, como le quieras decir, jajá. Es hijo de un amigo de Julio y quiere convalidar su título de médico. Hasta ahí más nosotros, ya somos siete.

No es la primera vez que Niurka recibe a un compatriota en su casa, la comunidad cubana suele apoyar a los recién llegados y es habitual encontrar en una casa más de una familia de recién llegados. La gran mayoría son médicos, científicos o profesores universitarios.

Suena mi celular y me acerco a la mesa de diario a ver mi cartera, toda esta conversación ha sido en la cocina. Atrás de las fruterías que sirven de pantallas, hay dos bandejas enormes: una

con dos costillares de cerdo y otra con pollo, todo ya aliñado y listo para meter en el horno. Hay fiesta y yo me acabo de enterar.

“Hoy, 9 de agosto, cumplimos 10 años en la casa y es bonito celebrar de vez en cuando, sobre todo esto, porque esta casita nos costó un montón. Imagínate que pedimos cien por ciento de crédito para comprarla, quién pide cien por ciento, nadie, a nosotros no más se nos ocurre. La tercera vez que pedimos, nos resultó, no con el cien, por supuesto”, me dice mientras se ríe de su asumida ingenuidad. “Te dije cuando llegaste”, reitera y es verdad, me dijo, pero para mí no es inmediatamente motivo de fiesta. “Van venir unas treinta personas, muchas de por aquí mismo y todos cubanos, los chilenos son casados con cubanos”, dice Niurka al tiempo que decide que es hora de hacer la ropa vieja, pero no en la cocina, en el disco de afuera. Son unos tres kilos de carne.

La casa donde los Cabrera Luis cumplen 10 años queda en Pedro Fontova, en pleno Huechuraba. Ahí conviven con chilenos, cubanos, venezolanos y brasileños. “Tuvimos unos amigos venezolanos mucho tiempo, pero se fueron. Acá a la gente le molesta el ruido. Por ejemplo, hacen fiestas y no ponen música, ¡explícame cómo es eso!”, me dice Niurka mientras mueve la cebolla y los pimentones que esperan la carne.

Al momento llegan Julio César con sus hijos Juan Carlos y Samanta, y Sacha, el hospedado. Vienen del Mall Plaza Vespucio Norte, fueron a comprar sillas para el comedor. Julio César me cuenta que trabaja en Las Condes y en Vitacura, en clínicas privadas y también en Santiago Centro, en la clínica de maternidad Juan Pablo II. Es entre estas comunas, más Huechuraba, donde se mueve. Ya las conoce a la perfección. Ahí trabaja con médicos chilenos, pero también muchos cubanos, que han llegado en busca de una mejor vida -y la han conseguido- además de ofrecer a nuestro país profesionales de gran nivel. “Siempre he trabajado con Pimentel, que es anestesista. Él vive por acá cerca, en la misma comuna. Hay muchos cubanos aquí, aunque hay muchos que viven en Providencia y Ñuñoa”, me dice Julio César.

Desde que llegué a la casa mi vaso de cerveza nunca ha estado vacío, no sólo el mío, el de nadie. Ya terminamos con la ropa vieja, ahora la carne está en el horno y por mientras,

converso con Juan Carlos, el hijo de al medio. Llegó de cuba a los 16 años y entró en seguida al segundo semestre del colegio Pedro de Valdivia de Providencia, ahí le fue muy bien. Salió con un buen promedio y ya tenía definido su futuro: Ingeniería Comercial. Hoy es alumno en la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile. “Y parece que soy el único cubano”, dice. Esto ha hecho que se relacione con muchos chilenos, pero sigue teniendo vínculos con jóvenes compatriotas, principalmente los hijos de los amigos de su papá y de Niurka.

Ya son casi las ocho de la tarde, los tres kilos de ropa vieja ya están servidos, junto a los cinco de arroz con porotos negros y dos de arroz con leche, que tuve el privilegio de probar recién hecho y que a diferencia del chileno, tiene un tarro de leche condensada, otro de leche evaporada y casi dos tazas de azúcar. Una maravilla. Llegan los primeros invitados: Eliana es cubana y vive en Chile hace 18 años, hace 12 que conoció a Sigfrido, chileno, y juntos tienen a Montserrat. Viven en Ñuñoa y son muy cercanos a Niurka y Julio César. En dos minutos Eliana se convierte en la tercera y cuarta mano de la dueña de casa y en un pequeño lapso, hace ensaladas, salsas y pone la mesa.

De un momento a otro la casa se llena. Somos tres chilenos y poco más de 20 cubanos. Julio César instaló un equipo de sonido, un proyector que da imagen a una pared blanca estratégicamente en el fondo y tiene un micrófono. La mesa está puesta justo a la salida de la cocina, en un corredor que da hasta la piscina, donde está el quincho. Todo el sector de la mesa está herméticamente cerrado por una suerte de carpa transparente y en un rincón, justo al lado de la mesa con los vinos y la comida, hay una estufa de exterior gigante, de las que ponen en los bares. El lugar es un horno, pero muchos se quejan del frío. El que más evidencia el frío es Sacha, que llegó hace pocos meses al país. Figura sentado bajo la estufa, con polerón, chaqueta y una manta en las rodillas. Me siento a su lado y le pregunto: “¿tenís frío?”. Ridícula, no puede ser más evidente. Pero Sacha es benevolente y se limita a reírse y decirme: “sí, aún no me acostumbro”. En seguida recuerdo que también me lo presentaron como “el Ruso”. Me explica que su mamá es ucraniana y su papá cubano, que estudió medicina en Cuba, aprendió francés y ruso en institutos y cuando terminó, quiso probar suerte en Ucrania, pero no le gustó.

“Estuve casi dos años allá, trabajé en hospitales y vivía con familiares maternos, pero la gente es muy distinta. Es fría, nadie te mira en la calle, son callados y yo no estoy acostumbrado a eso... y eso que yo no soy como todos los cubanos”. Es verdad, a esa altura de la celebración hay videos puestos en el proyector y todos bailan y cantan con el micrófono, pero Sacha prefiere estar sentado y cada vez que lo sacan a bailar dice que no. Cuando vio que ya no podía más en Ucrania y que jamás se adaptaría al tipo de vida familiar que llevaba, volvió a Cuba. Ahí se encontró con Julio César y su familia, que estaban de vacaciones —van dos o tres veces al año— y lo invitaron a probar suerte en este país. ¿Qué sabía de Chile? “Prácticamente nada”, dice.

Por estos días hace la parte práctica para la convalidación de su título en un hospital en San Bernardo, por lo que todos los días recorre gran parte de Santiago desde Huechuraba al hospital. No conoce mucho más de la ciudad, porque el resto del tiempo que le queda lo pasa estudiando para la parte teórica de su examen. Está realmente entusiasmado con quedarse en el país e incluso piensa en que al ya tener convalidado su título, quiere irse a algún extremo del país, idealmente a Punta Arenas, porque quiere conocer, viajar y ganar un poquito más de plata para establecerse rápidamente en Chile. “Me gustó acá, porque hay una mezcla cultural grande. Hay alemanes que tienen un poco ese lado serio mío y está la parte más alegre, que es como la cubana. Me he acostumbrado rápido. Lo único que me molesta es que acá se inventan enfermedades, nunca antes había visto gente que llegara a urgencias por ataques de pánico, ¿qué es eso? Eso no es una enfermedad que exista y al hospital llegan muchos”, me dice antes de que Juan Carlos me saque de un brazo a bailar, ignorando mis súplicas de tener dos pies izquierdos.

La improvisada pista de baile está en el medio de todas las sillas, porque la mesa fue relegada al fondo de la carpa. Las niñas bailan con sus papás, amigas entre ellas, parejas, de todo. Juan Carlos me cuenta quienes son algunos de los que llegaron y que, entre el festejo, no he tenido tiempo de conocer. Está Pimentel, el anestésista, que es casado con una chilena y tienen dos hijas en común, además de un hijo mayor que llegó desde Cuba. Baila con una de sus hijas, de unos siete años. Viven a cinco o seis cuadras de la casa de Niurka y Julio César, lo mismo que otra pareja que se dedica a importar productos cubanos a Chile. Ellos trajeron la cerveza que

tomo, una “Bucanera”, además de unos cuantos rones que están sobre la mesa. Hay dos familias más que viven por ahí mismo en la comuna, también médicos, una de ellas está incluso con la abuela, una señora de unos setenta y hartos años que baila como adolescente. Y está Tomasita, una hematóloga que lleva más años que todos en Chile y que vive en Ñuñoa.

Tras unos bailes medios fallidos entre salsa y bachata, me escapo a la cocina. Ahí están Niurka y Liliana. Ella es “cibernética”, lo que para nosotros es un “informático” y tras una breve charla, me explica cómo fue su educación. “Yo fui becada a los 12 años, a esa edad me tuve que ir a trabajar al campo. Vivía en un internado, donde tenía clases más avanzadas que otros niños de mi edad y en los tiempos libres, teníamos que trabajar en el campo. Fue así hasta los 18 años, cuando tuve que escoger una carrera, ahí escogí cibernética”.

Por otro lado, Niurka se lamenta y dice que no hay día que no recuerde que fue parte de lo que llama “la generación perdida”. “Fue el primer año en que hicieron prueba de ingreso para la universidad. Yo sabía que quería algo con números y estaba decidida a ir a la mejor universidad. Dos semanas antes de la prueba, nos internaron a estudiar día y noche. El último día, la profesora de matemáticas nos enseñó una fórmula nueva y el día de la prueba vi que estaba, pero al revés. No pude. Lo intenté mil veces y no me salía. Salí y a todos mis compañeros les había pasado lo mismo. Cuando vi los resultados, tenía 97 en física y 92 en química, de 100, o sea, estaba súper bien, pero los de matemáticas estaban retrasados... era 80 y con 80 no me alcanzaba para nada. Y no había opción de darla de nuevo, ya no había posibilidad de entrar a la universidad. ¿Y qué hicieron? Los hombres al servicio militar y las mujeres al técnico. Me quería morir, todos mis compañeros eran chiquitos así de catorce, trece y yo ya tenía dieciocho, no quería estar ahí. Hice contabilidad con una pena, que ni te cuento”, dice con nostalgia.

Guido es el esposo de Liliana, ellos viven juntos en Peñalolén. Él es profesor de física y también “cibernético”. Se acaba de integrar a la conversación y su experiencia es muy distinta. “A mí no me dejaron escoger. Cuando salí del colegio, el gobierno determinó que hacían falta buenos profesores, así que tomó a los mejores alumnos de todos los colegios y nos puso a estudiar pedagogías. A mí me tocó física y nadie me preguntó nada”, cuenta. Aunque reconoce

que, visto desde ahora, fue una buena decisión del gobierno, pues benefició a las generaciones de Liliana y Niurka, dice que nunca se ha conformado con el haber sido obligado a estudiar algo que no quería. Pese a que tuvo la opción de estudiar una segunda carrera que a él sí le gustara.

Liliana y Guido son profesores, ambos han hecho clases en la Universidad de Chile, Diego Portales, Andrés Bello, entre otras. Han pasado por altos y bajos económicos, algo que, según dice Liliana, les pasa a los cubanos que no son médicos. Es por eso también que han vivido en muchos lugares y ya conocen Santiago como las palmas de sus manos.

Vuelvo a la fiesta y continúo con mis intentos desabridos de bachatas y salsas, cómo compararse con cubanos. Cada cierto rato, Julio César se enfrenta al micrófono recordando la pelea de la “Crespita” Rodríguez, que fue hace un rato y que todos celebraron como buenos chilenos adoptivos. Cerca de las 2 de la mañana el tumulto comienza a desaparecer y llega la hora de irme. Mi visita ha sido tan grata que hasta me llevo una bolsita de ropa vieja con arroz y otra de arroz con leche. Niurka celebra que quedó almuerzo para el día siguiente, no tiene que cocinar para las diez personas que esta noche dormirán en su casa de Huechuraba, la misma donde hoy cumplieron diez años como propietarios.

## **El California**

No hay gringo que viva o esté de paso por Santiago que no conozca la calle Las Urbinas, de Providencia. Y es que ahí, en uno de los barrios carreteros de la comuna, está California Cantina y Restaurant, más conocido como El California, un local fundado por dos estadounidenses que vinieron de intercambio hace más de una década y no pudieron olvidarse de Chile, país al que apodaron “El California de América del Sur”. Poco después de terminar sus estudios universitarios, James y Dan vendieron todas sus cosas y volvieron a nuestro país. Su primer local lo pusieron en Ñuñoa y luego de juntar el dinero y clientes necesarios pudieron

poner “el restorán de sus sueños”. Así nació este punto santiaguino que, entre tragos como el Jackie Chan y el Bloody Mary, reúne a la juventud gringa presente en la capital chilena.

Al entrar al lugar se llega a la terraza, que se parece a las de los bares playeros. Tiene una onda como de Reñaca y las cabezas rubias y los coloridos looks, aportan a la creación de esa atmósfera. El interior del bar es más amplio de lo que parece desde afuera, la música anglo y bailable, además de las luces, dan vida a una animada pista de baile. Es ahí donde dos amigas que bailan juntas destacan por su talento para el *dancing*. Ellas son Sarah y Lauren, a quienes abordé apenas salieron a tomar un poco de aire y tomar un trago.

Sarah tiene 24 años y llegó a Chile hace dos, motivada con la idea de vivir una aventura post universitaria. Ella estudió en la Escuela de Negocios de la Universidad George Washington y cuando terminó decidió viajar para conocer Sudamérica. Pasó por Brasil, Perú y Bolivia, pero fue Chile el país que la atrapó. “Tenía amigos que estaban viviendo acá desde hace un tiempo. Primero pensé en pasar a visitarlos y seguir conociendo América del Sur, pero de a poco me fui quedando y aquí estoy. Llevo dos años viviendo aquí, tengo trabajo y amigos”, cuenta con una sonrisa. Ella da clases de inglés en un instituto y destaca las ganas de aprender y lo aplicados que son sus alumnos. Además, dice que son muy buenos y atentos con ella y que varios son jóvenes, por lo que se siente muy cómoda enseñando.

La situación de Lauren es parecida, pero ella llegó a Chile junto a su pololo Aaron hace solo un año. Lauren tiene 23 años y estudió en la Escuela de Educación de la Universidad de Carolina del Norte. Ella es de ahí, por lo que estuvo viviendo con su familia durante toda su época universitaria. Esta es la razón por la cual Lauren cree que decidió venirse a Chile. Necesitaba madurar, dejar la casa de sus padres. Además, dice, ella y su pololo tienen una buena vida en Santiago y piensa que se quedarán por lo menos unos años más. Ella da clases en el mismo instituto que Sarah y es ahí donde se conocieron. Aaron trabaja en una empresa tecnológica y hoy no quiso salir con ellas porque piensa levantarse temprano mañana para ir a subir el cerro San Cristóbal con unos amigos chilenos. Él es muy deportista.

Sarah y Lauren coinciden en que los chilenos son muy “buena onda” y tienen varios amigos acá. Generalmente se juntan en Providencia pero no siempre en El California, sino que a veces también van a lugares como el Club Subterráneo o a locales en Suecia. También les gusta el Patio Bellavista. Ambas vienen de familias con buen pasar y tienen hermanos. Sarah, que es del Estado de Michigan, tiene dos hermanos y Lauren es la menor de cinco. Ellas se comunican con sus familias alrededor de una vez a la semana y generalmente lo hacen a través de Skype o vía telefónica.

Las dos chicas se saludan con muchos de quienes pasan por la terraza, tanto gringos como chilenos. A esta hora, pasadas las 12 de la noche, ya nadie come aquí, pero a nadie le falta su trago. Algunos sofisticados y otros tan sencillos como una piscola, aunque son varios los hombres que se quedan con la tradicional cerveza. Unos *pololean*, otros *pinchan*, otros simplemente bailan, conversan y ríen. El ambiente es muy agradable y la michelada también.

El baño es el lugar del pelambre por excelencia y, al parecer, no solo es así para las chilenas. Las estadounidenses también hablan en este espacio de lo que sucede afuera, algunas con sus amigas chilenas. Aquí se escuchan copuchas en inglés y también en español.

Las chicas gringas no se visten igual. Algunas vienen muy arregladas, maquilladas y con tacos, pero hay otras que llegan a bailar con jeans y zapatillas. Sarah y Lauren estaban muy arregladas, con un atuendo totalmente distinto al de Ann y Pete, quienes comparten con los chilenos Valentín y Carolina, además del australiano Ryan. Ann y Pete dicen estar de paso por Chile, aunque lo están desde febrero. Ambos pasaron el verano chileno en el sur, conocieron la Carretera Austral pero de donde se enamoraron fue de Chiloé. Fueron el curanto, la quietud, los ya escasos palafitos y las repentinas lluvias, dicen. Pero Santiago tiene otros encantos que todavía creen que les falta por conocer. Fue en el mismo sur que conocieron a Valentín y Carolina, que son estudiantes de psicología y *pololos*. Ryan está de intercambio y es el más chico. Tiene 20 años. El australiano dice que acá no viven muchos de sus compatriotas pero que se junta mucho con estadounidenses. Él vive en Ñuñoa con Julio, quien lo recibió en el departamento de sus padres, donde permanecerá unos meses más. Julio está estudiando porque estamos a fin de semestre pero Ryan, como buen estudiante de intercambio, no se pierde los carretes de fin de semana. “Es viernes”, dice. Sólo eso.

Ann y Pete no saben qué van a hacer al irse de Santiago pero piensan hacerlo pronto porque están arrendando un departamento y sus ahorros ya no dan para más. Sin embargo, no descartan la posibilidad de volver, sobre todo a su amado Chiloé.

Apenas llegaron a Santiago, Ann y Pete fueron a conocer la Plaza Ñuñoa con Valentín y Carolina y fue ahí donde conocieron a Ryan e inmediatamente se hicieron amigos y empezaron a frecuentar El California. Este grupo de amigos es más sencillo, más *hippie*. A diferencia de otros estadounidenses, que se caracterizan por ser muy independientes, Ann y Pete dicen echar mucho de menos a sus familias y se contactan con éstas más seguido que otros gringos. Y lo hacen por redes sociales, Skype y aplicaciones de sus smartphones.

La conversación se interrumpe cuando llega Andrea, a quien los cinco saludan con mucho cariño. Ella es cliente frecuente del lugar y suele encontrarse con estos amigos. Andrea es alegre y su extroversión es su mayor característica. Ella es un poco alocada y su *look* es bastante osado. Es como rockera y se ve muy distinta a los demás. Su presencia da un toque diferente a la conversación. Andrea es una trotamundos y conoce gran parte de Europa, pero tiene ascendencia chilena. Es por eso que desde chica había querido conocer nuestro país. Aquí trabaja con unos tíos que tienen un restorán de comida internacional. Hace de todo, dice y no sabe cuánto tiempo se va a quedar acá, pero no tiene apuro de volver a Estados Unidos o por lo menos a Minnesota, el lugar donde nació. Para ella es fome allá y lo pasa mejor con sus tíos chilenos y los amigos que se ha hecho aquí.

La mayoría de los amigos de Andrea ya tienen pareja estable e incluso están casados, pero ella no tiene ningún apuro y prefiere vivir sin muchas preocupaciones su juventud. Ella tiene 27 años y estudió enfermería, pero se dio cuenta en el último año que en realidad no era la carrera para ella y decidió venirse a Chile. De todas formas, Andrea piensa terminar sus estudios en algún momento porque sabe que le serán útiles en un futuro. De pronto, dice que le dio frío, se despide y vuelve a sacar brillo a la pista de baile.

Ya se hace tarde y algunos empiezan a abandonar el lugar para continuar la jornada en otros lugares. La mayoría piensa irse a casas de amigos en la misma comuna o simplemente ir a

dormir. A medida que van saliendo los clientes voy notando más la diversidad. Hay varios estereotipos gringos, como un grupo de musculosos que parecen jugadores de rugby o fútbol americano que va acompañado de niñas muy guapas que parecen sus infaltables *cheerleaders*.

Valentín y Carolina nos invitan a su casa, en Manuel Montt. Todos quieren ir y me sumo a ellos. Salimos. En el camino nos encontramos con harta gente, porque es la hora en que cierran la mayoría de los locales de la comuna. Algunos se van en auto, otros en taxi o a pie, como nosotros.

El departamento de la pareja es sencillo pero muy bonito. Los gringos se sienten como en su casa, hay un cálido ambiente de confianza y amistad. Ryan prende un notebook y pone música y Carolina sugiere pedir algo para tomar, mientras pone en la mesa de centro un poco de maní y galletas. Valentín ataca el maní de inmediato y va a buscar vasos a la cocina. Pedimos pisco y bebida pero hay que esperar porque la demanda es alta las noches de fin de semana. Hablamos de viajes y de lugares que nos gustaría conocer. Ann y Pete son muy cariñosos, siempre están cerca y el trato mutuo es muy dulce. Llevan cinco años juntos y ninguno se imagina la vida sin el otro. Ryan, en tanto, nunca ha tenido una relación seria y cree que tampoco es el momento.

Sin darnos cuenta, pasan los 40 minutos de espera que nos dijeron y llega el pedido. Valentín paga, deja la bolsa en la mesa y se sienta en un cojín a servir los vasos. Con el sonido del hielo en el vidrio de fondo, Ann me cuenta que ha conocido a muchos gringos aquí y que no sólo se juntan a carretear, sino también a hacer deporte y aprovechar algunos fines de semana para conocer lugares cercanos a Santiago, como el cajón del Maipo. Donde ella quiere ir ahora es a la nieve e insiste a sus amigos en que deben ir antes que ella y su pololo vuelvan a Estados Unidos. Ryan también está entusiasmado, pero a él le queda más tiempo para conocer la capital.

Un minuto de silencio es interrumpido por un exabrupto del dueño de casa, quien derrama una piscola. Sus amigos lo molestan porque, al parecer, ese tipo de accidentes le ocurren a menudo.

Todavía no terminábamos de limpiar el líquido derramado cuando suena el celular de Ryan. Es Julio, quien le dice que se le quedaron las llaves y que se quiere dormir, así que le va a dejar las llaves debajo del choapino. Claramente, Ryan no sabía qué era un choapino, así que tuvimos que explicarle. Si bien Julio le dijo que no había problema, al australiano sintió la responsabilidad y decidió que era hora de irse. Como vivíamos cerca, quedamos de tomar un taxi juntos y rápidamente nos despedimos.

Ryan me comenta que los chilenos son distintos a los australianos, que nos preocupamos más por los demás, que somos más sensibles o, por lo menos, exteriorizamos más nuestros sentimientos. Aunque también, dice, somos un poco peleadores y me cuenta que le sacaron harta pica cuando nuestra selección de fútbol le ganó a Australia unos días atrás. Se ríe y para un taxi que va pasando con la luz de “libre” encendida. En el camino me cuenta que le gusta Santiago porque es una ciudad distinta a la suya. Desde que llegó acá siente que ha madurado mucho y le ha hecho bien conocer otras realidades. Además, comenta, él y Julio son muy distintos. “Al principio pensé que todos los chilenos eran como él, tranquilos, estudiosos y ordenados. Pero me equivoqué completamente. Aquí hay de todo, igual que en todos lados”. Luego le pide al chofer que se detenga, me pasa unos billetes y se despide en medio de una calle cercana a una ya silenciosa Plaza Ñuñoa.

## **Brasileños en Chile, una inmigración profesional y familiar**

En medio del Happyland del Mall Vespucio Norte un grupo de mujeres corren tras sus niños, están en un cumpleaños. Entre ellas está Gabriela Migotto, quien va por su hijo Mateo de 4 años. Se sube a los juegos, corre, salta todo al ritmo que puede con el pequeño Gabriel, de 8 meses, en los brazos. En tanto le habla en portugués, español y portuñol.

Hace seis años y medio esta ingeniera en alimentos llegó a Huechuraba desde Campinas, Brasil, una metrópolis que ella compara con Concepción. No hablaba más que un enredado portuñol y no conocía a nadie más que a la familia de su esposo, Mauricio. “Me vine porque me

casé. Nos conocimos trabajando en la misma empresa americana, él en la filial chilena y yo en la brasileña, nos conocimos en estas reuniones de Latinoamérica”, cuenta. Pololearon dos años a distancia, hasta que él decidió irse a vivir con ella, pero nunca encontró trabajo.

“El mercado brasileño es muy cerrado. Entonces decidimos vivir acá, así que dejé mi trabajo y me vine. Mauricio a tenía casa en Huechuraba, otra casa, pero siempre viví aquí en la comuna”, explica ella. Ahora vive en un condominio por Pedro Fontova, en un sector alejado del tránsito. La casa es tan silenciosa que sólo se escuchan los pájaros, el movimiento del agua de la piscina y uno que otro reclamo del pequeño Gabriel.

Gabriela, hoy de 35 años, se casó dos veces con Mauricio, primero en Brasil y luego en Chile, apenas llegó. Sin embargo, su red de apoyo era nula aquí y nada la ayudaba, pues no tenía hijos ni trabajo, lo que la desligaba totalmente del entorno. “Después de un año de llegada, en el gimnasio, una chilena me presentó a una brasileña y detrás de ella vino un grupo gigante de amigos brasileños que tengo hasta hoy”, cuenta.

Muchos de los brasileños que llegan a Chile están de paso por alguna situación laboral y vienen en familia, es por eso que eligen Huechuraba para vivir, una comuna que ha surgido como tranquila, cálida y familiar y que poco a poco se ha llenado de inmigrantes, principalmente brasileños. Generalmente, son familias jóvenes, en que el marido ha sido transferido temporal o permanentemente por alguna empresa multinacional. Las mujeres renuncian a sus trabajos en su país y llegan aquí a cuidar a sus hijos y hacerse cargo de la casa, es por esto que es más común ver a mujeres brasileñas por las calles camino a recoger a sus hijos al colegio o jardín, en el gimnasio, en el mall o en una plaza jugando con los niños.

Fue con un grupo de mujeres como éstas que se topó Gabriela a un año de haber llegado, ellas y sus familias forman su nuevo núcleo familiar aquí en Chile. “Convivimos como familias y también entre mujeres, somos de tomarnos un café en la tarde o tomar once, también reunir a los niños chicos. Siempre por aquí mismo, en una de nuestras casas como mucho en el mall. Somos nuestras pequeñas familias fuera de nuestro país. Nos ayudamos mutuamente mucho”, cuenta.

Sin embargo, su rutina ha variado un poco en cuanto a moverse por la ciudad. Ya no está sólo en Huechuraba, hoy trabaja en Quilicura, en una empresa de saborizantes. Allí convive con otros extranjeros, entre ellos una brasileña que es su alegría laboral. Además, muchos de sus amigos han cambiado Huechuraba por Chicureo: “es una frecuencia común de la gente de aquí de Huechuraba irse y comprar una casa en Chicureo. Porque se aburririeron del taco, porque quieren una casa más moderna, qué sé yo. Se ve como un ascenso social también irse a Chicureo. Pero a mí me gusta mucho aquí, yo no cambio mi casa”.

Este movimiento le ha permitido conocer más gente en reuniones con amigos que hoy viven en otros lugares de Santiago, pues entrar a círculos de amistad nacionales le ha costado mucho. “Si existe una cosa que me marca mucho acá es que yo no tengo amigos santiaguinos casi. Recién con el jardín de Mateo ahora, estoy haciendo amistad con las mamás de los niños. Pero todo es muy cerrado, es muy difícil de meterse”, relata. Es que en el condominio donde vive no conoce a nadie, nadie la saluda, incluso la han dejado con un “buenos días” rebotando por los jardines comunes.

De todas maneras, aclara, “es mi experiencia, una de mis amigas brasileñas que vive un poco más arriba en un condominio que tiene seis casas y las puertas están todo el día abiertas y los niños entran y salen y son todos amigos y hacen fiestas juntos”.

Esto último no tiene nada que ver con lo que ha vivido Gabriela en el país. Lo primero que hizo al comprar en un supermercado fue tratar de hacer reír a un propinero que la miró con cara de “esta mujer está loca”. Ahí fue cuando empezó parte del gran dilema que sufrió con el cambio de país. “La atención en el servicio, en los supermercados, es muy mala. Aquí en los restaurantes tratan mal a la gente, eso me chocó desde que llegué y todos mis amigos que vienen de turismo se chocan con eso. Y pasa en todos lados, que falta cordialidad. O sea, uno sale en la mañana dice buenos días y no te contestan ni te miran”, cuenta.

— ¿Qué es lo que más te llamó la atención en Chile?

— Lo que más me admira del pueblo chileno es que lucha contra la adversidad, o sea, tiene una historia de mucha lucha, de mucho sufrimiento, de muchas pérdidas, es una historia muy marcada por el sufrimiento, o sea, tanto como por la naturaleza como toda la historia política, cultural y social que tiene. Eso es muy diferente a mi país, que tiene abundancia, que nunca se peleó con nadie, que nunca tuvo una gran catástrofe y nada de esto.

— ¿Y eso se puede sentir en la gente?

— Mucho, muchísimo, muchísimo.

— ¿En qué?

— Yo creo que en todo, o sea, desde el hecho de que el pueblo chileno es el menos alegre de Latinoamérica tiene que ver con eso, no sólo con el frío. El ser así como cerrado y un poquito amargo, yo diría.

Gabriela es de los pocos brasileños agradecidos del frío, hay muchos que no se acostumbran jamás. Tampoco es que le guste pasar frío, pero según dice: “veo el tiempo pasar. Es lindo que acá estén tan marcadas las estaciones: es otoño y las hojas caen y todos se abrigan más; es invierno y hace frío y la gente no sale y se acurrucan; luego es primavera y todo florece y la gente está alegre; llega el verano y es tiempo de piscinas y la gente sale. Uno ve avanzar la vida. Donde yo vivo es siempre igual, entre 20 y 25 grados todos los meses del año, parece detenido”.

Una de sus principales dificultades con este gran problema para ella fue cuando quedó embarazada de Mateo, su primer hijo. “Busqué muchos doctores, porque a mí me gusta preguntar y si no sé algo o no me quedó claro, pregunto las veces que sea y acá me miraban con cara de ‘yo soy el doctor, tú eres paciente’ y eso no podía ser. No fue tanto el miedo, sino la decepción”, relata. Fue en los últimos meses de su embarazo que al fin encontró un médico que hasta le responde correos electrónicos, ahí respiró. Ella y sus amigas brasileñas, que la acompañaron en todo el proceso como su nueva familia. Lo mismo con el nacimiento de Gabriel, que nació prematuro y la hizo pasar un gran susto.

La sensación de familia, de amistad, de convivir con el vecino, con la gente que te rodea en lo cotidiano, es lo que más extrañan los brasileños en el país. Es por esto que es común que anden

juntos y que casi todos los que viven la capital se conozcan entre sí, hagan reuniones, salgan juntos “y poder echar la talla con alguien que se ría de verdad contigo, no por cumplir. Por ejemplo, con todo esto del mundial, yo igual quería que ganara Chile también, pero con todo esto del 7 a 1, ¡quería alguien que sufriera como estaba sufriendo yo!”, complementa Gabriela.

En este peregrinar en búsqueda de más amigos, especialmente brasileños, es que empezó a visitar más la zona oriente de Santiago, principalmente Las Condes y Vitacura, visitando con mucha frecuencia el Parque Araucano y al Bicentenario, ahí ha conocido muchos uruguayos y argentinos. “Es mucho más fácil entrar en una conversación con extranjeros que con chilenos, porque todos buscamos lo mismo: una familia. He ido formando lazos con gente de otras partes del mundo que están de repente haciendo un picnic en el pasto o un asado en el parque. Así, en una cena con una amiga que conocí ahí y que vive en La Reina, me presentó un mundo de brasileños que yo no conocía, la mayoría vive en departamentos en Las Condes”, relata Gabriela.

Estos grupos de brasileños que viven en el sector oriente de la ciudad, llegan a vivir aquí por la misma razón de quienes llegan a Huechuraba, la gran diferencia es que ellos han preferido vivir en departamentos y no en casas, porque cuando vienen transferidos las empresas les dan la opción de casa o departamento. Generalmente la casa es en Huechuraba y el departamento en Las Condes.

Tocan el timbre en casa de Gabriela. Es Andrés, compañero del jardín de Mateo que viene a jugar con él. Pero no viene solo, también viene su mamá. Es una chilena joven y sonriente que acompaña a los dos niños al patio. “Estas son mis primeras interacciones serias con santiaguinos, gracias a Mateo. Las mamás me hablan y me piden que vaya a cumpleaños o que vaya a sus casas a jugar. Siempre con los niños como intermediarios. En eso estaba en el mall, en uno de los cumpleaños del jardín. Me he dado cuenta de que una vez que hay una excusa, los santiaguinos no son tan cerrados”, dice Gabriela entre risas.

## **Más allá de la Plaza de Armas**

Llegar a la superficie por medio de una de las escaleras del metro Quinta Normal no es nada fácil. El enorme flujo de gente hace olvidar que hoy es domingo. Junto con la luz del sol de mediodía aparece ante mis ojos el comercio ambulante. Colorido, alegre y ruidoso. Luego de la pasarela en que abundan los cuchuflíes, barquillos, bufandas, pañuelos y juguetes con tolueno, siguiendo a la multitud me encuentro con la entrada a uno de los lugares más bellos de la capital: el Parque Quinta Normal.

Hoy es el día del patrimonio cultural, por lo que muchas familias caminan con el fin de enriquecer su interior. Las personas entran por decenas al Museo Nacional de Historia Natural. Los niños quieren ir a los juegos pero sus papás insisten en que hoy irán al museo.

“A los juegos podemos ir todos los días”, “hoy vamos a ver a la ballena”. “Los juegos no son parte del patrimonio cultural”, son algunas de las frases que se escuchan cada segundo. De pronto, una madre y su hija me llaman la atención. La mamá, de pelo largo, negro y muy brillante, lleva de la mano a una niña perfectamente peinada con trenzas, que tiene puesto un ponchito color mostaza. Ambas son peruanas.

“Mira, hay juegos”. “No, hoy día vamos al museo”, dice otra mamá que finalmente sucumbe a los deseos de su hijo y accede a llevarlo un rato a los juegos, pintados con los colores primarios. Las palomas vuelan alto, más allá de las copas de los árboles, pero luego se posan en los cables eléctricos, devolviendo nuestras mentes y pies a tierra santiaguina. Cuando vuelvo a mirar hacia el lado en que estaba la niña del poncho, no la vuelvo a encontrar.

El museo está lleno y uno de los grandes atractivos de éste es la enorme figura de una macrauquenía, un mamífero que, según los científicos, está extinto hace 8.500 años, capta la atención de los niños al interior del recinto. Ahí, en el sector oscuro que recorre los más característico de las regiones chilenas, están de nuevo la niña del poncho y su mamá. Escucho a su madre llamarla; se llama Pilar.

Otra parada obligada en el museo es el hall o salón donde está la Ballena Sei. “¿Esta *cuestión* es un pescado?”, pregunta un niño. Ahí hace más frío que en el resto del museo. Las *selfies* de los adolescentes no se hacen esperar, pero cuando lo intentan con la ballena de fondo resulta difícil, porque tiene un gran tamaño. Ahí vuelven a aparecer ante mis ojos Pilar y su madre. Le pregunto el nombre a su mamá, me dice que se llama Sonia y se aleja, algo incómoda.

Salgo del museo y camino hasta el extremo opuesto del parque, al lado de la salida que da al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes. Ahí hay otros juegos infantiles, muy parecidos a los que están al lado del Museo de Historia Natural. Se ven algunas familias aprovechando el sol. Tres de cinco son peruanas. Todos los padres son jóvenes, ninguno parece superar los 35 años. Una pareja escucha música con el celular de uno de ellos, mientras sus pequeños disfrutan de los columpios y resbalines. En un columpio para tres hay tres niños, todos están muy abrigados, con parkas y gorros. El mayor no tiene más de nueve años.

Hay otra pareja sentada en una banca, de esas verdes típicas de plaza. Se trata de Denis y Sofía, que son los papás de José, un niño de seis años que aparece de pronto, detrás de un resbalín. La mujer viste una chaqueta de mezclilla y calzas blancas, que combina con una melena corta que deja ver el brillo de sus aros dorados. Él está vestido de negro y usa el pelo corto. Lo único de color que tiene puesto es un banano verde a la altura de la cintura.

Muy cerca de ellos hay una zona de pic-nic, donde el humo deja ver cómo una pareja empieza a hacer el fuego para un asado. Sofía comenta que debieron haber hecho lo mismo y con su pareja quedan de hacerlo la próxima semana. Sofía le da un pan a su hijo, “porque ya es hora de almuerzo”, explica. Los tres viven en el centro, cerca de la Plaza de Armas. Algunos fines de semana los pasan ahí, pero ahora, como está en gran parte cerrada, prefieren venir para acá.

“Allá no hay nada de espacio. Está toda la gente pegada. Además, acá es más tranquilo y los niños pueden estar en los juegos”, dice ella. Él hace reparaciones varias en casas, es “maestro chasquilla”, dice con una sonrisa, aludiendo al modismo chileno. Ella está buscando trabajo, pero este tiempo de cesantía lo dedica por completo al cuidado de su hijo. A veces, también aprovecha de compartir con otras inmigrantes peruanas. La mayoría de ellas trabaja en casas

particulares, ubicadas en el sector oriente. Sofía busca un trabajo similar y lleva un tiempo diciendo a sus amigas que pasen el dato, pero todavía no ha pasado nada.

Un perro que pasea por el sector termina cautivando a los niños que están en el columpio y uno de ellos decide bajarse para acariciar al animal. Su mamá lo reta y le dice que se lo va a llevar a la casa. El pequeño la mira y vuelve a subirse al mismo columpio. Sofía lo mira y se ríe.

Las personas del sector de pic-nic ya tienen armado su asado y acaba de sumarse a ellos otra pareja. Rodrigo y Francisca, quienes iniciaron el asado, son chilenos, pero Rosana y Jesús-los recién llegados-son peruanos. Ambos llegaron de Cajamarca. Él mide cerca de 1.70 metros y es muy delgado. Usa un jockey naranja, un polerón azul y jeans, también azules. Ella es bajita y de textura gruesa, usa un chaleco rosado muy ajustado y un pantalón negro. Tiene el pelo liso, largo y con visos naranjos.

Mientras se instala otro grupo de personas en la mesa de al lado, Rosana me cuenta cómo ella y Jesús se conocieron. “Fue en una fiesta. Teníamos amigos en común”, dice. Agrega que Felipe no es muy diestro en las cosas del amor y eso fue una de las cosas que más le gustó de él. Su enamorado ríe, un poco nervioso. Ese acontecimiento, ocurrido hace siete años y dos hijos, fue aquí mismo, en Santiago, donde ambos llevan alrededor de diez años viviendo.

El llanto proveniente de un coche en la mesa vecina interrumpe la historia de Rosana, quien, a diferencia de su pareja, disfruta mucho hablar. Sus palabras, a ratos entrecortadas a causa del berrinche de la guagua, se desvanecen en el agradable olor de la carne asada. En la mesa hay un jugo de durazno, una Coca-Cola de tres litros y tres botellas de cerveza.

Rosana es garzona y Jesús trabaja en una construcción. Él llegó solo a Chile, a los 18 años. Ella llegó a los 16, con su hermana mayor, quien está cuidando a sus hijos en este momento.

Rosana me cuenta que vivir en Chile ha sido más fácil de lo que ella pensaba. De hecho, dice que la gente ha sido amable con ella en todos los lugares de trabajo por los que ha circulado. Antes de garzonear en un restorán peruano, trabajó como asesora del hogar en dos casas: una

en Providencia y otra en Las Condes. Su percepción en cuanto a los chilenos es bastante buena, dice que somos amables, aunque a veces algo prejuiciosos con los peruanos.

Cuando veo que van a empezar a comer me despido y ellos me recomiendan venir el sábado, porque ese es el día en que más vienen los peruanos al parque. Agradezco el dato y los dejo para que disfruten su comida.

Al igual que el domingo, el sábado siguiente brilla el sol en Santiago. “La Quinta” está casi igual que el fin de semana anterior, solo que un poco más cálida. Esta vez, el sector el Museo de Historia Natural está vacío. Paso por el de Ciencia y Tecnología y la situación es igual. La famosa laguna y las distintas áreas de juegos parecen ser, una vez más, los favoritos de la gente. Pero, de repente, descubro que en la cancha de fútbol, cercana a los juegos en que encontré a Sofía y José y el asado de Rosana y Jesús, se está jugando una pichanga de fútbol. Me acerco, me siento y observo.

Ambos equipos son peruano-chilenos y parecen estar entregando lo mejor de sí en la cancha. En el arco de uno de los equipos hay una chilena, muy joven, muy rubia, con un cuerpo fuerte de deportista y largas calcetas de un tono entre rosado y fucsia, debajo de sus canilleras blancas.

Hay muchas personas mirando el partido alrededor del campo de juego. En un lado están los simpatizantes de un equipo y, en el sector contrario, los del otro. Igual que en los estadios, igual que en todos lados. El masculino es el género predominante en este rincón del parque, tanto en el juego como en el entusiasta público. A un lado de la cancha se ven más de 20 hombres y solo tres mujeres.

Ellos toman cerveza mientras miran lo que sucede durante el partido. Ellas conversan entre sí, sin prestar mucha atención al juego. Son dos adultas y una niña pequeña. Una de las mayores es muy sencilla, anda con unos jeans gastados y un sweater holgado. La otra es completamente distinta, lleva un vestido negro, pantys rojas, botines con taco y mucho maquillaje. La niña parece ser hija de ésta última. La mujer arreglada parece aburrirse de estar ahí y se dirige hacia

uno de los hombres que bebe cerveza Heineken. Al parecer, él es su pareja y ella le dice que quiere irse. Discuten. El diálogo termina con ella desapareciendo del lugar, junto a la pequeña. A la otra mujer no parece importarle y se va a conversar con uno de los grupos de sexo masculino.

Un poco más allá del nuevo grupo de la mujer, hay un niño revoloteando en torno a dos hombres que están sentados en el pasto. Ellos son Juan Carlos y Segundo, quienes suelen venir aquí, o al Parque de los Reyes, casi cada sábado. Juan Carlos es de Lima, tiene 36 años y lleva siete viviendo en Chile. Es bajito, risueño, alegre y extrovertido. Tiene familia aquí y dos hijos en Perú, vive en el centro, “entre chilenos y peruanos”, cuenta.

Segundo es bastante distinto a su amigo. Si bien tienen prácticamente la misma edad, él es serio, habla despacio y dice que le gusta estar solo. No ve a su familia hace 15 años, desde que llegó a Chile a probar suerte. Vive solo en el segundo piso de una casa.

Cuando les pregunto si tienen muchos amigos aquí, Juan Carlos y Segundo responden al mismo tiempo, pero cada uno da respuestas contrarias. Aunque ambos coinciden en que solo se juntan con peruanos que conocieron en el trabajo. Ambos son maestros de la construcción y suelen moverse por las mismas obras, que duran alrededor de dos años cada una. Es en el trabajo donde organizan los panoramas deportivos de fin de semana, o bien por teléfono.

A pesar de su fanatismo por el fútbol, Segundo, Juan Carlos y el resto de sus amigos no acostumbran juntarse a ver partidos de la selección peruana o equipos de su país. “Acá los chilenos se juntan a ver partidos en locales, tomando cerveza. Nosotros no tenemos esa costumbre. Si estamos juntos en un lugar vemos los partidos, pero no lo planeamos como lo hacen acá”, dice Juan Carlos, quien agrega que “no es lo mismo cuando estás fuera de tu país. Hay cosas que se pierden”. Tampoco se han hecho fans de equipos chilenos, Segundo siempre será de la Alianza Lima que, dice, “es como el Colo-Colo”. Aunque Juan Carlos reconoce que le simpatiza un poco la U. de Chile.

Pero más que el fútbol peruano, los amigos echan de menos reunirse en la calle, compartir con los amigos afuera de la casa o en las esquinas. “En Perú puedes salir y quedarte afuera con tus amigos hasta la hora que quieras. Acá te paras en la esquina, pasa un *paco* y te lleva”, dice Segundo. A lo que Juan Carlos agrega que “se echa de menos porque uno se acostumbra a la manera de vivir de su país. Además, nosotros estamos acostumbrados a escuchar música fuerte y acá no se puede hacer eso tampoco”.

Además, hay diferencias en la comida. Antes de llegar aquí, ambos pensaban que nosotros comíamos como ellos, pero se encontraron con algunas sorpresas. “En Perú, yo encuentro a un cuy y hago un asado, acá los cuy son mascotas”, ilustra Segundo.

A pesar de las diferencias y la nostalgia de Perú, ambos se muestran conformes con su vida en Chile. Aunque Juan Carlos ha tenido más suerte que Segundo, quien cuando abre su corazón cuenta que apenas llegó a nuestro país se puso a trabajar en una fábrica donde lo trataban muy mal. Quizás por eso es un poco huraño. Quizás vive con un poco de miedo. No así Juan Carlos, que cuenta solo experiencias positivas y habla de viajes al sur. De pronto, los rayos del sol comienzan a desaparecer y el frío se deja sentir en los desabrigados hombres. Es hora de irse.

## **Colombianos, peluquerías y manicuristas**

“American cortes”, así se llama la peluquería emplazada en pleno caracol de la Plaza de Armas de Santiago. Dar un paso adentro es entrar a otro país: Colombia. Todos quienes trabajan y circulan por el local son colombianos que han emigrado desde distintas partes de su país. Dos de ellos son los hermanos Cristhian y Edwar Valencia. El primero tiene 36 años, es el mayor de los ocho hermanos Valencia y es el dueño del local. Llegó hace cinco años a Chile y empezó con una pequeña incursión en la peluquería, que terminó por convertirse en la sensación del centro para los colombianos.

Edwar es el más chico de los Valencia. Tiene 22 años, es técnico en fibras de poliéster y llegó a Chile el 12 de marzo de este año. “Me habían hablado que los chilenos eran medio racistas, pero no. Hasta ahora todo muy bien, me han tratado súper bien. No tengo ningún problema y me parece un país muy acogedor”, confiesa, además de dejar en claro que tiene muchas ganas de encontrar trabajo en su rubro y quedarse aquí indefinidamente.

“Sí, extraño un poco, pero yo siempre he sido más independiente, más aparte de ellos, entonces es lo normal. Con todos me llevo bien, pero soy el último, el consentido. Mi mamá quiere que me vaya, que me devuelva, que ya es mucho. Porque yo le dije que venía unos tres meses y me iba, pero bueno... le mentí. Claro, si no me hubiera gustado ya me habría ido”, reflexiona.

Mientras tanto, visita a su hermano casi todos los días en la peluquería. Ahí se entera de qué parte de su país vienen sus compatriotas, cuál es la última moda en ropa y en cortes de pelo, entre otras cosas. “Hay muchísimos inmigrantes aquí, sobre todo colombianos y llegan de todas partes. He conocido de Cali, de Buga, Palmira... la gente del valle es la que más se viene”, cuenta Edwar. Él y su hermano son de Buenaventura, que también queda en el valle de Colombia, a unas dos horas de Cali. Su ciudad natal es conocida por ser una de las más violentas del país, pero Edwar se desmarca: “No todos son así, algunos tenemos buenas intenciones” y agrega “por eso aquí, encuentro que es muy tranquilo. Me gusta caminar por la plaza (de armas) y ver a la gente pasar, relajado”.

¿Por qué se vienen sus amigos? “Casi todos vienen por trabajo, como ya tienen conocidos o familia aquí, es más fácil llegar”, explica, pero también hay casos más aislados que vienen por otros motivos: “Otros vienen porque a los colombianos les gusta mucho la ropa, vestir bien y acá en ese sentido la ropa es mucho más económica. Entonces muchos vienen, trabajan unos tres meses y se lo toman como casi unas vacaciones y después compran buena ropa, esas cosas y se van. Van a Estación Central. Franklin y Patronato, donde es más económico”.

El principal motivo porque se devuelven es el frío o la discriminación, por eso que al venirse muchos amigos que se han devuelto le advirtieron de lo racistas que son los chilenos. “Muchos dicen que no les gusta, que quieren irse, a veces por cómo viven, por las circunstancias y

también porque nosotros no nos acostumbramos al clima frío. Más de uno dice que se devuelve porque les ha dado gripe y no se pueden ni parar, porque no están acostumbrados”, cuenta, pero según él es cosa de querer acostumbrarse, el resto debería ser fácil. Es principio de junio y principio del invierno, por lo que aún no ha sentido tanto frío.

Con respecto a la discriminación, Edwar tiene dos visiones. Primero, cuenta que su cuñada se quiere cambiar a una casa, pero con la cantidad de papeles que piden es imposible arrendar, además “les dices que eres colombiano y ya no les interesa arrendarte, eso es decepcionante. Además que cuesta porque lo más caro de aquí son los arriendos”.

Dicho esto, evidencia el otro lado: “A veces hay colombianos que son muy problemáticos, pero son algunos y eso hace tener dificultades con la gente y creen que todos los colombianos somos así. Ése es el problema cuando hay muchos colombianos, que hay algunos que no son muy tolerantes y pelean y crean muchos problemas, muchos conflictos y así a los colombianos les cierran las puertas por algunos”. Y luego hace una diferencia de género: “con los hombres creen que somos narcotraficantes, peleadores y conflictivos y a las mujeres las discriminan porque hay muchas que vienen a trabajar en schoperías (locales nocturnos) y eso aquí es muy mal visto”.

Edwar se despide de su hermano, ya es hora de ir a su casa y cuidar a su sobrina. Desde que llegó a Santiago comparte un departamento con la pequeña de dos años y su mamá en Rosas, a media cuadra de la Plaza Yungay. Por eso pasa gran parte de sus días paseando en la plaza o en la Quinta Normal.

Una vez en su departamento saluda a su cuñada, Dora, que va saliendo a su trabajo. Ella también es colombiana y trabaja como manicurista en un salón de belleza de Santiago Centro. Edwar se confiesa “un tipo muy de mi casa”, aunque tiene un buen motivo para salir poco: “los amigos que tengo son los amigos que ya tenía en Colombia y que también se vinieron. Ahora como no estoy trabajando no tengo mucha relación con chilenos, así que no he conocido a nadie”.

Dora se va y Edwar prepara a su sobrina, Deily Marcela, para salir a jugar a la Plaza Yungay un rato. Al llegar, se sienta en una banca mientras la niña juega. “Mi tiempo libre lo paso con mi sobrina. Me gusta mucho pasar tiempo con ella, porque mi hermano se va a trabajar, mi cuñada también se va a trabajar y yo me quedo con ella. Vamos al parque y venimos a la plaza, juego mucho con ella”.

Cada vez que alguien pasa por su lado, lo saluda a la distancia o se acerca a darle un beso. Casi todas son mujeres y a la gran mayoría ya las conocía en Colombia. “De mis amigos se han venido hartos para acá, ya no puedo sacar ni la cuenta, deben ser unos veinte, y casi todos viven aquí cerca. Con las que más tengo contacto es con dos amigas que viven acá delante de mi casa, muy cerca. Las paso a ver casi todos los días a su casa y nos ponemos al día. Y claro, también hay muchos más colombianos que yo no conozco todavía”, explica.

Cada cierto rato suena su celular y lo mira. Le llegan muchos mensajes de amigos que viven acá y quieren verlo. La aplicación que usa para comunicarse también es una buena herramienta para conocer compatriotas. Se llama Ping, es un chat que se usa directo al celular a través de Internet, es el más usado en Colombia y tiene un buscador de personas cercanas que tengan la aplicación. “He conocido a muchos amigos por Ping, porque uno conecta el buscador y te aparecen muchas personas que viven aquí. Todos colombianos y la mayoría buscan amigos con quien salir y eso”, cuenta Edwar.

“Un poco lo normal, como todo colombiano. Hasta ahora no he buscado salsotecas, pero quiero hacerlo”, responde al preguntarle sobre el baile. La verdad, es que su afición por bailar es bastante grande y lo lleva a frecuentar distintos discos de la capital casi todos los fines de semana, principalmente del centro: “sobre todo la Tsunami, que queda en la Alameda, no sé muy bien dónde, porque siempre llego con más gente. Más que todo llegan colombianos y dominicanos, muy poquitos chilenos, también voy a la 4/40, Morrón... esas, la verdad es que van prácticamente colombianos”.

Es en esos lugares donde se desata bailando salsa y bachata y pese a que dice que llegan muchos dominicanos él no se relaciona con ellos, no porque no tenga afinidad, es sólo que son

tantos sus amigos colombianos que se han venido más los que ha conocido acá, que no le hace falta hacer más amistades por el momento. “Tengo amigos colombianos nuevos también, entonces no tengo que esforzarme por buscar más gente”, dice.

La pequeña Deily va y viene por la plaza, ya conoce a algunos de los niños que están ahí a esa hora, así que su tío puede despreocuparse un poco, sabe que la cuidan igual que él. Después de todo, tienen una pequeña familia de amistades ahí mismo en los alrededores de la Plaza Yungay. Ella nació en Chile y es una de las razones por las que Cristhian se queda en Santiago: “A él le gusta vivir acá, él ya ha hecho familia aquí y piensa quedarse aquí, su esposa es colombiana y él ya se realizó acá con la peluquería y le va muy bien. No tiene ningún motivo para irse pronto, al menos”. Por su parte, Edwar sueña con conseguir un buen trabajo en su área y vivir bien aquí, teniendo la posibilidad de viajar de vez en cuando a su casa, siempre con la certeza de que acá tiene estabilidad económica. “Debe ser lo que todos los inmigrantes quieren, supongo”, dice.

— Te quieres independizar pronto de tu hermano, supongo. Tener tu casa.

— Yo no vivo con mi hermano, él vive en San Alberto Hurtado, en una casa, con su esposa. La que vive aquí es su mujer, su otra mujer. Él viene aquí por las mañanas, cuando tiene tiempo.

— ¿Cómo? ¿Tiene dos casas?

— Bueno, sí. El trabajo le da para mantener las dos casas, le va bien en la peluquería. Y sí, me quiero independizar pero su mujer me quiere mucho y quiere que viva con ella porque yo le colaboro mucho con los oficios, en la casa, con el arriendo cuando puedo.

— Pero espera, ¿la esposa sabía?

— No sabía, pero cuando llegó, él le contó que había estado con otra, que había tenido una niña y ella lo entendió, ella lo perdonó y siguió con él. Y bueno, él las tiene a las dos y por las dos responde.

— Eso es difícil de entender aquí...

— Lo que pasa es que él tenía su esposa en Colombia, con la que vive ahora. Y se vino para acá y esperó como tres o cuatro años por ella. Y en ese tanto conoció a su mujer, con la

que vivo yo, tuvieron una niña y después se vino la esposa y le tocó irse a vivir con ella. Y ahora pasa de acá para allá.

Edwar dice llevarse bien con las dos mujeres y que en su país tampoco es tan común que un hombre tenga dos “esposas”, pero que “hay mujeres lo aceptan así”. Ahora le toca hacer un trámite de su cuñada en estación Rondizzoni, nunca ha ido, pero confía en el metro. “Ya me acostumbré y si no conozco, tomo un taxi”, dice a tiempo que toma a Deily y le pide que se despida de sus amigos.

## **Avenida Brasil para todos**

Rosas 2019 es la dirección del barrio Brasil donde vive João (25), un portugués que llegó a estudiar a Chile el año pasado. Hacía tiempo que él quería irse de intercambio y su casa de estudios, la Universidad Técnica de Lisboa, solo permitía hacerlo a alumnos que comenzaran un magíster. Es por eso que, apenas pudo, João se puso a averiguar cuáles eran las opciones para conocer otros países y, a la vez, perfeccionarse en su carrera. Él es licenciado en Matemáticas y ahora se siente migrante.

Cuando se enteró de la existencia del programa SMILE, que le permitía irse a países ajenos a su continente, el portugués se entusiasmó más y tomó la decisión de venir a América Latina. “Podía irme a Argentina, Brasil, Venezuela y Chile. Elegí Chile porque la Universidad Católica era mi mejor alternativa en Matemáticas y porque Santiago era la ciudad que tenía la mejor calidad de vida”, me cuenta mirando hacia la ventana de su pieza.

Cuando se acercaba la fecha del viaje, João se puso a buscar lugares para vivir a su llegada, pero nada lo convenció del todo. Es por eso que prefirió reservar cinco noches en un hostel, para dedicar esos primeros días a buscar un lugar donde establecerse. Durante esos días, visitó varias residencias y pensiones que encontró en Internet, hasta que llegó a la casa que lo acoge hasta hoy. “Me gustó porque la pensión tenía una buena ubicación y las piezas eran grandes y

no mucho más caras que las demás que había visto. Aunque lo que realmente me hizo tomar la decisión de quedarme aquí fue que el ambiente me pareció agradable y, la gente, muy buena onda”, dice.

Apenas comenzó a instalarse conoció a sus compañeros de piso, que inmediatamente lo ayudaron a cargar sus cosas y lo invitaron a compartir un rato en el living del segundo piso de la casa, donde están la mayoría de las piezas que arrienda la señora María Alicia. Casi todos los residentes del inmueble son estudiantes y gran parte de ellos son chilenos que llegaron a estudiar de regiones, pero también hay un amplio abanico de extranjeros: un finlandés, un húngaro, una francesa, una australiana, un alemán y João, directamente desde la costa de Estoril, cerca de Lisboa.

La pieza de João está justo frente a la escalera de madera y es la más grande e iluminada de la casa. Su cama está muy estirada y en el escritorio de madera se ven cuadernos y fotocopias perfectamente anilladas, además de un lapicero con destacadores de todos colores y un par de lápices Bic. João es un poco maniático y “viejo chico”, además de bastante callado, pero es muy agradable. Cae bien de presencia, es muy flaco, alto y tiene bonitos ojos detrás de sus lentes de marcos delgados.

Mientras conversamos entra a la pieza Florian (24), el alemán, que le pregunta si necesita algo porque va saliendo a comprar a un almacén cercano. João le dice que sí, que por favor le compre pan y jamón para tomar onces.

Flo, como le dicen en la casa, estudia Física y se ha convertido en el mejor amigo que João tiene en la pensión o “la casa”, como le dicen ellos. El alemán es macizo, tiene el pelo largo y rubio y tiene un talento que nadie imaginaría: teje maravillosamente. Ha hecho gorros con punto perfecto, a cuatro palillos y tres colores. De hecho, uno de sus tejidos a medio hacer está en uno de los sofás del living de arriba, que es sede de cervezas y piscolas, varias veces a la semana. A veces, el carrito es ahí mismo y los dos sofás y cuatro sillones se llenan, al igual que la mesa de centro. Pero, otras veces, ahí se hace solo la previa.

Cuando salen de la casa, los chicos salen a locales del barrio o casas de amigos que han conocido por ahí, también les gusta ir a conciertos. Según João, los que más “apañan” a salir son Flo, Mauro y él. Mauro es chileno, oriundo de Salvador, y estudia Ingeniería en Sonido. Las mujeres de la casa, dice João, son más fomes. Pero a él no le importa demasiado porque su corazón ya tiene dueña, y es chilena.

Solo unos minutos después de la salida de Flo, llega Natalia (28), la polola de João. Natalia estudia estética integral y conoció a su pololo gracias a Mauro, de quien es amiga hace ya varios años. Natalia cuenta que lleva siete meses con João y ambos son muy felices. Generalmente se juntan temprano, cocinan y pasean por la capital. A João le gusta mucho aprovechar las mañanas, ir a la feria a comprar frutas y verduras frescas, sentarse en alguna plaza y caminar mientras brilla el sol.

Natalia molesta a su pareja porque le gustan esas cosas, le dice que lo que le gusta de acá es lo pintoresco, lo “indiecitos” que somos. Él siempre lo niega, pero igual se ríe. La polola del portugués es más conversadora y hacen una divertida pareja. Ella es muy bajita y se viste de muchos colores, mientras João es alto, muy sobrio y de pocas palabras.

João me cuenta que le gusta mucho la personalidad de los chilenos, que son muy acogedores y han sido muy buena onda con él. También dice que se enamoró de Chiloé y le encantaría irse a vivir ahí. Viajó para allá el verano pasado, junto a Mauro, Florian y Natalia.

Aprender el idioma no fue un problema para João, quien empezó a familiarizarse con él cuando supo que llegaría aquí, varios meses antes del vuelo. A veces conjuga mal algunos verbos, pero se le entiende perfectamente todo lo que dice (aunque parece que lo suyo son más los números que las palabras).

Hoy es sábado y la casa está tranquila, varios de los inquilinos están fuera y la dueña de la propiedad está relajada. Aunque todos saben que más tarde se armará la fiesta, porque ya no es necesario organizar algo, solo “se llega”. Bueno, y así también llegará la furia de María Alicia, más conocida por los chiquillos como “la bruja”. “Es que se pone bien pesada”, dice João.

Minutos después, los tres salimos de la pieza de João y vamos al living. Ahí comienza a extrañarnos que no haya llegado Flo, porque el almacén está a una cuadra y ya van más de 20 minutos de ausencia. Cuando finalmente aparece por la puerta, Flo nos cuenta que en el almacén no había pan, así que tuvo que ir a otro lugar a comprar. Como ya tenemos hambre, nos trasladamos a la cocina a preparar la once.

A pesar de que son sólo estudiantes, los jóvenes tienen muchas cosas para comer. Aquí no existe la lata de atún con un tenedor enterrado. No, no, no. Aquí se come en abundancia. Jamón de pavo, jamón de cerdo, mermelada, mantequilla, huevos revueltos con pimienta, marraqueta, té, café y galletas son los alimentos que ponemos en la mesa. Todos rodeados de tazas y platos multicolores, que se nota que son lo que fue quedando de lo que alguna vez fueron juegos de loza completos.

“Por Dios que come este alemán”, me digo a mí misma. Aunque, en realidad, todos son bien buenos para comer. La mesa de la cocina es pequeña y cuando llega Mauro (26) tenemos que apretarnos un poco para hacerle espacio. Los inquilinos, o por lo menos esta parte de ellos, suelen compartir la comida, a diferencia de lo que pasa en otras pensiones en que todos guardan sus cosas en el refrigerador con un poco de recelo.

Mientras toman té o café, los compañeros de piso hablan de cosas cotidianas, como de la gotera que hay en el living, que la señora María Alicia todavía no se ha preocupado de arreglar.

Son las ocho y hace rato ya que está oscuro. Cuando volvemos al living nos encontramos con Adrienne, la francesa, que está sentada en un sillón leyendo un libro. Cruzamos un par de palabras y se va a su pieza. La pobre debe haber pensado que empezó el carrete y, con él, el ruido.

Florian se sienta a mi lado y, mientras los pololos conversan, me cuenta que nació en Frankfurt y que vino a estudiar a Chile porque quería sentirse más independiente, alejarse un tiempo de sus padres, madurar y conocer un país que nunca pensó que pisaría. Él ya lleva dos años

viviendo en Santiago y ha hecho varios amigos. Flo es un hombre que inspira confianza, es bonachón y bueno para la risa. Él es el que toma la iniciativa para organizar salidas y viajes, junto con Mauro. Como ninguno del grupo trabaja, tienen bastante tiempo libre, excepto cuando tienen pruebas, porque todos estudian carreras de gran exigencia.

Lo que Flo más echa de menos de Alemania es su polola, con quien tiene una relación a distancia que, según él, funciona bastante bien. Él y Caroline se comunican principalmente por Skype, pero cuenta que ya vino una vez a verlo y están viendo la posibilidad de un segundo viaje, aunque sabe que al que le toca ahora es a él. Si bien echa de menos a su familia, no se muere de ganas de moverse de Chile porque se siente muy a gusto acá.

En sus ratos libres, cuando no está compartiendo con los demás inquilinos, Flo me cuenta que realmente le gusta tejer. Para él, esa actividad es cosa seria y sus amigos siempre le hacen encargos que lleva a cabo con mucho gusto. Además, como vive en la calle Rosas, puede ir a comprar lana cuando se le da la gana. “Y cuando va a comprar se queda conversando con las viejas de los negocios y hasta lleva sus creaciones para mostrárselas. Es la abuelita Flo”, dice Natalia que escuchaba en silencio.

A diferencia de los demás, Flo se lleva bien con la señora María Alicia, con quien tiene una relación que los demás definen como “de madre e hijo”. Mauro cuenta que la señora le dice al alemán que se abrigue y que se ponga zapatos. Aunque uno de los sucesos recurrentes que más les da risa a Mauro y a Natalia es cuando la “Soalicia” llama al Flo, gritando: ¡Floooooooooooooooooo! A lo que él responde: ¿Qué hueá? Sí, debe ser bien divertido escuchar a un alemán gritando algo tan chileno.

Cuando la conversación se pone más distendida, João retoma la palabra para hablar de otra particularidad de la casa que a él lo hace mucho reír: Nora, la señora del aseo. A João le cae bien porque es cascarrabias y le gusta insultar a la gente por la espalda, pero igual se nota que los quiere mucho a todos. Además, a Nora le encanta contar historias promiscuas, tanto de ellas como de los demás vecinos del barrio.

De pronto, Mauro se para y vuelve, en menos de un minuto, con un six pack de Escudo. “¿Quién quiere?”, dice. Y así, el sonido de las latas abriéndose da inicio a una nueva jornada de sábado en ese living, que tantas historias tiene que contar.

## **El argentino que vino por amor: “Soy un agradecido de Chile”**

Es sábado por la tarde. El día está nublado, pero hace calor, aunque la temperatura importe poco en el Parque Arauco en Las Condes. Son cerca de las cinco y está repleto de mujeres jóvenes llenas de bolsas, de niños pasando el calor con helados y hombres con cara de aburrimiento. Es difícil no sentirse un poco extranjero caminando por ahí, dos de cada tres personas hablan algún otro idioma, generalmente portugués, o tienen acento argentino o uruguayo.

Caminando o estando sentado sólo escuchando, muchas veces se puede distinguir a turistas de residentes. Es cosa de ver la cantidad de bolsas, las fotos sacadas con el celular o simplemente su ropa, ya adaptada al clima que domina Santiago en los primeros días de noviembre. Si se tiene buen ojo, hasta se puede deducir la cantidad de tiempo que lleva en Chile cada personaje o, más bien, quién lleva más tiempo y quién menos.

Entrando por Avenida Presidente Kennedy, subiendo por las escaleras que se encuentran a la derecha y que llegan a una pileta y girando a la derecha, se puede encontrar la cafetería y heladería Freddo, de la cadena argentina del mismo nombre. Es ahí donde cuatro a cinco días de la semana, puedes encontrar a Alberto Álvarez, sentado tomando un “cortadito”. Este hombre de no más de un metro setenta, muy flaco y que poco aparenta sus treinta y ocho años es argentino, copito de Rally y residente chileno hace tres años.

“La verdad es que vivo en Chile hace tres años, pero estoy yendo y viniendo hace 12, yo soy copiloto profesional y por esa época empecé a correr el *Rally* chileno con un piloto de acá, que vive en Antofagasta. En uno de esos viajes fue en que conocí a mi actual esposa, fue por ella

que me vine a vivir aquí”, cuenta Alberto, mientras hace desaparecer la media tacita de café con leche que le sirvieron hace dos minutos.

“Es que hay cosas se echan de menos, vos no sabés el lío que fue encontrar un lugar donde sirvieran el cafecito como a mí me gusta, porque acá en Chile tú pides un cortado y te traen un balde de leche con café y no, así no es el cortadito que nos gusta a los argentinos. El cortadito se sirve a la mitad en estas tazas chiquititas y lleva un chorrito de leche, nada más”, explica desde la mesa que hace dos años ocupa “de segunda oficina”, como cuenta.

Todas sus citas las marca en el mismo lugar y él siempre espera sentado en la misma mesa: la última de la penúltima corrida, justo enfrente de los helados. “Es impagable tener un lugar aquí en Chile donde puedas sentarte en la misma mesa de siempre, levantar la mano con cierto gesto técnico y que eso sea suficiente para que te traigan lo que quieres”, dice levantando la mano mostrando sólo su índice y su pulgar, levemente separados, para que le lleven un segundo “cortadito”.

Alberto nació en Río Negro, cerca de Bariloche, ahí creció entre dos hermanos en una casita rural donde tenía bastante contacto con chilenos. Pese a que admite que la rivalidad es grande entre los dos pueblos en ese sector del país, asegura que él nunca tuvo ningún problema, porque sus padres siempre simpatizaron con nuestro país: “incluso ahora se hicieron una casita cerca de Osorno porque les encanta visitar Chile y ya venían tanto que prefirieron hacerse un lugar donde poder llegar. Es que tienen un país muy bonito ustedes”, dice.

Un tema determinante en la vida de Alberto es el deporte, toda su familia de alguna u otra manera está ligada a algún deporte. Por supuesto como cualquier argentino, de niño su primer acercamiento fue al fútbol. En esa época descubrió que su talento era relatar partidos, así que sin pensarlo mucho, le dijo al papá de un amigo que tenía un cercano en una radio local que le consiguiera un cupo para trabajar ahí, pese a que recién tenía catorce años. “Yo soy un caradura, eso lo admito, como buen argentino yo me vendo, me meto donde quiero. Simplemente donde pueda y sienta que tengo que ir, voy, no importa que la experiencia, que quizás no resulte, no. Porque si yo no voy va a ir otro y ya está, aquí quedé yo”, explica.

Cuando cumplió 18 se fue a estudiar a la universidad, en Buenos Aires. En esa época llevaba unos dos años participando en *rallys* locales en su posición de copiloto en lugares cercanos a Río Negro, es por eso que apenas llegó a la capital, buscó donde competir. Encontró uno que otro dato y se dedicó sus años universitarios a competir donde pudiera. Una vez fuera de la universidad, comenzó a trabajar en lo que consiguiera con tal de seguir compitiendo en *rally*. Fue ahí cuando conoció al piloto chileno con el que compite hasta hoy y de quien ya es un gran amigo, eso pese a que él vive lejos.

En esas idas y venidas fue que conoció una rancagüina doce años menor que él y que le flechó el corazón. “Me enamoré no más, yo ya estaba resignado a mi soledad, acostumbrado a vivir solo a tener mis espacios, pero me enamoré y todo se fue a las pailas, como dicen aquí. Yo creía que lo había pensado a fondo, que estaba seguro, que andá, yo estaba re feliz con todo, pero no era tan fácil como me lo había imaginado, empezando por acostumbrarse a vivir con alguien. Como estábamos lejos yo empecé a vivir con ella sólo cuando nos casamos, no antes. Fueron muchos cambios, demasiado rápido”, cuenta.

En esa época, además de correr *rallys*, Alberto tenía un programa de televisión en Fox Sports, dedicado a los autos y al *rally*; dos programas de fútbol en distintas radios y hacía clases en una universidad porteña. “Dejé todo botado. Renuncié a todo, a mis trabajos, a mi departamento de soltero en Santa Fe con Larrea, al folclore-porque también canto en un grupo-a mis partidos de fútbol dos o tres veces por semana, a mi radio, a la cancha de River, a mis amigos, todo”, dice como queriendo graficar la nostalgia que siente de su país y que no es muy necesario deducir, sabiendo que buscó una cadena de café argentino para ir todos los días y hacer todas sus citas.

También queda en evidencia en su celular y las llaves de su auto y de su casa, esos tres objetos cotidianos y primordiales en su vida, llevan la bandera argentina, el celular en la carcasa, las llaves en el llavero. “Te encontraste con un loco, un loco que ama su país. Siempre fui así medio nacionalista, medio amante de mi bandera, desde chico. Bueno, todos los argentinos llevamos algo de eso, pero creo que se incrementó cuando empecé a correr los *rallys*. Porque

no hay sentimiento más grande que es estar representando a tu país, ahí sí que creció mi amor por la bandera”, dice largando una carcajada.

Reconoce que la nostalgia es grande y que no pasa desapercibida: “allá es como una materia inconclusa ahora, dejé hasta mi cafecito ahí en Santa fe y Larrea, mi radio AM, mis periódicos, todo lo que acá no encuentro. El argentino es tanguero, al menos yo, somos nostálgicos, lloramos, escuchamos un tango y lloramos, escuchamos una chacarera y lloramos, entonces extraño mucho, pero bueno ya está”, cuenta y explica que las ausencias las va supliendo con ciertas costumbres, como por ejemplo el café en Freddo, pero también se suman ciertas costumbres.

“En mi casa se toma mate a las siete de la tarde y yo me traigo la yerba. También me traigo el fernet, para no sentir la falta ahí. En mi casa hay dos televisores, uno en el cuarto y otro en el living. El del cuarto es para que mi esposa vea sus novelas, sus programas, todo lo que quiera y el del living es para mí y está sintonizado todo el día en Fox Sports, desde las 7 de la mañana, hasta las 12 de la noche. Entonces mi casa, es como mi embajada, yo en mi departamento con mi mujer estoy en Argentina, me siento en la Argentina. Después si me aburro o quiero salir, me arranco para acá a Freddo y me tomo un cafecito. Así voy de a poco matando esa tristeza que te deja el estar lejos de lo tuyo”, cuenta, haciendo hincapié en que nadie lo obligó a venirse, fue una decisión suya el casarse y vivir aquí y no en Argentina.

“No podía hacerle eso a mi mujer, porque ella es doce años menor, está más apegada a su familia, a su mamá y si el día de mañana decidimos que vamos a tener hijos, mejor que esté cerca de los suyos. Aunque ella se ríe, porque yo no puedo evitar ser como soy y echar de menos y por ejemplo, cuando es 18 de septiembre acá, yo me arranco. Y no es que me moleste que celebren su país, al contrario, pero yo no pertenezco a eso, prefiero estar donde estoy tranquilo esos días que celebrar lo que no siento mío. Eso que el día de mañana si así lo quiero y se dispone, mis hijos van a ser chilenos”, dice.

Cuando Alberto llegó a Chile no tenía ninguna oferta laboral, sólo tenía las carreras de *rally*. Así que fue esa plataforma la que usó para encontrar un nuevo trabajo y a través de la cual llegó a al Canal Deporte Olímpico, CDO, donde hoy tiene un programa de *rally* con mesa de

invitados, entrevistas a pilotos, entre otras actividades, por ejemplo, este mes viajará a Italia a probar el mejor auto de *rally* que en este momento existe en el mundo.

“Acá hay trabajo cuando uno es responsable y tiene las ganas de hacer cosas, a veces hay que rebuscarse, pero es mucho más fácil que en Argentina, yo creo que eso es lo que más atrae a otros inmigrantes argentinos. Y lo que está bien bueno es que si uno es respetuoso, tranquilo y responsable con los temas en el laburo, se valora el trabajo que uno hace”, dice. Hasta el día de hoy, los amigos de Alberto son argentinos, a algunos los conoció aquí y otros los conocía de antes, pero reconoce que al principio le costó mucho adaptarse y que en algunas cosas puntuales todavía le cuesta.

“Tengo dos o tres amigos, todos argentinos. También hacemos asados con mis vecinos que son argentinos. Aquí es muy, muy difícil hacer amigos, los chilenos se cierran como ostra. No es fácil entablar amistad, son fríos y eso no quiere decir que sean pesados, al revés, son simpáticos, pero no se abren como el argentino. Entonces uno llega con toda la disposición de argentino a hacer contactos cercanos y no pasa nada, eso es triste, más frustrante en realidad”, cuenta y hace una observación que lo ha ayudado a su camino en la búsqueda de algo de su país en Santiago: “Yo vivo en Escuela Militar y ahí viven muchos argentinos, me he dado cuenta que me estoy encontrando compatriotas por todas partes. La mayoría se viene por trabajo, porque sus carreras son mejor pagadas aquí. La gran parte no tiene planes de quedarse, vienen por un tiempo a trabajar. Claro que ya estando aquí conocen a alguna chilena, que son muy bonitas, o algún chileno y sin darse cuenta se empiezan a quedar, que es más o menos lo que me pasó a mí. Y claro, hace algún tiempo era Argentina la que estaba bien y que estaba recibiendo un montón de chilenos, ahora le toca a Chile darnos una mano porque la cosa está mala”.

Además de lo difícil que le pareció hacer amigos, cuando llegó a vivir a Chile a todo le pareció distante: “Me parece imposible que, estando tan cerca, seamos tan distintos. La diferencia es demasiado grande en todo, porque somos Boca y River, la U y la Católica, nada que ver, vivimos cerca pero hacemos todo diferente. Pensamos diferente, comemos diferente vivimos

diferente. A mí me cuesta creer que estando tan cerca seamos tan distintos y a mí me ha costado mucho”.

Se considera un zurdo consecuente y dice que lo primero que le llamó la atención en Chile es la diferencia política local con la de su país: “Somos políticamente inversos: ultra izquierda allá, ultra derecha acá. A mí no me gusta ni lo uno ni lo otro, o sea, no me gustan los extremos. Yo estaba acostumbrado a tener obra social del estado, a tener salud pública, a tener educación pública y acá, es todo lo contrario. Funciona, acá, pero hay que pagar. Allá es más *europizado*, acá es más *estadounidizado*. A mí me costó la idiosincrasia, me cuesta. Pero bueno, como digo eso también digo que es un país que me ha brindado trabajo, me ha brindado seguridad, estabilidad económica, que ahora en Argentina es muy difícil de conseguir. Por lo tanto, es una de cal y una de arena”.

Por los viajes de las carreras de *rally*, Alberto ha viajado por casi todo Chile, conoce desde Iquique hasta Coyhaique y admite que le gusta más es el sur, sobre todo Pucón y Puerto Varas, aunque encontró hermoso Coyhaique. Son estos recorridos los que le han permitido conocer pueblos pequeños del país y ver la realidad que existe allí, “porque no todo es como lo pintan. Aquí llegan amigos a visitarme y ven todo esto en Santiago, la modernidad, lo bonito que es Las Condes, Vitacura y me dicen ‘pero loco, vos vivís en Miami’ y yo les digo paren ahí, que esto no es la realidad. Aquí la desigualdad es muy grande, mataron la clase media por completo y te toca ver al jefe que nada en guita y al trabajador que tiene que empeñar la vida para que sus hijos estudien, porque eso es un tema que me mata aquí. O sea, me parece impensado que un pobre pibe que viene saliendo del colegio tenga endeudarse para estudiar, aquí o están endeudados desde los dieciocho años o se quedan sin estudios, así de simple. Eso no puede ser, yo no me puedo acostumbrar a eso. Acá la gente tiene que tener mucha *guita* para tener hijo, porque si tenés *guita* te libras de ser deudor”.

Aunque critica el que en Chile todo sea pagado, está muy feliz con la seguridad que le brinda el país, “aquí sé que no van a cambiar las leyes de un día para otro como pasa allá, no sabés cuánto se valora eso cuando uno viene de Argentina”. Además, dice que le gusta el respeto que

aquí se tiene ante la autoridad y que aquí la policía sea de verdad confiable, cosa que en Argentina nunca se ha dado.

Como buen futbolero, lo que más le ha molestado de los chilenos son las tallas que le dicen en torno al deporte. “Al principio está bien, cuando es una o dos al día, pero cuando ya van seis y te pillan en un día malo que no quieres ni un chiste, respondés. Además que me tocan a lo mío, lo que me gusta, me dicen que Maradona es falopero, que ganamos el mundial del 78 con una mano, entonces llega un punto donde no das más. Yo estuve todos los años que viajé guardándome mis opiniones, porque estaba de visita, no podía venir a pelear, pero ahora que vivo acá me siento con todo el derecho y si me dicen lo del mundial del 78 les digo que primero ganen un mundial y después hablen. Pero ya no peleo tanto, después del mundial de 2014 decidí que es causa perdida. Cuando veía que todos a mi alrededor hinchaban por Alemania y yo lloraba solo, preferí agachar cabeza y rendirme con tratar de convencerlos. Existe una barrera que va a ser difícil de terminar, porque los conflictos son políticos y se trasladaron al pueblo. Siempre la vamos a tener, es como un clásico y el clásico es el clásico”, cuenta y añade que nunca ha podido ir a un estadio aquí, porque no le atrae, según él “es parte de la nostalgia”.

Si pudiera traerse algo de Argentina, dice que sería la cancha de River con todos los jugadores, la carne y la pizzería “El cuartito” de Talcahuano con Marcelo T. De Alvear, porque todo lo demás se lo trajo y aunque al principio iba cada tres meses a su país, este año ya viajó sólo una vez.

“Ahora todos me preguntan que cuándo me voy a hacer chileno porque trabajo en Chile, corro con un piloto chileno, tengo una esposa chilena, vivo en Chile y soy una gradecido de Chile porque me dio todo eso y más, pero yo les respondo que nunca. Yo soy argentino, aunque tenga todo eso y viva acá, a mí me gusta el matecito, los asados, el fernet, River, soy argentino. Nada de lo que me dicen me hace cambiar eso”, dice mientras pide la cuenta y agrega: “Eso también se extraña de mi país, la atención. El argentino es como más mimoso, más franelero. Cuando te va a vender una remera, te vende la remera, no te la tira por la cabeza. Cuando pides la cuenta, te llega la cuenta. Aquí es un kilombo, mirá cuánto se demoran”.

## **Fiesta boliviana en un parque de Santiago**

Es 31 de agosto y en La Cúpula del Parque O'Higgins se está celebrando el Festival de la Identidad Cultural Boliviana, un encuentro organizado especialmente para recibir a los bolivianos residentes en Chile, con el fin de dar broche de oro al mes en que se conmemora la independencia del país vecino. Cruzando el parque de un extremo a otro, pasando por la colorida oferta de golosinas, lentes de sol espejados, artesanía de procedencia universal, máscaras y "pinta caritas", además de los ciclistas y patinadores, por fin se ve el blanco y redondo centro de eventos capitalino.

Una vez afuera del lugar me encuentro con la boletería y, al entrar al edificio, veo que venden artesanía típica boliviana. Sombreros, tapices multicolores, ponchos, instrumentos de viento, mochilas de lana y cuero, lápices y muñecos contrastan con las claras paredes del inmueble que los acoge. El artesano a cargo del largo y angosto puesto viste un sombrero negro, un chaleco sin manga tejido a telar y unos jeans gastados, mientras muestra un siku (zampoña) a una pareja de compatriotas suyos que buscan el *souvenir* ideal para llevar a casa.

Unos pasos más al fondo del pasillo se encuentra el sector de gastronomía típica: empanadas salteñas, contundentes majaditos, gelatina tricolor y otros platos de distintas regiones bolivianas, acompañados de cerveza Paceña, se toman los distintos puestos comerciales y las mesas que reciben a quienes comen animadamente. El irresistible aroma de las preparaciones altiplánicas se mezcla con el olor a tierra mojada que se cuele por las ventanas, gracias a las tímidas gotas que caen del cielo, dotando de un aura místico a la alegre celebración.

Sin embargo, no hay tanta gente aquí. La mayoría de los asistentes a esta fiesta está rodeando el escenario, viendo, escuchando y coreando al famoso grupo musical Tributo a Kjarkas. Los Kjarkas es uno de los grupos folclóricos más famosos de Bolivia, nacido en la ciudad de Cochabamba en 1965 y vigente hasta hoy. Se trata de una verdadera leyenda y orgullo para el pueblo boliviano, que habla de su legado musical con pasión y envidiable admiración.

El grupo tributo a estos legendarios músicos regala al público, casi en su totalidad boliviano, las canciones más populares del emblema nacional, como “Negrita”, “Tiempo al tiempo” y “Saya sensual”. Parte del público baila en el pasillo circular, mientras otros cantan animadamente desde sus puestos, tanto desde las elegantes mesas de manteles blancos ubicadas cerca del escenario, como desde las butacas y la galería.

Las mujeres visten jeans muy ajustados y casi todas usan zapatos de taco alto que dominan con suma habilidad. El negro, el rojo y el azul son los colores preferidos por ellas, mientras los hombres se ven más relajados, con tenidas que combinan muchos colores y materias primas, como si sus looks fueran algo azaroso, producto de una lluvia de indumentaria.

Luego de la presentación de este aclamado grupo es el turno de los chilenos de Khantati, quienes también reciben una cálida aceptación del público, a pesar del fuerte nacionalismo que caracteriza al pueblo boliviano. La animadora del evento está vestida con un traje típico y, entre una presentación y otra, se muestran bailes tradicionales del país vecino.

Aunque, sin duda, la presentación del grupo Savia Andina es la que emociona a todo el público. Algunos llegan justo al momento en que la animadora anuncia la llegada al escenario de estos músicos, que sin duda alguna son los más esperados de la jornada festiva.

Apenas comienza la primera canción de Savia Andina, la gente se pone de pie nuevamente y su cuerpo la arrastra al baile. Esta vez, el número de personas es mucho mayor y todo se convierte en una gran fiesta. Algunos bailan desde el pasillo y otros, más osados, demuestran que llevan el ritmo en la sangre adelante, al lado de las mesas de manteles blancos que parecen ser el sector VIP.

Personas solas, banderas verdes, amarillas y rojas, pero sobre todo parejas, se mueven entusiasmada y alegremente. Sin embargo, los adultos no son los únicos que gozan: hay un niño de alrededor de seis años que capta la atención de gran parte del público, que motiva su animado, torpe e infantil baile con las palmas, risas y sinceras sonrisas de oreja a oreja.

Cuando termina el *show* de Savia Andina, la gente sale de inmediato del cuarto musical y el sector gastronómico se llena automáticamente. Las empanadas salteñas solo duran unos diez minutos antes de agotarse por completo. Es por eso que Ernesto, el encargado de las comunicaciones del local dueño del puesto, recurre a su blanca sonrisa para ofrecer a la gente otros platos típicos. Él es muy joven y tiene estudios de comunicación social. Mientras intenta tentar al público con sus productos, me cuenta que es muy conocido en el sector del metro Irrarázaval, cercano a la casa matriz de su lugar de trabajo, ubicada en la calle Maratón.

Los amigos y conocidos chilenos de Ernesto lo conocen como “El Bolivia” y según cuenta, su experiencia en Chile ha sido, en general, muy agradable. Solo ha tenido problemas con un par de chilenos que lo han hecho sentir como un invasor. Según relata, una vez no aguantó un maltrato y terminó “yéndose a las manos”, como dice. Pero, sostiene Ernesto, fue un caso totalmente aislado.

Muy parecida ha sido la experiencia de Félix, quien se encuentra haciendo un pituto en el evento. “Yo estoy cuidando la puerta”, me cuenta con ligera cara de vergüenza, mirando hacia abajo. Félix, de un poco menos de cuarenta años, dice que lleva siete años viviendo en Chile y que aquí ha ejercido distintos oficios y nunca ha rechazado las oportunidades laborales que se le han presentado porque “nunca sobran”, afirma con convicción. Él ya siente que su vida está aquí en Chile pero, de todas formas, extraña mucho su país natal y está muy orgulloso de sus raíces.

“¿Has escuchado a Los Kjarkas?”, me pregunta de pronto. Y luego me dice que son lo más grande de la música latinoamericana. Además, me advierte: “¿Cómo le dices tú a esta música? Acá la gente le dice ‘música andina’, pero cuando hables con un boliviano nunca le digas así. Tienes que decirle ‘música boliviana’, porque si no se ofenden. Es mal visto”.

Todo esto, Félix lo dice mientras vigila de reojo la puerta, desde donde se puede escuchar la música de Inti Illimani que viene del escenario.

“Esta música es copiada de nosotros, no es chilena”, recalca. Yo solo asiento con la cabeza, escuchando con atención. A Félix le gusta mucho hablar del folclor de su país y enseñar a los chilenos las mejores formas de acercarse a los bolivianos.

Cuando ya está por terminar el evento, el hombre se acerca al rincón gastronómico y vuelve con una Paceaña de litro en la mano derecha. Antes de tomar un sorbo me dice: “Contigo”. Luego toma y me ofrece. Cuando le digo “no, gracias”, me dice que cuando un boliviano dice “contigo” antes de beber, es porque quiere tomar contigo y siempre debes aceptarle el vaso o botella, aunque no bebas. Basta con recibirlo y sostenerlo un segundo con tus manos. De lo contrario, algunos de sus compatriotas pueden sentirse ofendidos.

De pronto, Félix y yo miramos por reflejo hacia el escenario. Acaban de encenderse las luces, lo que indica que el espectáculo ha finalizado. Enseguida, la gente comienza a salir y debemos hacernos a un lado para no obstaculizar el paso.

Una de las mujeres que cruza el umbral de la puerta me llama mucho la atención. Ella es Sandra y trabaja como asesora del hogar en una casa de Providencia, hace cinco años. Ella tiene 33 años, no tiene pareja ni hijos, pero es amiga de muchos compatriotas que hoy viven en Santiago. Sandra, cuenta María (28), una de sus amigas, siempre es el alma de la fiesta.

En sus ratos libres, Sandra sale a divertirse con sus amigos, principalmente a locales del centro de Santiago y cuando el clima acompaña, le gusta recrearse al aire libre. Ella es muy alegre, sencilla y querida por quienes la rodean. Sandra no ve a su familia desde que se vino a trabajar a Santiago y me cuenta que todos los años sueña con ir, pero que siempre termina presentándose algo que lo impide. No obstante, asegura, “este verano sí que voy a Oruro”. Allá tiene a sus padres y su hermana adolescente, que a fin de año cumple 17 años.

Sandra se lleva muy bien con los chilenos y, sospecho, eso mucho tiene que ver su actitud positiva y sonrisa perenne. Algunos bolivianos, al igual que los peruanos, nos miran serios y son un poco esquivos, pero ella es dueña de una personalidad avasalladora, capaz de encantar y ganarse la simpatía del menos amistoso de los seres humanos.

Esta mujer, vestida con unos *jeans* que parecen cortar la circulación, un *sweater* con flores multicolores y botines negros de taco cuadrado, se dice una virtuosa cocinera y fanática del baile, lo que comprobé un par de horas antes, cuando la divisé bailando en el pasillo que separa las butacas de la galería, junto a varios amigos.

Lo que Sandra más extraña de sus tierras es su familia. Aunque también revela que extraña los colores y el aroma que, según ella, solo se pueden ver y sentir en la ciudad que la vio nacer. Esta simpática mujer es también muy profunda y ve la vida como un regalo, algo bello y poético.

En tanto, María, quien ha oído con curiosidad toda mi conversación con su amiga, me cuenta de pronto que ella es de Cochabamba y solo lleva un año viviendo en Santiago. Primero, dice, probó suerte en el norte, específicamente en Arica, pero finalmente se aburrió y junto a un amigo decidieron venirse a la capital. Ella trabaja en una fábrica de ropa, ubicada en la comuna de Recoleta. Su experiencia en Chile también ha sido buena, aunque en realidad todos me dicen lo mismo y quizás sea solo porque soy chilena.

María tiene tres hermanos: dos de ellos están en Bolivia y uno está en Arica, vendiendo ropa en un mercado. Él es el mayor y llegó a trabajar a Chile hace ya un decenio. Manuel, como se llama, “está casado con una chilena y tiene dos hijos que estudian en Arica y, por las tardes, lo acompañan en el trabajo”, cuenta su hermana.

El personal de aseo empieza a barrer y los sonidistas y camarógrafos comienzan a sacar los equipos, lo que indica que es hora de irse. Me impresiona lo limpio y ordenado que está el lugar, a pesar de la entusiasta fiesta que albergó el fin de semana, donde las fronteras se difuminaron.

## **La turca que borró su acento**

Viktorya tiene 24 años y es una joven de pelo negro y largo, tez clara, ojos grandes, mide un pocos más de un metro y sesenta centímetros y tiene una voz ronca, rozando en lo grave. Está sentada en un bar de Orrego Luco en Providencia y toma un mojito, no le gusta mucho el alcohol así que lo hace durar mientras pasa la noche. De la nada, un hombre llega a su lado y le pregunta “¿Macarena?”, ella le responde que no y ante la molesta insistencia del inoportuno interlocutor, saca su carnet de la cartera y se lo muestra. “Viktorya Özbicakci Dursun”, trata de leer el hombre a lo que instintivamente comenta: “Que raro el nombre, ¿de dónde eres?”, Viktorya se pone seria y se lo quita de las manos, mientras le dice: “¿ves? no soy Macarena”.

La reacción de Viktorya es normal en ella. Desde que llegó a Chile desde Turquía, a los 9 años que trata de evitar que le pregunten de dónde es, no le gusta. Le recuerda a sus primeros años en Chile, cuando llegó desde Estambul porque su abuela paterna estaba muy enferma aquí.

“Ella fue la primera de la familia en emigrar a Chile, se vino más o menos cuando yo nací. Venía como invitada a un matrimonio de su prima quien ya llevaba varios años radicada en Chile. Mi abuela aterrizó en Osorno y le encantó la ciudad, por ello decidió instalarse de inmediato. Compró una casa y luego convenció a sus hijos a viajar a Osorno. Toda la familia en Estambul comenzó a migrar de a poco. Mi abuela tenía tres hijos y una hija. Dos de los hombres, que eran jóvenes y estaban solteros, aceptaron el desafío y viajaron a instalarse con la mamá, pero el hermano mayor—mi papá—y su hermana decidieron quedarse en Estambul porque no les llamaba la atención un país tan lejano a Europa y además una ciudad al fin del mundo, entonces mi padre y su hermana —cada uno con su cónyuge— se quedaron en Turquía”, cuenta Viky, como le dicen sus amigas.

Su niñez en Estambul era como cualquier otra, iba al colegio, tenía buenas notas, a sus amigos, todo giraba entorno a su familia, su colegio y su barrio. Pero de un día para otro todo cambió y ella no tuvo nada que opinar. “Con el paso de los años, mi abuela nos iba a visitar a Estambul, esto ocurría siempre entre enero y marzo. Hubo un año en el cual ella no viajó y resultó que era porque estaba gravemente enferma. Mi padre al enterarse de la noticia no lo pensó dos veces y

de inmediato puso a la venta nuestra casa y todas nuestras cosas para viajar rápidamente a Chile. Desde ese entonces no nos hemos ido de aquí”.

Viktorya recuerda que ella tenía noción de que su abuela vivía lejos, en un país que no conocía, que nadie imaginaba, a tal punto que, según explica: “cuando veníamos en el avión recuerdo haber pensado que veníamos a Estados Unidos, porque en Turquía no le decían Chile, más bien se conocía como América, nada más. En ese entonces, Chile era un país totalmente desconocido. Solo sonaba un poco Argentina y tampoco mucho”.

Cuando Viktorya y su familia aterrizaron en Santiago cuando ella recién había cumplido nueve años. La ciudad no tenía mar y eso no le gustó mucho, estuvieron muy poquito y siguieron hacia Osorno, que era donde vivía su abuela. Su salud estaba mucho peor de lo que pensaban, estaba en estado vegetal y no había mucho qué hacer por su salud, salvo esperar lo que tuviera que pasar.

“Al comienzo fue muy difícil, no encajábamos en Chile, menos en Osorno. Era una ciudad húmeda, lluviosa, algo deprimente. Además llegamos por una noticia tan triste que todo nos parecía deprimente. Creo que los primeros años no tuvimos mucha conciencia de lo que nos parecía la ciudad. Más bien, pensábamos en volver en cualquier momento a Turquía, tanto así que nuestras maletas seguían intactas, sacábamos lo que necesitábamos y la volvíamos a cerrar, como quien tiene listo su equipaje en espera de pasaje para partir en cualquier momento, pero eso nunca pasó. Los primeros años se nos pasaron volando. Hasta el día de hoy las maletas, que ya un poco más vacías, siguen ahí”.

Las primeras cosas que le llamaron la atención fueron mínimas, porque según ella la cultura no es tan distinta. Lo primero que recuerda es “lo de entrar a casa de otro y quedarse con los zapatos puestos. En Turquía uno debe sacarse el calzado y ponerse chalas de casa para estar en el living”, dice riendo y aclarando que siempre fueron “sólo detalles”.

Definitivamente la peor parte es que ni ella ni su papá ni su mamá, hablaban español. Ni siquiera lo habían escuchado antes y no tenían idea de cómo podían aprender, menos de una manera rápida. Esto era mucho peor para ella, que tenía que empezar a ir al colegio de nuevo.

“Tuve que golpear muchas puertas para que me aceptaran en un colegio y cuando al fin logré que me consideraran para ingresar, me habían puesto la condición de que tendría que ser en tres grados menos del que me correspondía. Es decir, debía estar en quinto básico, pero tuve que estar primero 6 meses en segundo básico, con niños mucho más pequeños que yo. Fue duro, pero me sirvió para aprender más rápido por la presión que esto significaba”.

Fue en el colegio donde empezó a notar que sus compañeros hacían una diferencia con ella, empezando por el hecho de que la habían hecho cursar un grado menor y que hablaba un idioma que ninguno de los niños había escuchado antes. Es por esto que se esforzó por aprender español a la perfección, al punto de hablar como cualquier chilena: “Calculo que demoré un año en aprender bien. Logré sacarme el acento. Yo creo que era la presión de no querer ser reconocida como extranjera, de querer pasar desapercibida, de lograr hablar como todos para que no me preguntaran de dónde era y yo de tener que contar toda la historia de un comienzo, porque era una historia triste, que no quería recordar. Me hacía sentir mal la idea de que cada vez que un profesor pasara lista y me nombrara, inevitablemente iba a preguntar mi historia , sentía que todos los demás niños tenían historias que contar, pero que nadie se las preguntaba porque pasaban desapercibidos. Llegué a sentirme incómoda, casi que florero de mesa porque no faltaban los chascarros de los profesores pronunciando mi apellido o que siempre tuvieran que preguntarme ‘cómo llegaron a Chile’ por eso me empeciné en aprender rápido y de adecuarme a los demás para no sentirme apartada de mis compañeros, que yo veía iguales que yo”.

Luego las cosas anduvieron mejor, ya sabiendo en parte el idioma, pudo retomar las clases en el nivel que le correspondía y empezó a conocer gente. Incluso, empezó a tener muy buenas notas en el colegio, en sexto llegó a promedio 6,5 y en octavo a 6,8, aunque claro, cada vez que miraba su libreta de notas veía que su peor promedio siempre era en lenguaje: “Me costaba muchísimo leer y entender lo que leía. Nunca aprendí eso de los gerundios, participios, esdrújulas, todo lo aplique por suposición. Me inventaba algunos significados acomodándolos a las expresiones corporales, escribía lo que escuchaba, me costaba hacer distinción en cuándo se usaba ‘s’ y ‘c’. Fue difícil, pero cuando mejoré mi lectura y empecé a escuchar mucha música fui aprendiendo”.

Además de la lucha que llevaba por aprender el idioma y superar las notas en el colegio, Viktorya sufría la enfermedad de su abuela en su casa. El dolor que rodeaba su familia estuvo por largos dos años en que su abuela no reaccionaba, al final, su estado de salud era tan malo que murió un día cualquiera. Por esos días, se había tenido que acostumbrar a una familia grande.

“Estábamos de allegados en casa de mi abuela, era una casona, así que entramos de lo más bien. Éramos como diez personas, pasé de vivir con mi papá y mi mamá a toda esa gente a la que había visto muy poco en mi vida. En la casa vivían mi tío con su señora, mi tío soltero, mi abuelo, abuela, mis hermanas y mi mamá. Luego la familia se agrandó, nació una prima y mi hermana menor. Actualmente, ya cada uno está con su casa. Mis papas decidieron quedarse con mi abuelo, y los demás tíos se fueron a otra casa. Y bueno, yo me vine a vivir a Santiago”.

Recuerda durante su vida, muchas veces le han dicho que es árabe o le han dicho turca de una manera despectiva: “La gente acá en Chile pecaba de ignorante, claro porque así como yo decía América a Chile allá en Turquía, ellos le decían turcos a todos los que fueran de medio oriente, hasta a los de África o de la India. Eso nos molestaba mucho. Sobre todo en el sur de Chile hay muchos sirios y palestinos que viajaron cerca de los años 70 y 80 arrancando de sus respectivos países con pasaportes falsos que eran turcos, por ello en Chile se quedaron con la idea de que todos los árabes eran turcos”.

Lo otro que se repite es que le pregunten si es musulmana o por qué no se tapa la cara, ni usa burka. Eso le da mucha rabia, pero entiende que no sea obvio. Su familia es cristiana y por mucho tiempo fue discriminada por su religión en su país: “creen que todos los turcos son islámicos pero eso no es así. Nuestra familia es cristiana y eso era muy complejo de explicar. Como cristianos éramos minoría en nuestro país, en ese entonces sufríamos un poco de discriminación, porque en Turquía cerca del 99.8% de los habitantes son musulmanes y nosotros no podíamos andar con crucifijos en el cuello como collar y temíamos ir a la iglesia solas. Creo que mi abuela al llegar a Chile y darse cuenta que era un país católico se alegró bastante porque vio que podría ser creyente libremente, ese es el principal motivo por el que decidió quedarse. El tema de la religión es muy importante en Turquía. Siempre planteo el

ejemplo de si en Chile existe cierto conflicto entre los que son de derecha e izquierda, allá ocurre lo mismo, pero aplicado a la religión. Hay algunos que son musulmanes ortodoxos, muy cerrados ante otras creencias, otros muy modernos que son democráticos y algunos hasta ateos, sobre todo en una ciudad tan intercultural como Estambul. Allá hay judíos, armenios, arameos, católicos romanos, musulmanes, etcétera. Es la cuna de las religiones. En fin, acá nos sentíamos más libres en ese sentido y además podíamos vestir a nuestro gusto”.

Ahora que vive en Santiago muchas veces se enfrenta a las mismas preguntas de la gente que conoce, pero ya las toma de otra manera. Además, pese a los graves conflictos que tuvo con el idioma en su llegada, decidió ser periodista. “Parece absurdo decirlo, pero me encanta la comunicación. Hablar con las personas, descubrir sus historias, establecer comunicación o llegar a informar a tantas personas me parecía fascinante. Y ya no importaba que fuera en español porque ahora si no muestro el carnet ni se nota que soy extranjera”, dice riendo.

Claro que a sus intenciones de toda la vida de pasar desapercibida les llegaron un gran problema: “Las mil y una noches”. Hace un tiempo Viktorya trabaja en un canal de televisión, tras cámaras, pero cuando se vino el *boom* de las teleseries turcas a principios de 2014, su jefe la llamó de inmediato. De otro programa del canal la querían como notera para ir a Turquía a buscar a los protagonistas de la exitosa novela. “Es muy raro. Nunca lo hubiéramos imaginado. Con mis papás siempre lo hablamos y es muy curioso. Pero es bueno porque al fin creo que han aprendido a diferenciar lo que es Turquía de medio oriente. Y lo del viaje, fue todo tan rápido que ni lo analicé. Acepté ir porque al final iba a cumplir con volver a Turquía, acepté solo por viajar y jamás pensé que seguirían con el tema tanto tiempo”, dice.

Viktorya se estableció en Santiago, vive en el sector de Bellas Artes y reconoce que todas sus amigas son chilenas. Sólo tiene un pequeño círculo de hijas de turcos que nacieron aquí. Se mueve prácticamente sólo en el centro y comparte con algunos argentinos y cubanos que trabajan con ella y viven cerca. A pesar de todo no es capaz de sentirse 100% chilena, “más con el *boom* de las teleseries, en cada lado me recuerdan una y otra vez que soy turca, es decir, que no soy chilena. Imagínate yo que trate de pasar piola tantos años, desde que llegué hasta hace unos meses y ahora todo se fue a las pailas”, dice riendo.

Con respecto a su familia, dice que su papá ya no se siente ni chileno ni turco. Que viajó hace unos años y sintió que no era su lugar, pero tampoco siente que acá lo sea. “Incluso cuando yo estaba en primero medio, nos íbamos a devolver a Turquía, mi papá tenía todo listo, los pasajes comprados. Justo unas semanas antes a mi tío le dio un infarto, por eso nos quedamos. En el fondo, yo creo que mi papá ya tiene miedo a volver a empezar”, analiza. De lo que está segura, es que ella no volvería a Turquía a vivir. Le encanta el país y cumplió su sueño cuando viajó por su trabajo: “Siempre soñaba con Estambul con volver así más adulta, quería hacerlo después de terminar la universidad, pero un trámite salió mal y no pude, pero lo que salió por pega fue *bacán*. Feliz me iría por muchos meses a hacer nada, a viajar, pero no a quedarme”.

## **Los discos voladores se toman las plazas**

Son las tres de la tarde y un sol que parece más brillante de lo habitual ilumina una cancha de fútbol de la comuna de Cerrillos. Hay dos equipos jugando un partido, nada fuera de lo común. Pero no hay ni arcos ni pelota, sino un montón de cabezas rubias, morenas y colorinas corriendo por alcanzar un *frisbee*. Un disco de esos que uno ve en la playa, de esos que los perros gringos atajan mientras vuelan por el aire. Los equipos son de siete y siete, pero no hay 14 hombres en la cancha y tampoco 14 mujeres. Tanto Clovers como Revolución son equipos mixtos y, sus jugadores, de todas las edades.

El deporte que están jugando se llama ultimate y nació en Estados Unidos durante la década de los 60, de la mano de los *hippies*. Es una mezcla entre fútbol, básquetbol y rugby, todavía poco conocida en Chile. Es por eso que la mayoría de los equipos pertenecientes a la Liga Ultimate Chile alberga a jóvenes oriundos de tierras más allá de las fronteras de nuestro país. Estadounidenses, colombianos, venezolanos, mexicanos, canadienses, alemanes y españoles se unen con chilenos no sólo para compartir dentro de la cancha, sino para formar verdaderas familias. Celebran juntos los cumpleaños, hacen asados, van de paseo fuera de Santiago y se juntan a cocinar platos típicos de los distintos países que ha unido este deporte.

Uno de los más entusiastas a la hora de jugar ultimate es Franco, un venezolano que vive aquí hace casi nueve años y practica el deporte del disco desde que vivía en su país natal, específicamente en la ciudad de Porlamar, que los años han convertido en la capital comercial de la Isla Margarita. Franco tiene 29 años, es atlético, moreno, de estatura media y tiene un semblante cálido y muy amistoso. También se caracteriza por vestir siempre a la moda, aunque es notoriamente más osado en el uso de combinaciones y colores que la mayoría de los santiaguinos con que se cruza al caminar por las calles que hoy frecuenta.

Franco se fue de Venezuela luego de que unos tíos le dijeran que aquí había más trabajo y también posibilidades de desarrollarse en el ámbito profesional. Es más, él recuerda muy bien la fecha en que llegó a Chile: el 20 de enero de 2006. Franco venía de haber ejercido muchos oficios diferentes allá. Limpió baños, preparó comida rápida, fue vendedor y garzón, dentro de otras ocupaciones que le requirieron mucho sacrificio desde muy joven. Una vez aquí su vida laboral fue adquiriendo un tono más rosa, en varios de los trabajos que tuvo existió la posibilidad de ascender y asumió la responsabilidad. Además, como su papá es chileno, no se le presentaron problemas para quedarse trabajando en la capital y así empezar a juntar plata para hacer realidad su sueño de ser diseñador.

A su llegada, el venezolano vivió en la calle Raúl Labbé en la comuna de Lo Barnechea, muy cerca del colegio Nido de Águilas. Un día, mientras pasaba por fuera del establecimiento, descubrió que en el patio había gente jugando su añorado ultimate, de manera que no lo pensó dos veces y entró a hablar con los jugadores. Entonces retomó de inmediato el deporte. “Casi todos eran gringos. El que introdujo el ultimate en Chile fue Tom Smith, pero él no trató de masificarlo. En ese entonces los gringos jugaban los domingos en el colegio, con alumnos y profesores, y eran solamente dos los chilenos que participaban: Carlos y Nati”, cuenta Franco al mismo tiempo que hace un divertido gesto que da la idea de que está intentando recordar cada detalle de la historia que está relatando. “Lo que pasa es que en ese tiempo tenías que saber que existía el ultimate para encontrarlo. Los pocos que no eran gringos eran venezolanos, colombianos, una mezcla de gente de afuera y casi todos ya habían tenido acercamientos al ultimate en sus países”, agrega.

En ese entonces, sostiene Franco, cuando terminaban de jugar solían hacer otras actividades juntos. A veces salían a comer en casas o restaurantes cercanos, otras veces los estadounidenses organizaban fiestas temáticas o se iban a bailar. “Éramos más que un grupo de amigos”, asegura. Y más adelante ese grupo comenzó a crecer exponencialmente.

Cuando dos colombianos llamados Germán y Roberto llegaron a Santiago, los fanáticos del disco volador se pusieron el objetivo de expandir la práctica del deporte, enseñando el juego a otros inmigrantes y también chilenos que no tenían idea de la dinámica “ultimatiana”.

Así, santiaguinos y nuevos santiaguinos empezaron a “impartir la filosofía del ultimate. El buen espíritu, el respeto a las demás personas que están en la cancha, la solidaridad, el cobijo entre todos y la idea de que, a pesar de ser de distintos equipos, todos somos amigos”, comenta con entusiasmo el venezolano, mientras da una vista panorámica a la cancha de pasto que se encuentra frente a él.

Casi al mismo tiempo que Franco, un mexicano llamado Ramsés llegó a Santiago por motivos de trabajo. Actualmente tiene 31 años y es ingeniero en sistemas de la empresa experta en tecnología llamada Altec, que fue la que lo “importó” a Santiago habiendo salido recién de la universidad. Ramsés, a quien parece no le gusta mucho su nombre faraónico, prefiere que lo llamen por su segundo nombre, Fabio.

Fabio, muy alto y de pelo negro liso, siempre ha sido muy deportista, pero su deporte favorito siempre ha sido el básquetbol. Cuando llegó a Santiago buscó dónde jugar, pero no encontró un lugar para él, así que comenzó a buscar otra actividad deportiva para practicar en su tiempo libre. Es por eso que empezó a buscar en Internet para unirse a alguna liga o algo similar, pero nada lo llenó hasta que más tarde supo que aquí se practicaba ultimate, cosa que jamás hubiera imaginado. Al igual que Franco, Fabio había jugado con el *frisbee* en su país.

Así, con el pasar de los años y el aumento de los interesados en practicar el deporte en Santiago, fueron naciendo varios equipos de ultimate, los cuales dieron origen a la Liga

Ultimate Chile, formada por los Bluewings, Revolución, Frisbulls y Clovers, club deportivo del cual Franco y Fabio son miembros en la actualidad.

Los grupos entrenan y llevan a cabo torneos en distintos lugares. El Parque Bicentenario, el Estadio Nacional, las canchas del campus Juan Gómez Millas de la Universidad de Chile, las de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, el Parque Inés de Suárez, La Universidad de Santiago de Chile, el Parque Quinta Normal y la cancha municipal de Cerrillos son algunos de los lugares de la capital que estos jóvenes han ido convirtiendo en sus sedes deportivas. En algunos de estos lugares, a veces también hacen clínicas de ultimate, donde enseñan a otros jóvenes, adultos y también niños a practicar el deporte. Todo de manera gratuita, sólo por el gusto de compartir con otros y promover la vida sana y la práctica que tanto los apasiona a todos.

Como los jugadores de ultimate en Chile son cada vez más, las reuniones entre ellos se han ido volviendo más masivas, diversas y enriquecedoras. “Siempre en las juntas hay un plato de comida distinto: venezolano, colombiano, estadounidense, incluso indio hemos tenido. Además compartimos historias, enseñanzas y juegos típicos de los distintos países”, dice Franco.

Pero los chicos que corren detrás del disco no sólo se toman distintas áreas verdes santiaguinas y disfrutan de eventos multiculturales en casas y al aire libre, sino también intentan “evangelizar” a sus simpatizantes, inculcándoles el respeto, la preocupación y el cuidado por los demás. “Cada integrante de Clovers se ha convertido en mejor persona con esto. El espíritu sensible y solidario siempre va por sobre la competencia deportiva. Esa es una de nuestras reglas de oro”, cuenta Franco. Y es cosa de observarlos un rato para darse cuenta de que es verdad. Da gusto ver tanto compañerismo en algo que finalmente es una disciplina competitiva.

Más allá de su experiencia jugando ultimate, Franco ha tenido una muy grata estadía en Chile y no sólo porque se ha destacado en distintas labores, sino también porque lo logró: hace tiempo ya que ejerce la profesión que estudió en el Instituto Profesional Los Leones. Franco se ha convertido en un exitoso diseñador web que trabaja en una empresa de Providencia y también tiene proyectos independientes junto a Cintia, la madre de sus dos hijos, con quien vive en

Peñaflor a pesar de la lejanía de su lugar de trabajo. “Ahí los niños pueden respirar un aire un poco más puro y pueden estar más tranquilos. La comunidad allá es más fraternal que por ejemplo en el centro de Santiago, donde viven varios venezolanos. No me importa tener que madrugar porque yo soy el único de mi casa que se ve en la obligación de hacer ese esfuerzo y ya estoy acostumbrado”, dice el joven y orgulloso padre de familia.

A Cintia también la conoció aquí, ella es chilena y se conocieron en segundo año de diseño. Se enamoraron y comenzaron su relación hace siete años. Hoy han formado una alegre familia que los fines de semana va a conciertos, al cine, al teatro y a museos como el MIM, para fortalecer lazos y estimular la creatividad de los pequeños Benjamín y Giselle, de cuatro y un año respectivamente.

Por su parte, Fabio está soltero y dedica su tiempo libre principalmente al ultimate, al gimnasio, a juntarse con amigos mexicanos a tomar cerveza o a salir de compras, aunque también disfruta la tranquilidad de estar solo en su departamento, ubicado en el piso 14 de un edificio de La Florida, al lado del metro Vicente Valdés. “La mayoría de los mexicanos que conozco vive en Ñuñoa, pero yo estoy bien donde estoy”, explica.

Tanto a Franco como a Fabio les caen bien los chilenos. Aunque Fabio considera que somos un poco cerrados y notoriamente más serios que los mexicanos, pese a que, como cuenta, “siempre que llego a algún lado noto que nos tienen buena a los mexicanos. Me escuchan hablar y de inmediato empiezan con el ‘órale güey’, el Chavo del Ocho, etcétera”.

Una opinión similar es la de Franco, quien añade que los chilenos “en general son bastante desconfiados. Es difícil entrar a sus círculos y, cuando lo logras, te das cuenta de que son muy vulnerables. Para ellos es realmente difícil confiar, sentirse seguros con alguien. Es algo que va más allá de ser tímidos. Además hay un tema con la cercanía física. A veces malinterpretan nuestras intenciones cuando bailamos, cosas así. Están un poco a la defensiva”, opina.

El venezolano cree que esta forma de ser de los chilenos puede tener que ver con la historia reciente del país. “Yo creo que son así producto de la dictadura, porque entonces había mucha

gente disfrazada que se hacía pasar por lo que no era. Entonces era difícil distinguir en quiénes se podía confiar y en quiénes no y, por lo tanto, a veces era mejor optar por el silencio”, concluye. Si bien esto lo hace extrañar a la gente cálida de su país, “que aunque te vea en la calle y no te conozca se comporta como tu mejor amigo”, Franco siente que ya tiene su vida armada aquí. “Yo pienso que Chile me ha formado como persona adulta. Venezuela fue como la temporada de niño donde disfruté e hice todo lo que tenía que hacer en ese tiempo. No sé si volvería”, sostiene. De hecho, de a poco ha convencido a todos sus familiares más cercanos de venirse a vivir aquí y asegura que todos están muy bien en Chile.

Franco es el mayor de cuatro hermanos: son Stefany, Nicola, Byron y él. Hace dos años convenció a Byron de venirse a Chile, luego llegó Nicola, que es el menor de los hombres. Finalmente, el año pasado fueron su madre Yoleida y su hermana Stefany quienes decidieron instalarse con camas y petacas en este país completamente nuevo para ellas.

A ninguno de los miembros de la familia de Franco le costó encontrar trabajo en Santiago y viviendo aquí la familia está más unida y responsable que en su país natal, destaca el joven que se siente feliz de tenerlos a todos tan cerca. “En Venezuela estaban todos desordenados, todos viviendo separados y viéndose poco. Lo que pasa es que en Venezuela se te pasa mucho la vida en rumba o carrete, en pasarlo bien, en vivir el día a día. Allá es mucha la gente que no se proyecta en el futuro. Son más relajados y el mismo país te permite ser así”, comenta esquivando despreocupadamente un disco amarillo que va directo hacia él.

Para Franco, el ser venezolano en Chile casi siempre ha sido algo positivo. Esto, porque debido a la alegría y el carácter extrovertido que tienen sus compatriotas les es fácil obtener trabajo y ascender, porque los jefes suelen tener los ojos puestos en ellos.

Por otra parte, se le ha hecho fácil ganarse la simpatía de los compañeros, quienes en general se muestran interesados en saber un poco más sobre las ciudades, los atractivos turísticos, las comidas y la cultura de su país. Por supuesto, Franco responde todas sus preguntas encantado, porque está orgulloso de su nacionalidad y le gusta recordar su cuna.

Sin embargo, el venezolano asegura que no se le ha regalado nada, sino que todo lo que tiene hoy es fruto de su esfuerzo y buena disposición. “Hubo un tiempo que tuve que dejar de lado el ultimate porque estaba estudiando y trabajando durante las tardes y las noches”, dice. Y si bien hoy tiene tiempo para hobbies, cada día se levanta a las 5:30 de la madrugada para poder llegar a trabajar a las 9 a Providencia, y vuelve a su casa alrededor de las 20:30 horas. Esto, exceptuando los días que tiene entrenamiento de ultimate, jornadas en que llega a Peñaflores a medianoche. Pero hacer esfuerzos no le molesta en absoluto, porque es feliz así.

Asimismo, tanto el venezolano como el mexicano están muy emocionados porque en diciembre los Clovers viajarán a Colombia para participar en un importante campeonato que juntará a alrededor de 60 equipos de distintas nacionalidades, para lo que se están preparando hace ya varios meses.

Pero estos chicos que se toman las áreas verdes santiaguinas no paran nunca. El fin de semana después de su regreso de Colombia viajarán rumbo a Maitencillo, donde se llevará a cabo un torneo abierto para quien desee participar, sepa o no jugar ultimate. Al parecer, los ovis no pretenden dejar de sobrevolar Santiago.

## **Más que Providencia y Las Condes**

A principios de 2013, Luis Saenz vivía con su mamá y su perro en Granada, España. Una ciudad de poco más de 200 mil habitantes en la comunidad autónoma de Andalucía, donde todos se conocen, se saludan en la calle y toman cerveza todas las tardes en su bar favorito, atendido por el mesero de siempre que sabe perfectamente qué va a pedir cada cliente. Además del lado amable, por estos días esta región sureña es la que tiene un mayor índice de cesantía en España y por ende es la más pobre del país.

A pesar de ser diseñador gráfico, Luis trabajaba vendiendo celulares en una multitienda. Era la tercera tienda a la que llegaba luego de ser despedido por el cierre de otras dos, su mayor miedo

era que cerraran la tienda en la que trabajaba en ese momento y volver a quedar sin trabajo. Dentro de su ciudad, esta era una situación ventajosa, pues el 54% de los jóvenes de entre 18 y 30 años de esa región del país no tienen trabajo, tengan o no títulos profesionales. Si bien su mamá trabajaba como educadora de párvulos hace años y no iba a quedar desempleada, su sueldo no era suficiente para mantenerlos a los dos y Luis ya tenía 29 años, sentía que tampoco podía seguir así.

“En ventas era en lo único que había trabajo y es un trabajo que no es mal pagado, se puede vivir de eso, aunque no sea tu carrera elegida. Pero van cerrando las empresas y estás así, sin saber qué va a pasar, pero con la certeza no vas a poder trabajar en lo que escogiste, entonces, ¿qué haces? y empiezas a pensar, a pensar y resuelves: me tengo que ir de aquí, si quiero trabajar me tengo que ir de aquí. Porque allá no hay trabajo de nada más. Entonces cuando la situación está así, empiezas a mirar otros países donde irte y te das cuenta que lo más fácil es Sudamérica y en cuanto a idioma, papeles y visado, Chile es lo más fácil. Yo creo que como nunca había sufrido una inmigración masiva hasta ahora, todo es muy fácil, nada importa realmente, no hay una dureza con la inmigración como lo hay en España y en Europa que ya han tenido inmigración masiva”, cuenta Luis instalado en su departamento de San Francisco con Tarapacá en pleno Santiago Centro.

Luis tiene una amiga cercana que es arquitecta y viajó a Chile en 2012, año en que hubo una inmigración masiva de cerca de cien mil españoles. Todos profesionales jóvenes que se habían quedado sin oportunidades en su país. Fue ella quien primero le habló de Chile y Luis empezó a investigar por su cuenta: “te metes a foros y ves la situación, claro había mucha gente que te decía: ‘no es la panacea, no esperes que te va a llover la plata del cielo ni nada por estilo, pero vas a encontrar trabajo y vas a poder vivir’. Cosa que hoy en día la gente joven en España no puede hacer”.

Fue en junio de 2013 que Luis sintió que ya no podía más, era el momento. Como buen hijo único, primero habló con su madre. Ya le había planteado el tema otras veces, pero ahora le dijo de sopetón que se iba y que tenía que dejarle su perro, porque el dinero que tenía no le alcanzaba para pagar el medio pasaje que costaba su traslado a Chile. “Puede sonar divertido,

pero lo primero que hizo fue enojarse por el perro, a los días recién me habló de verdad de mi venida y me dijo que me apoyaba, porque tampoco podía esperar a irme a Madrid y a Barcelona a competir con gente que está igual que uno y que son muchos. Allá hay familias completas que no tienen trabajo, ni el padre ni la madre ni lo hijos, viven de los abuelos”, cuenta Luis y asegura que ahora jamás podría traerse a su mascota, porque su madre ya lo adoptó como hijo. “Lo perdí”, ríe.

Gracias a la gran cantidad de foros y grupos de Facebook de españoles en Chile, pudo ayudarse con los trámites para viajar y poder trabajar. Su mamá lo fue a dejar al aeropuerto y recorrió los 10 mil kilómetros pensando en cómo sería Chile. La verdad es que nunca había estado en Sudamérica y como es curioso, empezó buscando fotos y viendo las calles en Google Maps, pero le parecía una ciudad cualquiera. Necesitaba llegar para realmente ver cómo era, porque no podía imaginar las dimensiones de una ciudad de más de 6 millones de habitantes. “En Granada caminas una hora y ya cruzaste la ciudad completa, de lado a lado”.

Acá lo recibió su amiga arquitecta, la que lo convenció de que Chile era el lugar para encontrar trabajo como diseñador gráfico. A primera vista la sorpresa fue grande, “aunque uno venga con una mente abierta y todo, sigues pensando que esto es Sudamérica, entonces te sorprende lo moderno que es para algunas cosas, que todo funcione mejor o peor, pero hay metro, hay de todo. Yo vengo de una ciudad donde no hay metro y está, por ejemplo, lo que te dice tu abuela: ‘y qué allí tienen ollas, pero las calles están asfaltadas, qué sientes en la selva’, y me toca decirle, ‘abuela acá no hay selva eso es allá arriba en la zona tropical’. Mucha gente mayor piensa que todavía esto está como hace 50 años”, dice Luis y cuenta que con el tiempo se ha ido dando cuenta de que muchas cosas funcionan incluso mejor que en España: “el Internet acá es muchísimo más rápido y por menos dinero, la televisión por cable es mucho mejor también. Son tonterías, cosas pequeñas que uno ve todos los días acá, pero que llaman mucho la atención porque uno no se lo espera”.

Tras superar el impacto de la tecnología chilena y explicarle a su abuela que sí habían ollas y que las calles estaban asfaltadas, Luis salió a la calle en pleno Providencia: “lo primero que me llamó la atención es que, coño, estaba lleno de españoles. Yo había visto las páginas de

Facebook, los foros, sabía que habían hartos, pero parece que estaban todos en la calle cuando llegué”, dice entre risas. Es tanta la llegada de españoles que son de la misma generación que cuenta que varios de sus amigos se han encontrado compañeros de universidad en el metro o en el mismo trabajo, sin tener idea de que se habían venido. “Estoy esperando el día que me encuentre con alguien de Granada en la calle, del colegio, de la universidad, donde sea. No es imposible, ya me encontré un granaíno que arrendaba kayaks en Pucón. Impresionante, ¿no?”, cuenta entre carcajadas.

Uno de los motivos por los que eligió venirse a Chile fue por el idioma y se había hecho una idea del tono que tendrían los chilenos, porque claro, eso no se puede ver en Google Maps: “pensaba que hablabais como los argentinos, como los uruguayos, digo, son vecinos hablarán los tres igual, pero no para nada, tienen un acento totalmente distinto al de cualquier país de Sudamérica”, dice y fue este acento que no esperaba y la velocidad lo que más le complicó al principio. “No entendía nada, iba a comprar y me decían ‘nanununú’ y yo decía ‘¡coño, si es el mismo idioma por qué no entiendo nada!’”. Hasta ahora, un año y medio después, cuando se ponen a hablar entre ustedes así rápido, hay veces que me cuesta seguirlos. Todos los días aprendo palabras nuevas. Tienen demasiadas”, dice riendo.

Luis empezó trabajando en una empresa de publicidad en Providencia, por lo que se quedó viviendo en el sector y compartió con el tremendo batallón de españoles que encontró aquí apenas llegó. No se demoró mucho en encontrar trabajo, así que los primeros chilenos que conoció de cerca fueron sus colegas, que eran muy distintos a lo que él tenía en mente.

“Esperaba la personalidad que te venden hacia afuera del sudamericano, del colombiano, el cubano. Luego ves que aquí es como la Suecia o la Noruega de Sudamérica. Son muy fríos, a pesar de que sois simpáticos y tienen un muy buen humor siempre, no son gente que tenga las puertas abiertas al extranjero. No lo digo como algo malo o que te miren feo, es que son muy cerrados, es difícil entablar amistad con un chileno, digo, amistad de verdad, profunda, son grupos muy cerrados. No todos, pero en general tienen una barrera que para romperla necesitan mucho tiempo o que esa persona sea pareja de un español, de un alemán, que tenga un vínculo con otro país o con uno, no puede ser así de entrada”.

Es por esto que casi todos sus amigos son españoles que llegaron acá antes que él, las relaciones más cercanas que tiene con chilenos son sus compañeros de trabajo. Hace casi un año que se cambió de empresa, ahora trabaja en un medio de comunicación. Con el trabajo anterior tuvo muchos problemas porque la gente rotaba mucho, eso le llamó la atención porque él venía de una situación muy distinta. “Los chilenos siempre están buscando otra opción. Los españoles nos quedamos en un trabajo, en ese sentido somos más leales. Yo entré a esta pega y no he echado ni un sólo currículum y eso es muy español. A nosotros nos choca porque de donde venimos la gente se tiraba toda la vida en un trabajo. Entonces, si te ofrecen otra cosa lo piensas mucho, aunque sea más plata ves otras cosas, el ambiente, los amigos. Eso también cuenta”.

Además de la lealtad, por la que según Luis hay empresas que contratan a muchos españoles, está el miedo que sembró en él la grave situación económica que vive en su país: “siempre está el miedo a quedarte sin trabajo, eso queda de la incertidumbre que había en España. Yo trabajo como si no hubiera mañana, como si me fueran a echar en cualquier momento. Soy como un esclavo, no me quejo nada, suena triste, pero es porque tienes trabajo y no lo puedes creer. Yo nunca había tenido un trabajo fijo y menos en lo que he querido. Encima me han hecho un contrato indefinido, pero igual me pueden echar”.

Es que también lo de “trabajar como esclavo” que dice, es parte de la primera promesa que se hizo al llegar a Chile, cuando se dijo así mismo “vengo a sacrificar todo. A entregar tres años de mi vida al trabajo, no me importa que me abusen”. Una de las cosas que lo hizo mantener esa promesa fue que acá encontró respeto, apoyo y amabilidad, cosas que había perdido en su país: “allá tú mandas currículum y no pasa nada, nunca te llaman para nada, no te contestan. Entonces el llegar aquí y que te respondan que no o que te llamen a una entrevista aunque no te dejen, ya es algo, al menos tienen la delicadeza de decirte que no. Aunque parezca absurdo, me pareció bonito. Para que veas lo mal que estamos los españoles”.

Luis se mueve entre arquitectos, ingenieros y geólogos, que son los profesionales que más llegan desde su país. Es por ello que ha podido ver la gran diferencia de sueldos que existen en Chile, ya que su trabajo como diseñador gráfico no es tan bien pagado como el de ellos o como

quizás lo habría sido en su país, sin embargo, no lo dice como una crítica por él, sino por todos los profesionales que conviven aquí. Eso sí, insiste en que lo importante es tener trabajo y poder vivir de él: “yo no conozco a ningún español que no haya encontrado trabajo y si encuentras trabajo te quedas, por lo menos dos años, porque esa seguridad no existe en España. En Chile no hay paro, bueno, hay un 6%, pero eso no es paro, eso es gente que no quiere trabajar. Aunque hayan trabajos muy mal pagados aquí”.

Al mes de haberse cambiado de trabajo, Luis decidió que estaba gastando demasiada plata en arrendar un departamento en Providencia. Ya había sabido que habían muchos españoles que vivían en Santiago Centro, pero no se decidía: “cuando tú te vienes te dicen que no te muevas más allá de Providencia, que Santiago es peligroso, que no salgas por la noche”. Igual tomó sus cosas y se fue decidido a donde hoy está completamente satisfecho: “la calle donde yo vivo es San Francisco con Tarapacá donde hay un restorán de chinos que dicen que es súper peligroso, bueno, yo he pasado por ahí a las cuatro de la mañana sobrio, ebrio y nunca he visto nada ni me ha pasado nada. Santiago es igual de peligroso que cualquier otra megalópolis del mundo”.

De eso se han dado cuenta sus compatriotas, porque desde hace un año más o menos, los españoles han ido poblando el barrio Brasil, Yungay y República. “Siempre cerca del metro”, dice Luis, porque según él no se fían de las micros. “Aunque ahora el metro también falla”, dice riendo y agrega: “esos son los días que odias Santiago, porque hay un problema en el metro y colapsa toda la ciudad. Me demoré dos horas y media en llegar de Santiago a Las Condes, no lo podía creer porque eso no pasa en Europa, pero bueno son días, después pasa”.

Lo cierto es que los españoles no tienden a alejarse mucho a la comodidad del metro o de su trabajo, la mayoría son temerosos de alejarse mucho del centro: “no conozco a nadie que viva más que lejos que República, no sé, en Maipú, por ejemplo. Me han dicho que se vive muy bien en Maipú, pero es muy lejos porque todos trabajan por Providencia, Las Condes, Vitacura. Además, es raro conocer a un español que viva más lejos porque todos son profesionales. Pueden pagar vivir aquí. Yo no conozco a nadie que se haya venido aquí y no tenga una carrera universitaria, incluso máster, porque están muy formados. Es la generación más educada del país y al final lo está aprovechando Chile o Perú o Argentina”.

Además del inmigrante profesional joven, llegan a Santiago españoles que son destinados por empresas españolas o multinacionales en las que trabajan. Ese tipo de inmigrante no se relaciona con los de Providencia ni con los del centro y generalmente tienen más edad y familia: “casi todos viven en Vitacura o La Dehesa, esa gente no conoce la realidad chilena, viven en una burbuja, la misma burbuja en la que vive la gente chilena que vive en esos lugares y luego tienes la gente que vive en Brasil, República, acá en el centro y que tiene más posibilidades de relacionarse con la realidad. Nosotros somos los que sabemos de verdad cómo es la ciudad y los que nos comemos la micro, el metro”.

Al otro lado de la distribución que tienen dentro de Santiago, están los lugares en los que se reúnen habitualmente. Según Luis, hay un tipo de español que gusta de juntarse sólo con españoles a hacer cosas españolas. “Es como un genotipo de españolito, siempre se reúnen en bares españoles. Hay uno en barrio Italia, que es el Ibérica, que está muy bien, un poco caro para mi gusto, pero hacen platos españoles muy buenos. Los viernes y sábados siempre está llenísimo de españoles. Luego, al lado de ese lugar hay otro que se llama El Patio Andaluz, que también está muy bien. En el Estadio Español se juntan los que tienen más plata. Hay lugares donde se juntan puros españoles, porque hay más bares españoles de que lo uno piensa”.

De todas maneras, Luis dice que a él ni a sus amigos les interesan esos lugares “porque nos van a cobrar mucho dinero por algo que puedo hacer en mi casa. Lo único que me hace falta es el aceite de oliva español, pero me lo mandan por encomienda y ya está”. Para ellos si el local es entretenido y tiene una buena atención, se quedan. Además, tiene otro requisito: “A un amigo y a mí nos gustan las chorrillanas, entonces qué hacemos, si nos encantan las chorrillanas. Vamos buscando las mejores chorrillanas, qué importa si somos los únicos españoles en el lugar”. A pesar de no gustarle ir a juntas de españoles es bares, destaca que es bueno para “el networking entre ellos, o sea, un círculo de amigos que son muchos, entonces a la hora de encontrar pega es bueno”, pero recalca: “lo malo, es que a mí no me sale hacer eso”.

Así como hay españoles que sólo se juntan entre ellos, hay quienes nunca se acostumbran a vivir en Chile. Según Luis no tiene que ver con el país, sino que “cada persona es como es y el español es tendiente decir que lo mío es lo mejor. Hay gente aquí es muy feliz y muy infeliz,

pero se quedan igual por trabajo. Yo estoy bien aquí, tengo trabajo, en España estaría viviendo con mi mamá sin poder independizarme. Claramente España no es lo mejor o estaría allá”. También explica que existe un factor común entre los españoles: “no sé por qué pasa, pero a los dos años hay como una barrera psicológica, donde pasan por un periodo muy duro y al final se van a otros países o se devuelven”.

Como el principio de la gran migración de españoles fue en 2012, muchos se están yendo ahora. “Yo creo que ya se están yendo más de los que entran, se ve en los grupos de Facebook, todos anuncian que se van. Si antes la voz que se corría era ‘Chile, Chile, Chile’, ahora es ‘Perú, Perú, Perú, Panamá, Panamá, Panamá’. Es que también ya no es tan fácil encontrar trabajo como cuando llegué, porque tampoco existe la sorpresa, esa tontería de creer que por ser europeo es mejor. Esto se satura, ahora mismo Chile está saturado de profesionales inmigrantes”, analiza Luis.

Por su parte, Luis dice que cree que él pasará esa barrera: “a mí me quedan seis meses para los dos años y yo no me voy a ir, si me fuera ahora sería un paro en mi desarrollo profesional, sería un retroceso”. Eso sí, todavía no se ha planteado quedarse para siempre, ni siquiera se lo ha planteado porque por ahora piensa que “van a ser cinco años mínimo, mientras la cosa esté bien aquí, porque lo malo y lo bueno que tiene el inmigrante es que nos vamos a quedar aquí hasta que haya pega, cuando no haya nos vamos a ir. No es que no me importe Chile, pero todos estamos aquí por esa razón, aunque luego te guste y te quedas”.

Por ahora sólo tiene días malos, nada de qué quejarse en realidad, porque asume y repite muchas veces que aquí está cien veces mejor que en España. Por eso cree que “lo ideal es juntarte con gente que está feliz acá, porque todos tenemos días malos en que dices: ‘puta la hueá...’-se me pega ya-‘puta la hueá, chilenos no sé qué, en Europa esto no pasaba’, pero no es porque... aquí mis colegas piensan que yo creo que este es un país tercermundista y no tiene nada de tercermundista. No es un país tercermundista ni la mentalidad lo es, entonces tiene que ver con cómo es el chileno, su idiosincrasia”.

“Yo no conozco a nadie, salvo los que están casados con chilenos, que tenga la certeza de que se va a quedar para siempre. Estás en la incertidumbre hasta que pasa algo que te deja aquí”, dice Luis y agrega una de las consecuencias de ello: “todas las casas de los españoles a las que he ido, salvo que tengan mucha plata, están a medio hacer, porque piensas ‘no sé qué va a pasar, así que no voy a comprar esto porque después qué hago’ y puedes pasar años viviendo sin sillones, por ejemplo”.

Lo único que realmente le preocupa de nunca volver a España es su mamá: “ella es muy dura, me ha criado sola, no dice mucho, pero yo sé que lo pasa mal. Me vino a ver ahora es agosto y pude ver que lo ha pasado mal. Se acostumbra, nada más”. Por otro lado resuelve que “mientras tenga trabajo, me voy a quedar y bueno, si no resulta, mi casa en España va a estar siempre, no se va a ir. Mi familia no se va a ir, siempre voy a tener donde caerme muerto”.

En caso de no quedarse rescata que “siempre voy a tener la experiencia de haber vivido algo distinto, aunque se me obligara a ello” y con la cabeza gacha, piensa un rato y dice: “a mí me han echado de mi país, yo me considero un exiliado. A mí me han echado porque yo allí no podía hacer nada”.

## **Colombia y Venezuela**

En uno de los locales más conocidos del barrio Bellavista hay un garzón que se diferencia de los demás. Al igual que sus colegas, Alejandro Rodríguez ofrece al numeroso público tomar asiento para disfrutar de un *happy hour* y algo para comer, pero tiene un encanto diferente, una sonrisa distinta a las de los demás veinteañeros que atienden por el sector. Él es colombiano, nacido y criado en la ciudad de Medellín.

Alejandro vive en Chile hace dos años, llegó aquí cuando tenía apenas 21. Es el mayor de tres hermanos y decidió venir a probar suerte porque le dijeron que había oportunidades laborales y también porque desde chico sentía un cariño especial por nuestro país. “Cuando niño tenía un

vecino que era chileno y nos llevábamos muy bien. Se llamaba Felipe y se convirtió en uno de mis grandes amigos. Como yo era dos años mayor que él, lo sentía como otro de mis hermanos menores. Yo creo que por los buenos recuerdos que tengo de él es que escogí venir a Chile. Todavía no he logrado contactarme con él, hace muchos años que dejamos de hablarnos, pero el cariño y los buenos recuerdos siguen ahí”, cuenta sonriente.

Alejandro es moreno, ni muy alto ni muy bajo, bastante atlético, tiene los dientes muy blancos y le encanta sonreír. Es muy sociable y tiene varios amigos en Santiago. Generalmente se junta con chilenos y otros extranjeros, en su mayoría venezolanos y ecuatorianos. Alejandro vive en la Villa Olímpica, en Ñuñoa, y cuenta que ahí hay hartos inmigrantes, casi todos jóvenes como él. Su compañero de departamento, por ejemplo, es venezolano. Su nombre es Miguel y tiene 25 años.

En su tiempo libre, al colombiano le gusta pasear, hacer deporte, juntarse con amigos a comer e ir a bailar. Cuando le toca salir temprano del trabajo, a veces se pasa a la salsoteca Maestra Vida, que le queda a pocas cuadras del local. Ahí siempre se encuentra con compatriotas y pasa buenos ratos, dice entrecerrando los ojos para protegerlos de los rayos del sol que se cuelan a través de un árbol. Él está sentado, muy relajado, en una banca de una pequeña plaza aledaña a la calle Chucre Manzur.

Alejandro es muy responsable y sabe muy bien que tiene que irse a trabajar en pocos minutos más. “De todas formas, aunque dé más flojera al principio, prefiero los turnos de día. En la noche la gente se pone más pesada y a mí no me gusta hacerme mala sangre y después irme de mal humor”, comenta.

Cuando llega la hora de irse, decido acompañarlo al local y él no pone reparos. Cuando llegamos, noto que Alejandro tiene muy buena onda con sus compañeros porque todos se alegran al verlo llegar y le echan tallas. El único que no se ve del todo simpático es el jefe, pero no alega tanto como observa y supervisa.

Uno de los colegas de Alejandro es Andrés, de 19 años. Andy es chileno y le tiene mucho cariño a Alejandro. “Cuando llegué a trabajar aquí, hace tres meses, el primero que me ‘metió conversa’ fue el Ale. El Ale es una persona muy alegre y optimista. Creo que eso lo diferencia un poco de los chilenos, que somos buenos para criticar y nunca estamos contentos con nada”, reflexiona el flaquito de ojos claros.

El Ale ya tiene puesta la polera negra que llevaba en la mochila cuando nos juntamos y está listo para ponerse a trabajar. Lo primero que le toca es limpiar las mesas porque se acerca la hora de almuerzo y, con ella, los primeros clientes de la jornada.

Salen dos italianos para los universitarios que están en una de las mesas de afuera y luego empieza a llenarse en local. Entre cervezas, papas fritas e italianos con harta mayonesa, Alejandro hace malabares para que nadie espere demasiado en las mesas de afuera, mientras Andy se dedica a las mesas de adentro. Y así van pasando las horas, corriendo de aquí para allá.

Ya empieza a hacerse tarde y Alejandro me hace señas con una mano para decirme que ya no le queda mucho rato para salir y que lo espere. Le digo que sí y él entra a buscar el pedido de otra mesa.

Al rato se pone a mirarme con un poco de culpa porque piensa que estoy aburrída, pero le digo que no, que no se preocupe. Casi una hora después, Alejandro comienza a despedirse de sus compañeros de trabajo y su jefe, que me miró todo el turno con algo de recelo. Entonces nos vamos caminando en dirección a Baquedano.

Durante el viaje en transporte público conversamos de las cosas que le gustan de Chile. “Me siento seguro aquí, es mucho más tranquilo que Medellín y me siento en paz. La gente es un poco fría pero son buenos, me dan confianza”, dice el veinteañero.

Cuando llegamos al departamento nos encontramos de inmediato con Miguel, que está con un amigo en el living. Ellos están tomando cerveza y nos invitan a unirnos. Nos sentamos y nos

ponemos a conversar. En la casa se siente la buena onda, uno se siente en confianza apenas llega.

Además, la decoración es muy agradable. Si bien no tienen muchos muebles, lo que hay está muy ordenado y combinado. Incluso tienen un par de plantas que dan calidez y un aura más bien familiar.

El amigo de Miguel se llama Bernardo y también es venezolano. Él lleva más tiempo aquí en Santiago, llegó a los 21 años el 2009. Aquí se ha dedicado a trabajar y ahorrar para terminar sus estudios de preparador físico, pero todavía no está seguro de cuándo empezará. Tanto Miguel como Alejandro le dicen que lo haga lo antes posible y manifiestan sus ganas de hacer lo mismo.

Cerca de la una de la madrugada suena el teléfono de Alejandro y es una amiga que vive en el barrio. Ella los invita a la casa de otra chica que también vive cerca, pero parece que los demás prefieren quedarse en el departamento, así que nos quedamos ahí los cuatro.

Bernardo y Miguel me cuentan que se conocieron gracias a un grupo de Facebook que funciona hace ya varios años y que fue creado especialmente para que los venezolanos que están en Chile se conozcan, se junten, se den datos y se apoyen durante su estadía permanente o transitoria en este país.

Cuando salen los tres juntos van a Bellavista, el barrio Brasil o la Plaza Ñuñoa, que les queda más cerca. Cuando van a la plaza lo hacen caminando. A ellos les gusta ir a esos lugares porque se encuentran con otros extranjeros y no se sienten observados como cuando deben, generalmente por motivos de trabajo, trasladarse a comunas como Las Condes y Vitacura. Todos coinciden en que a veces se los mira con desconfianza, pero nunca se han sentido atacados por ser extranjeros.

Miguel trabaja de garzón en un bar de Las Condes y Bernardo es vendedor en una tienda deportiva y a veces entrena a clientes en parques de Providencia. Es una persona muy organizada, trabajadora y sabe muy bien lo que quiere.

Ninguno de estos extranjeros fuma y todos toman pausadamente, con moderación. Además, hacen mucho deporte e incentivan a los demás a llevar una vida sana. También les gusta mucho cocinar y se juntan a hacer platos típicos con otros venezolanos y colombianos del barrio, aunque sufren un poco porque no tienen todos los ingredientes que hay en sus países natales.

Ya se empieza a hacer tarde y los amigos deben levantarse temprano para aprovechar la mañana e ir a subir el cerro San Cristóbal, así que es hora de irse. Al salir se escucha bastante ruido, los residentes de la villa parecen pasarlo muy bien los fines de semana.

### **El ruso que vino a bailar por dos años y se quedó danzando**

La escuela de Danza de la Universidad de las Artes, Ciencias y Comunicación, emplazada en pleno Providencia está llena de vida. Por una sala se escucha Jazz, por la otra Reggaetón y Bachata, sin embargo el lugar donde dicta sus clases el profesor de ballet Vladimir Guelbet está en silencio. Cuando los alumnos están de vacaciones, pocas veces ensayan ballet solos, así que Vladimir se da la libertad de ir solo de vez en cuando, en los días en que su ayudante ofrece clases para quienes van muy mal en la asignatura.

Es que Vladimir es muy estricto y eso no le gusta a todos: si no traen la malla y las pantys del color que corresponden, no entran; lo mismo si a las niñas se les olvida el faldón y pide cien por ciento de asistencia. Cómo no ser tan apegado a sus reglas si Vladimir, nacido en Moldavia, se fue solo a los diez años a Moscú, Rusia, a estudiar danza en la Escuela de Teatro Bolshoi, después de presentarse junto a cientos de niños moldavos a una audición donde sólo uno sería seleccionado. “Mi mamá no quería que participara, pero yo pensaba que como eran tantos

jamás iba a quedar, así la convencí. Y fui pasando de audición en audición, hasta que fue la última y fui el elegido. Fue maravilloso y terrible a la vez, tenía una tremenda oportunidad, pero a la vez convencer a mi familia y dejar todo a esas edad”, recuerda.

Cuenta que fue una época de sufrimiento, pero también de gran aprendizaje. “Escribía a mi madre todos los días, pero las cartas se demoraban 10 días en llegar, entonces no es lo mismo que ahora. Se sufría más, se lloraba”, cuenta. Recién a los 18 años pudo volver a su país, donde llegó al puesto fijo de primer bailarín de Moldavia, el que ocupó por 14 años. Hoy, es artista emérito de su país, aunque desde lejos, porque en 1990 se vino a Chile, año en que fue invitado como primer bailarín del Ballet de Santiago. Su contrato era por dos años, sin embargo sigue aquí hasta hoy.

Lo primero que vio de nuestro país, no le gustó nada: “Era horrendo, primero que nada en Pudahuel estaba el aeropuerto antiguo, que era muy chico. Llegue un sábado y cuando pasamos por la Alameda me horroricé porque estaba lleno de papeles, de mugre, con esas las micros floreadas, pintadas de colores y echando un humo tremendo hacia arriba, yo me decía: ‘dónde llegué’.

La verdad era que Vladimir había aceptado el contrato como un desafío, tenía curiosidad por conocer un país tan lejano, pero no sabía nada acerca de Chile y, por supuesto, no sabía nada de español. “Sabía que estaban en golpe militar, de hecho mi maestro de ballet ruso, Alexander Prokofiev, estuvo junto con su señora aquí y él fue director de la compañía de ballet de Santiago en el 72 y el 73 y justo pasó el Golpe Militar y tuvo que devolverse. Fue al año siguiente me tomo a mí de alumno”, cuenta en un perfecto español con muy poco acento que ya lleva practicando 24 años.

Cuando Vladimir llegó el choque cultural le pegó fuertísimo, incluso llegó a pensar: “a ver si aguanto hasta fin de año”, sin embargo, hubo una situación que sí le gustó de Chile: “llegué el 4 de marzo del año 90 y justo el 11 marzo fue el cambio de mando y lo presencié en la plaza de la constitución. Fui de casualidad, me llevaron a arreglar mis papeles y en Moneda 750 estaban mis documentos. Llegué como a las ocho de la mañana y terminé a eso de las diez y cuando

salgo me encuentro que está todo rodeado de gente, que de muy cerca para presenciar la ceremonia y me gustó muchísimo. Eso me marcó para mucho más adelante porque después me topé muchas veces con Patricio Aylwin en el teatro municipal, varias veces de frente de cara, también cuando bailamos en Viña del Mar, ahí subió al escenario. Hasta tenemos fotos en el periódico juntos”.

A pesar de que no estaba a gusto en Chile y de que no le gustaba donde vivía porque en su departamento en las Torres San Borja no había calefacción ni vidrios anti ruidos, pasó algo que cambió su destino cuando, pasado un año de estadía en nuestro país y con ganas de no volver, se fue de vacaciones a Moldavia: “como todo sucede en la vida uno propone y Dios dispone, se cayó el régimen en mi país el año 1991, justo cuando yo volví. Había dejado un país y encontré otro, así que me había ido de vacaciones por un mes y a los 10 días me dije ‘parece que tengo que volver a Chile’, porque tenía que ayudar económicamente a mi familia, se puso mala la cosa”.

Aunque había firmado por dos años, al volver hicieron su contrato indefinido, así que bailó en el Teatro Municipal hasta 1996, año en que se retiró a la edad de 38 años. “A esa edad se jubila en mi país a los bailarines, son 20 años de carrera profesional siendo bailarín, hombres y mujeres. Esto porque el trabajo está catalogado y considerado como un trabajo pesado y difícil, porque el desgaste físico es muy grande”, explica.

En su primer año en Chile, Vladimir había podido evitar el idioma, pero una vez de vuelta y sabiendo que se quedaría más tiempo del que esperaba, tuvo que salir a la calle a intentarlo todo para comunicarse. “Como soy moldavo, mi idioma es el rumano, que viene del latín, entonces un poco atinando, metiendo dos palabras en italiano, francés elemental en la escuela, porque la terminología del ballet es en francés y ahí poco a poco. Gracias a Dios que cuando llegué también lo hizo un austríaco, solo por medio año. Él hablaba polaco pero ahí con gestos y señas nos acogieron muy bien en la compañía y a los 4 meses yo ya hablaba”.

Como ya la opción de irse no estaba en sus manos, Vladimir empezó a relacionarse más con su entorno. Su actual esposa también llegó en esa época, ella es cubana y ella le fue presentando el

círculo de los bailarines locales y, como ya se había hecho amigo del polaco, él le presentó a los internacionales. La danza siempre ha sido un gran nicho de migrantes de todo el mundo a Chile, muchos de ellos se quedan, aunque la gran mayoría sólo se vienen por un contrato definido. Por los años en que llegó Vladimir, había una bailarina japonesa, varios húngaros, uruguayos y franceses. Eran muchas las nacionalidades que convivían en un sólo lugar y eso, terminó por agrardarle al primer bailarín.

Un gran amigo por ese tiempo fue el cónsul de la embajada rusa, pero no estuvieron mucho tiempo en el país, así que Vladimir perdió los lazos que había formado con ellos. Con el tiempo, ha ido perdiendo contacto con todos los amigos de esa generación, muchos se quedaron, pero ya no se juntan. Según dice, ahora sólo tiene amigos chilenos, muchos de los cuales conoció cuando trabajaba en el departamento de danza de la Universidad de Chile.

Empezó a hacer clases el mismo año en que se retiró como bailarín, en enero se retiró y en marzo le ofrecieron hacer clases. En dos años ya le habían ofrecido otra clase, así se quedó por 15 años. Además, su esposa es fundadora de una revista de danza, “así que me entusiasmé y empecé a escribir artículos y así los dos nos fuimos dando cuenta de varias cosas, como por ejemplo, que en el ballet de Santiago los bailarines no manejan bien a las muchachas, no saben hacer de *partners*. Así que escribí un libro, luego vi que tampoco dominan bien el lenguaje del ballet, así que escribimos un diccionario del ballet, junto con mi esposa, así que tenemos dos publicaciones en conjunto. Mi señora hizo un doctorado en Cuba, y yo también me fui y ahora soy doctor en ciencias sobre arte, el título me lo dieron en 2011, justo cuando empecé acá en la Uniacc. Después de tantos años saque mi doctorado, nunca es tarde”.

Por estos días, Vladimir vive en un departamento en Providencia, por Suecia llegando a Francisco Bilbao. Muy cerca de su actual trabajo en la universidad, su esposa hace clases en el Teatro Municipal y en una escuela de teatro. Los dos se apartaron de la Universidad de Chile por diversas razones. Por su trabajo se mueve entre Providencia y Santiago Centro y por placer, llega hasta Las Condes y Vitacura.

“Tengo pocos amigos, es porque se ha dado. En general estamos bastante aislados, tenemos diferentes culturas, costumbres”, dice Vladimir y admite que todos los amigos que le quedan son chilenos, pese a que se sigue relacionando con la primera bailarina actual del ballet de Santiago, que es cubana y otros cuantos bailarines actuales y de su época, todos inmigrantes de diversos países.

Pese a su contacto con chilenos, aún sigue teniendo problemas para adaptarse a nuestra idiosincrasia y da varios ejemplos: “la puntualidad sigue siendo un tema y también la responsabilidad. Eso es un problema aquí, tengo mucha paciencia, porque eso no lo puedo cambiar. Pero para mí es preferible estar antes que después. Yo considero una falta de respeto que la persona tenga que esperar. Puede haber un imprevisto, sí, pero hay que tratar de evadir, siempre hay que tener algún tiempo de reserva y eso trato de inculcarles a los alumnos. Esos valores, que no se acentúan acá y eso viene de la educación que parte de la casa. Ahí veo el eslabón débil”, lanza Vladimir para luego ser aún más enfático:

“A los cinco años de edad una persona ya está formada cien por ciento, su carácter está formado. Tenemos una idea de que los niños se equivocan, que no entienden nada, pero eso no es cierto, ellos entienden todo. Lo que falta aquí es educación, cariño se entrega. Los niños hacen lo que quieren y los padres no se preocupan de eso, especialmente en lugares públicos y eso no puede ser. Ponen los zapatos sobre el asiento, donde una persona tiene que sentarse”. Además, pone el punto sobre las íes con los adultos: “no deben hablar en el transporte público con garabatos y menos hablar fuerte por celular o entre ellos. Porque a nadie le interesa, tenemos que compartir un espacio que hay que respetar. Yo soy muy tolerante, pero claro que me sigue molestando. Cuando lo necesito (el transporte público) lo tomo, no lo evito, estoy muy integrado, pero no me deja de molestar. Me molesta mucho cuando los jóvenes no ceden los asientos a los adultos, cuando se sientan en el piso del Metro, me molesta, no creo que estén tan cansados que puedan mantenerse media hora de pie. Eso creo que es parte de la educación y ya es tarde”.

Además, no es que todo le moleste porque sí, aparte de tener relación con su cultura, también la tiene que ver con parte de su personalidad: “Yo soy muy tímido, que no se nota, porque aprendí

a través de mi profesión a proyectarme, relacionarme. Por eso no salgo mucho, mi mundo es muy espiritual, yo disfruto de cosas que a otros no les interesa, disfruto leyendo... soy muy romántico. El ballet es espiritual eso es lo más lindo que hay y yo aprecio mucho la naturaleza, soy muy observador de los pájaros, las flores, son cosas que normalmente la gente piensa que son cosas insignificantes, pero me hacen feliz. Sincero y feliz”.

Es por algunas de estas razones que Vladimir no sale mucho o tiene reglas muy cuidadas para recrearse. Por ejemplo, si va a salir a almorzar lo hace antes de la una de la tarde, así no encuentra mucha gente ni niños revoltosos. Si es cena, antes de las 19:30, por la misma razón. Va hartito al cine, pero le complican los horarios, porque él y su esposa terminan tarde de trabajar y los fines de semana son sagrados para hacer las compras de la semana y hacer una limpieza general. “Siempre dejamos un día para limpiar en profundidad, porque los dos somos muy ordenados, para nosotros el hogar es fundamental, por ejemplo, seguimos la costumbre de mi país, así que con los zapatos de la calle no se entra a la casa. Se entra, te los sacas y te pones algo más cómodo, como zapatillas, zapatos de casa. Esto porque la casa hay que mantenerla muy limpia, eso es bueno para la salud y bienestar”, indica.

Antes de venir a Chile y conocer a su actual mujer, Vladimir se casó muy joven y tuvo un hijo que hoy tiene 34 años y que vino a verlo por primera vez en 1999. Como estaba de vacaciones lo acompañó por todo su recorrido, fueron a la playa, anduvieron en metro, fueron al cine, a restaurantes y al zoológico. “Le encantó. Cuando uno viene de vacaciones lo pasa bien, no como cuando vienes a trabajar, a vivir”, aclara y añade que no viene mucho, porque los pasajes son muy caros y su trabajo es demandante, pues tiene un cargo administrativo en la embajada en Estonia.

Es por el costo de los pasajes que él tampoco viaja muy seguido, no más que cada tres años y sólo porque tiene a sus hermanas y primas allá. Esto también le ha traído tristezas: “Mi papá falleció tres años atrás y cuatro años atrás la mamá. No pude ir a entierro de ninguno de los dos. Decidí quedarme aquí para ayudar a mi familia, normalmente uno no retribuye a sus padres, sino que le da a todo a sus hijos, pero yo tuve esa posibilidad de darle las gracias a mis padres, los ayude económica y moralmente, lo que es muy grato. Es una de mis recompensas”.

Aunque hace clases en la universidad hace 19 años, está consciente de que aquí en Chile la danza no está bien vista: “Los músicos, los artistas son respetados acá, pero un bailarín es como un homosexual, es humillante, despreciable, se ve como hobby”. Esto sobre todo si se trata de chilenos, según él, pareciera que cuando son extranjeros están más legitimados. Para él esto es porque llegan muchos extranjeros buenos, incluso los primeros bailarines en Chile siempre son extranjeros, esto debido a la facilidad número uno que tiene la danza: “el ballet es tan internacional que yo estuve durante siete años en Japón y sin hablar nada. Lo que pasa es que como la terminología está en francés, eso es internacionalmente conocido, entonces no hay problema y con gestos, marcar, mostrar y con traductor se arregla”.

Es por esto que él siempre supo que su destino era viajar por el mundo y quizás establecerse en otro país. Eso sí, nunca creyó que sería en un país tan lejano, donde la danza está recién tomando un poco de auge y donde se queda porque tiene una convicción: “Dios me encomendó una tarea que tengo que cumplir. Yo feliz de la vida viviría en Viena, pero por algo me trajeron aquí, eché raíces aquí y si puedo aportar aquí, me quedo”.

Esto aunque tenga claro que a sus alumnos no les espere el mismo que camino él que tuvo: “Aquí no hay futuro, se gradúan y se van a la calle. Aquí no hay muchas compañías para trabajar, donde les paguen de verdad, para poder vivir. Pueden formarse, postular al Fondart, y después qué... eso depende del Estado, el arte no genera recursos, al revés, gasta recursos y tienen que pelear esos derechos. Yo soy extranjero aquí, no debo hacer eso. Aunque me nacionalicé, no me siento chileno y tampoco me consideran en esas luchas, porque no soy chileno”.

## **Perú mil sabores**

Mañana se cumplen 193 años desde la Independencia de Perú y en el Estadio de Recoleta se está llevando a cabo una de las fiestas más masivas de los peruanos residentes en Santiago, el Festival Internacional Perú Mil Sabores.

En la puerta del recinto, gran cantidad de personas hace fila para entrar, otras tantas hablan por teléfono mientras esperan la llegada de algún ser querido para entrar y celebrar juntos la víspera de la importante fecha. La mayoría de los asistentes son peruanos. Algunos andan en pareja, otros en familia y otros recorren el lugar en grupo, con amigos. Pero como es hora de almuerzo, lo que está más lleno son los numerosos puestos de comida. Tal como dice el nombre del evento, podemos encontrar aquí mil sabores: ají de gallina, lomo saltado, chicharrones, pachamanca, ceviche, chanco al palo, cuy, pollo a la parrilla, salchipapas y suspiro limeño son solo algunas de las delicias típicas que se pueden ver, oler y comer en este lugar. Para beber, abundan la cerveza y la popular y amarilla Inca Kola.

La cancha que está al centro del recinto también está llena de gente que canta, baila, bebe y sonríe al ritmo de artistas típicos de su país. Muchos visten la bandera peruana a modo de capa y otros se fotografían con un hombre disfrazado de cuy que hace publicidad a uno de los locales de comida. Los niños juegan en el pasto y hay que tener cuidado para no pisar sus autitos y otros juguetes al caminar, pero lo que realmente la lleva entre los niños son los coloridos globos inflados con gas helio. A los más pequeños se les vuelan y uno que otro deja caer algunas lágrimas y sollozos al verlos alejarse lentamente y perderse en el cielo.

Luego de comer un generoso y rico plato de pachamanca me meto entre el público en compañía de un amigo, a quien un hombre pasado de copas le dice después de observarnos un rato: “Chileno *conchatumadre*, esta fiesta es de nosotros”.

Una vez superado ese episodio que nos dejó algo descolocados, nos encontramos con Michael, un peruano alto y de contextura gruesa, que viste colores sobrios. Michael recuerda perfectamente que llegó a vivir a Chile el 31 de agosto del 2005 y que fue por dos motivos: trabajo y amor.

El hombre, que hoy tiene 35 años, conoció en su Lima natal a una mujer que tenía residencia en Chile, se enamoró y como estaba cesante decidió que lo mejor era dejar su país para venir a probar suerte a nuestra capital, junto a quien era su compañera de vida en aquel entonces.

Sobre cómo vivió el cambio de Lima a Santiago, un abrigado Michael cuenta: “Al principio me chocó harto. Otro ritmo de vida, no conocía nada. Me chocó el sistema. Primero me chocó la comida, la encontraba insípida. Además, obviamente no conocía las calles y nada de esas *cuestiones*. Obviamente empecé a extrañar a mi familia, sobre todo porque estuve un mes prácticamente solo porque mi novia trabajaba y yo me demoré un poco en encontrar pega”.

Durante ese mes, que le sirvió para acostumbrarse a su nuevo hogar, el hombre se dedicó a tomar micros en busca de trabajo. Se subía a cualquier bus e iba donde fuera que éste lo llevara. Un día, sin tener idea, se fue a La Pintana y el chofer de la micro le dijo “bájate acá porque si no te van a asaltar”. Desde ahí en adelante, Michael prefirió moverse por el centro, Recoleta y lugares aledaños, hasta que encontró trabajo en la cocina de un restorán que quebró pocos meses después, en pleno verano del 2006.

Mientras camina entre la muchedumbre que llena el estadio, a ratos mirando el suelo y a ratos mirándome a mí, Michael me cuenta que ha tenido suerte en Chile, que nunca se ha sentido discriminado por su origen, aunque reconoce que cree que esto se debe, en parte, a que algunos no le creen que es peruano, por su tez blanca y forma de hablar un poco neutra.

Luego, el extrovertido inmigrante retoma su historia. “Al verme desocupado de nuevo pensé: ‘Voy a probar una vez más y si me va mal me voy’”, dice. Pero fue perseverante y, a pesar de que terminó con su polola y estuvo dos meses sin poder pagar arriendo, hasta el punto de haberse visto obligado a vivir con un amigo, no se movió de aquí.

La desesperación llevó a Michael a trabajar en otro restorán, esta vez desde las 9 de la mañana hasta 1 de la madrugada. Sin embargo, no aguantó por mucho ese nivel de explotación y terminó renunciando.

Después de esa poco amigable experiencia, llegó a una pensión del barrio Bellavista, donde se puso a trabajar de mayordomo. Fue entonces que, haciendo el aseo y cocinando para un gran grupo de inquilinos, logró obtener la residencia definitiva. Lo que Michael nunca pensó fue

que, a pesar de la tacañería de su jefe, don Benito, quien le daba sólo dos tardes libres a la semana, duraría trabajando ahí siete años.

Entre el humo que sale de una parrilla en que se asan grandes presas de pollo, Michael nos cuenta a mí y a mi amigo, quien acaba de volver de un paseo en solitario, que mientras trabajó en la pensión estuvo seis años sin tomar vacaciones y cuando finalmente decidió hacer valer sus derechos, don Benito le puso mala cara y le preguntó que cómo era posible. Fue entonces que Michael decidió que de vuelta en Santiago trabajaría lo suficiente para recuperar lo gastado en vacaciones y renunciaría.

Una vez de vuelta en Lima, después de más de seis años de ausencia, el peruano se encontró con su padre muy envejecido y también muy enfermo, tanto así que ya le costaba caminar y lo hacía muy lentamente. Actualmente, el padre de Michael está a la espera de una operación al corazón. Lo que el hombre necesita es un bypass y tiene dos opciones: pagar los 10 millones que cuesta la intervención o esperar que le salga la operación con el seguro, lo que sería gratuito pero podría tardar años y, si bien Michael no tiene los recursos para apurar la cirugía, tiene miedo de que el cuerpo de su papá, de 74 años, no pueda resistir el tiempo de espera necesario para que el seguro cubra todos los gastos hospitalarios.

A su llegada a Santiago, que ya siente como su verdadero hogar, Michael trabajó el tiempo suficiente para recuperar el dinero gastado en sus vacaciones y se cambió de trabajo. Hoy se gana la vida gracias a una importadora de perfumes llamada Siram, cuyo dueño es indio. Ahí trabajan dos chilenos, dos filipinos, dos peruanos, un nepalí y un indio (además del dueño). Michael se ha hecho amigo de ellos y a veces se juntan a tomar unas cervezas o ver partidos de fútbol junto a unos argentinos que trabajan en otra importadora de perfumes, también ubicada en el corazón de la comuna de Providencia. De pronto, suena el teléfono de Michael y decidimos que es hora de dejarlo ir.

A pocos metros del último local de comida hay una gradería. Algunos comen golosinas, otros juegan con los niños y otros pololean, como Andrea y Víctor. Esta pareja peruana fue unida por un restorán peruano del centro, al que ambos llegaron a trabajar hace alrededor de dos años.

Andrea es muy bonita y se nota que se preocupa mucho de verse bien. Tiene el pelo liso y brillante, ropa colorida y ajustada y un maquillaje prolijo, mientras Víctor se ve más bien desordenado y cubre una parte de su cara con el capuchón de su polerón rojo. Ella tiene 24 años y él 22. Ella viene de Trujillo y él es oriundo del sur, “de un pueblo cercano a Arequipa”, como dice.

Andrea cuenta que apenas cumplió 18 años viajó a Chile en busca de trabajo para poder ayudar a su familia, que es muy numerosa. Ella es la mayor de cuatro hermanos y a sus padres no les ha sido nada fácil sacar adelante a sus hijos. Dos de ellos todavía van al colegio allá en Perú y su hermana de 19 años llegó hace unos meses a vivir a Santiago, pero todavía no encuentra un trabajo estable. Ambas viven juntas y Víctor arrienda una pieza a pocas cuadras, en el centro.

Cuando no están trabajando en el restorán, los pololos salen a pasear por ahí y se juntan con amigos de la pensión donde vive Víctor, quien es fanático del fútbol y, a pesar de su timidez, tiene varios amigos coterráneos que viven en Santiago y comparten su afición por el deporte.

A veces, la pareja sale con Patricia, la hermana de Andrea, porque como llegó hace poco tiempo y no ha conseguido trabajo, todavía no hace sus propias amistades. Andrea cuida mucho a su hermanita porque, a pesar de que dice que los chilenos somos buena gente, considera que es un poco inmadura y podría fácilmente meterse en problemas. Hoy la chica no está aquí porque está haciendo un pololito en otro lugar donde también se celebra el Día de Perú: Quinta Normal.

Andrea dice que su hermana no quiso que ella y su pololo fueran para allá, quizás porque se siente un poco sobreprotegida. Me da la impresión que Andrea teme por la seguridad de Pati, aunque no estoy segura de si es porque no están en su país o porque se toma muy en serio su rol de hermana mayor.

Víctor nos sonrío, pero no habla mucho. Dice que, además de ver y jugar fútbol, disfruta yendo al cine y a comer. Aunque insiste en que la comida peruana es mejor que la chilena y en las dos horas que lleva en este evento se ha comido un ají de gallina, un ceviche y una manzana

confitada, tal como lo está haciendo ahora Andrea, que ya tiene los labios y la lengua muy rojos.

Cerca de nosotros otra pareja intenta hacer comer a un niño, Andrea mira a esta familia con cariño, como deseando tener también un hijo. “Jesús, come o nos vamos a la casa”, dice la mujer al pequeño de unos seis años. Pero el niño parece no tener ningún interés en probar el pollo que está frente a sus ojos.

A la llegada de Américo y su tío al escenario ubicado en la cancha, todos nos acercamos. Cuando el nortino dedica emotivas palabras al pueblo peruano, el público se emociona y aplaude, pero a diferencia de lo que pasa en un espectáculo similar con más público chileno, la mayoría escucha en silencio.

Esta vez, el cantante solo interpreta una canción y luego deja en el escenario a su tío. Apenas sucede esto, varios se alejan y el silencio se acaba. Nadie pesca al pobre tío de Américo, pero él parece no darse cuenta o está feliz de todos modos.

Un grupo de jóvenes de menos de 20 años se sienta en el pasto, rodeado de cervezas Becker. A pesar de que mañana es lunes, se nota que para algunos la fiesta acaba de comenzar. No así para nosotros, que entre remates de comida sobrante, venta de banderas peruanas y cintillos de la cantante de cumbia Marisol nos despedimos del estadio.

## **Cuando lo mejor es trabajar de lunes a lunes**

Es sábado y el Persa Biobío está totalmente colapsado de gente que busca las mejores ofertas en todo lo imaginable, porque la variedad del comercio de este sector de Santiago nunca deja de sorprender. En pequeños puestos en la orilla de la calle hay desde juguetes hasta ropa, tazones y carcasas de celular y la oferta aumenta si te adentras en los pasillos que forman las galerías en los galpones.

Hace unos años que es frecuente encontrar más extranjeros que chilenos en este lugar, no sólo comprando ropa o artículos para llevar a sus países, sino que atendiendo los locales, ayudando a cargar o vendiendo comida típica de su país. Bolivianos, peruanos, colombianos y dominicanos, han diversificado el paisaje y la gastronomía del lugar, donde hasta se puede encontrar un local típico de comida tailandesa.

Entre los pasillos del segundo galpón ubicado en la calle placer los sonidos se confunden generando un barullo constante, que no para, sin embargo entre el griterío, ya acercándose a la salida en San Francisco, se distingue una salsa. “Son los amores que he tenido yo en la vida”, reza la canción que Wilman Alberto Vergara baila entre celulares, carcasas y chips de distintas compañía de celular que ofrece como *ofertón* con hasta 10 mil pesos en carga.

Wilman es colombiano, tiene 33 años y llegó hace casi tres a Santiago junto a su esposa y sus dos hijos, Lucía y Javivier, de 6 y 9 años respectivamente. Los dos niños revolotean por los pasillos y cada cierto rato llegan a él y se quedan. Si no, van donde su mamá, que atiende otro local de celulares unos pasillos hacia la calle. Ella fue la que se vino primero, después partió la familia completa. “Es que llegó el rumor de que en Chile la cosa esa está bien, se gana bien. Además, mi esposa ya había estado acá con la hermana, se vino un año aquí a trabajar. Al año regresó diciendo que ‘allá está bueno para trabajar’”, cuenta.

Por ese tiempo, Wilman trabajaba como auxiliar de laboratorio en un vivero, eso es lo que estudió y lo que le gusta, pero sentía que su sueldo no era suficiente para su familia. “Ganaba un poquito más del mínimo, pero igual con las obligaciones y todo lo que uno gasta le alcanza para comer, pagar y nada más. No se puede ahorrar. Para comprarse algo había que hacer un sacrificio inmenso, entonces uno se cansa porque al final está más contento cuando ya no tiene plata que el día que le pagan, porque hay que hacer magia para alcance a todo. Entonces eso me tenía aburrido, ya estaba hostigado cuando llegó la opción de venirnos”.

El proceso de venirse fue complicado, como buen colombiano es muy apegado a su familia, amigos e incluso vecinos, el mismo explica su origen y su apego: “soy del Valle del Cauca, nací en Buenaventura, pero fui criado en Candelaria, cerca de Cali. Sólo pueblos pequeños,

donde todos se conocen. Mi mamá falleció, pero están mi papá y mis hermanos allá. Aunque ya no vivía con él ni mis hermanos, porque me fui a vivir con mi esposa a los niños a Villagorgona, los iba a ver bien seguido. Además, sentía que ellos y mis amigos me iban a hacer tanta falta que no, no quería. Pero en el fondo sabía que era lo mejor”.

Luego vino el viaje, su esposa ya conocía el trayecto para llegar a Chile y las opciones para hacerlo. Ella había tomado un viaje directo desde Cali hasta Santiago, pero decidió que cinco o seis días arriba de un bus que tiene muy pocas paradas, era demasiado para sus hijos. Por esto, tomaron la decisión de tomar buses por trayecto, gastarían lo mismo en dinero, pero tendrían la opción de bajarse a estirar las piernas mientras esperaban el siguiente bus.

Entre los ritmos de la salsa, llega Javivier corriendo un plato de arroz con porotos negros y un trozo gigante de carne de cerdo. “Mi mamá te lo mandó”, dice, pero Wilman ya almorzó, así que desiste de la comida. “Pues yo sí quiero”, dice el niño mostrando una blanca sonrisa y unos negros ojos enormes al tiempo que cucharea el arroz. Mientras come, recuerda el viaje que lo trajo a Chile: “Uy, eso fue cansador. Primero fuimos desde Cali hasta Ipiales, pasamos la frontera con Ecuador y ahí estuvimos en Quito y fuimos hasta Guayaquil y de ahí pasamos a Paraguay, después estuvimos en Lima, Perú. De Lima a Tacna y de Tacna a Arica, ahí nos quedamos una noche. Dimos una vueltica, pero no, no... el cansancio era terrible, ya no queríamos conocer nada. Si me canso hasta de decirlo”.

Mientras empuja con un dedo los granos de arroz mezclados con porotos, confiesa que tampoco tenía muchas ganas de venirse, menos cuando vio el norte de Chile: “es que Arica era lindo, pero era de noche y dormimos en el terminal, así que no vi mucho. Después en Iquique vi las playas bonitas desde el bus, pero de ahí hasta Santiago... ay, no, era sólo desierto, nunca había visto tanta arena y arena y arena. Ya creía que íbamos a vivir en la nada. Era tan *aburridor*, pensé que iba a vivir aburrido para siempre, viendo sólo cactus”. Su papá, Wilman, confiesa que le gusta viajar por tierra, para conocer. Por eso le gustó gran parte del viaje, sobre todo cuando pasaron por Ecuador, “era tanta selva, tan lindo. Pero mi esposa estaba rendida, más que los niños, porque bajábamos en las terminales, comprábamos el tiquete que venía y seguíamos”.

Llegaron a Santiago de noche, en el terminal los esperaban unos amigos que su esposa había hecho estando aquí y que ya le tenían lista una pieza donde dormir. En micro se trasladaron hasta la calle San Francisco en el centro, dejaron sus maletas a un lado y se acostaron rendidos. Al otro día por la mañana, tocaron su puerta. Era un amigo de su esposa y venía a preguntarle si quería trabajar en la misma empresa que él, haciendo piezas para muebles armables.

“Llegó y me dijo, ni siquiera tuve tiempo de buscar trabajo. Le pregunté cuánto pagaban y me explicó que era según lo que trabajaras, me dio algunas pautas y lo encontré bueno. Así que ese mismo día en la tarde fui a trabajar. Me preocupaba que estaba con visa de turista, pero cuando llegué me dijeron que ahí mismo me ayudarían, así que me dieron días libres y me enseñaron a hacer los trámites. Antes de un mes tenía mis papeles al día. Súper rápido”, cuenta Wilman.

Lo mejor del trabajo que le ofrecieron es que queda a dos cuadras de donde vive, que es la misma pieza a la que llegó. Además, con el tiempo se dio cuenta que si trabaja varios turnos y hace algunas horas extra pagan bien, así que se quedó. Luego buscaron un colegio para Javivier y un jardín para Lucía, sin embargo, por esa época habían muchas denuncias de abuso en jardines infantiles, así que decidieron arreglárselas entre los dos.

Por estos días, Wilman trabaja de lunes a lunes. De lunes a viernes en la fábrica y sábados y domingos en el persa. “Nunca me tomo un día porque si no voy a trabajar en la empresa los sábados y me quedo en la casa me da como ‘ay, que pereza’ y me quedo viendo televisión, acostado. En cambio aquí vengo y veo gente, escucho música y los niños lo disfrutan”, aclara.

Sus hijos han sido quienes han tenido más problemas para acostumbrarse, como sacaron a Lucía del jardín, tienen que andar con ella para todas partes, lo mismo pasa con Javivier si no está en horario escolar. Esto porque no conocen a nadie que los pueda cuidar, hasta ahora no han hecho amigos en la casa donde está su pieza, siendo que viven varias familias más. “Todos son chilenos y no hablan casi. Entonces la gente aquí no es como en Colombia, porque acá todo el mundo es aparte. Por lo menos el vecino, yo no sé quién es ni quien vive al otro lado ni nada. Entonces los niños ya están acostumbrados a que vienen al persa, porque se la pasan bueno igual que en el colegio. Eso porque aquí en Santiago no tienen posibilidad de jugar en la

calle que tenían en el pueblo donde vivíamos. Acá es peligroso y tampoco tenemos a alguien que los vigile. También uno casi no tiene tiempo y eso es lo triste para ellos. Igual ya se han ido acostumbrando porque, por ejemplo, tienen la posibilidad de venir al persa donde ya todo el mundo los conoce y pueden andar libres y jugar, pero en la casa llegamos y nos encerramos en el cuarto donde vivimos y pare de contar”, reflexiona Wilman.

Pese a las dificultades, Wilman se queda. Cuando se vinieron, la meta era ahorrar dinero para poder comprar una casa en Colombia y volver cuando ya hayan ahorrado suficiente dinero. Todavía tienen esa idea, pero con dudas. “Gracias a la tranquilidad monetaria de acá, uno se acostumbra, pero no se cambia la alegría, el ambiente al que uno está acostumbrado. Es difícil aquí, porque si uno no conoce al vecino... no quiere decir que va a estar todo el tiempo con el vecino, sino que compartir a veces, saber que está. Acá uno no cuenta con eso. Pero los niños se acostumbran cada vez más y eso va complicando el poder irnos”, dice y cuenta que hace dos meses y medio fue de visita a su pueblo y no se quería devolver.

Es en esos momentos, cuando siente que sólo quiere cumplir con su meta y devolverse lo antes posible a su país, en que se vuelca a los nuevos amigos que ha hecho acá. “Nos juntamos con algunos colombianos, de repente a enrumbarnos y vamos a algunas discoteques a las que van colombianos. Por ahí por San Antonio, hay una que le llaman Quinto Piso. En bellavista hay una que le llaman 4 y 40. Por allá por la estación Ecuador hay uno que le llaman Juan Chico. Bailamos salsa y una la pasa bueno. O a veces nos juntamos en la casa de donde vive alguno. Para hacer rumba uno no necesita tampoco de mucho”.

Esos son los pocos espacios de vida social que tiene hoy, ni comparado en el tiempo en que era bombero en Villagorgona y jugaba fútbol todos los días con sus compañeros de trabajo o en las canchas del barrio con sus amigos y vecinos. “Allá no es ni peligroso, porque es un pueblo demasiado chico y se puede jugar fútbol a toda hora. Acá se re complican por todo. A veces voy a jugar a la pelota con los compañeros de trabajo, pero no, la gente acá no... tocaba ir a la cancha y había que pagar mil quinientos pesos y empezaban que no, no querían y se daban mucha vuelta. En el persa también quieren hacer partidos siempre, pero se quedan esperando a

llegar a la cantidad de gente para formar equipos y nunca pasa nada”, dice con una risa nostálgica.

Hoy la familia llegó a las doce del día al persa, así que se van a las siete. Javivier, que se quedó al lado de su papá escuchando la conversación, decide que es su momento de opinar: “a mí me gusta aquí, porque en el colegio lo paso bien. Aunque antes no me gustaba tanto-dice hablando más bajo-porque me molestaban por ser colombiano y por mi color de piel. Me decían colombiano feo y cosas tontas como chocolate mascado. Pero yo les decía que el chocolate es rico y más rico si ya me mascaron y que estoy orgulloso de ser colombiano y vivir en Chile”.

## **Desde el norte a Ñuñoa**

Mackie es dulce, divertida y muy bonita. A pesar de tener sólo 23 años, esta mujer de sonrisa radiante tiene claro lo que espera y lo que no quiere para su vida. Ella llegó a Chile directamente de los Estados Unidos, siendo oriunda del estado de Connecticut. Mientras conversamos en su departamento, ubicado en el lado ñuñoíno de la larga calle Echeñique, me cuenta que llegó a Chile en 2011, principalmente porque quería conocer Sudamérica y tenía entendido que éste era uno de los países más seguros del sector para una mujer joven y soltera.

Pero Mackie no llegó inmediatamente a Santiago, sino que primero vivió en Arica, debido a que su universidad en Estados Unidos tenía un vínculo con la Universidad de Tarapacá. Con el fin de conocer un poco el país antes de empezar a estudiar en su intercambio, quiso viajar un tiempo antes del inicio de las clases. Así, comenzó visitando las Torres del Paine, donde dice que prácticamente no vio a ningún chileno porque habían puros gringos.

Luego de esa decepción decidió irse a Chillán, donde vivió con una familia chilena en una granja. “Allí aprendí a hablar bien español pero me costó porque allá hablan diferente. Es gente de campo, campo, campo, entonces estaba un poco perdida”, dice con inocencia y aparente desconocimiento de la palabra “huaso”. “Ahí mismo aprendí lo que era ser una persona cuica,

porque trabajé en un café orgánico y empecé a ver gente que era como más elegante y que tenía una actitud diferente con los demás, como creyéndose más bacanes. Aunque de todas maneras eran amables y me hicieron sentir como una chilena más. Chillán fue el lugar donde por primera vez en Chile no me sentí como una extranjera”, cuenta.

Un mes después de su llegada a Chillán tuvo que irse a Arica, porque las clases estaban por comenzar. “Llegar a Arica fue un shock porque no hay pasto. Colapsé. No había conexión con la naturaleza”, me dice con los ojos bien abiertos. “Pero la gente ariqueña es genial. Súper amables, me aceptaron y trataron como si fuera su niña. El matrimonio que me recibió en su casa siempre estaba pendiente de que yo estuviera cómoda y tenían una *nanny* muy simpática que me cocinaba y ayudaba en todo. Eso es algo que en los Estados Unidos prácticamente no existe. Allá sólo la gente top, top, top puede tener una *nanny*”, agrega.

Mackie estuvo en Arica durante un semestre y luego se fue un mes a Temuco a hacer una investigación para la universidad, centrada en la medicina mapuche y natural. En la ciudad sureña vivió en una vivienda muy básica, sin agua potable y sin refrigerador. Era justamente la experiencia que ella quería vivir. La primera semana todo anduvo muy bien y en armonía, pero días después tuvo un roce con una machi que la hizo sentir discriminada y rechazada. “Me dijo winka, winka, winka, tú y tus malas costumbres”, luego de que ella le hiciera una cantidad de preguntas que parecer haber superado su paciencia. “Aunque luego las cosas se arreglaron y logré terminar mi trabajo”, me dice mientras toma un sorbo de té.

Después de la experiencia en Temuco, Mackie volvió a su país y se graduó de Bióloga. Sin embargo, no aguantó mucho tiempo ahí y volvió a Chile. Pero esta vez fue diferente, porque lo hizo sin una fecha de regreso en mente.

A pesar de que había dejado un pololo en Arica, esta vez Mackie optó por instalarse en Santiago, debido a que tenía más proyecciones laborales y andaba en busca de estabilidad económica. “Aunque llegué a Santiago sin nada, solamente con un poco de plata y una conexión chiquitita con una empresa de clases de inglés que se llama Eclass. Pero tuve suerte porque pronto necesitaron a una profesora para trabajadores de Corfo, y me llamaron”.

La gringa me explica que antes de comenzar las clases “se convirtió en una chilena”. Mackie se compró tacos y ropa como la que usan las mujeres adultas de acá, más que nada por miedo a que sus alumnos no la tomaran en serio si iba vestida como una universitaria. Pero esta nueva ocupación la sorprendió gratamente, porque le trajo muchas más satisfacciones de las que esperaba. De hecho, a la chica le encantó enseñar a profesionales porque de ahí nacieron interesantes conversaciones que le permitieron entender más a la sociedad chilena y darse cuenta de que las personas son distintas en los distintos barrios. “Debido a mi trabajo conozco a gente pro Pinochet, pro dictadura. Es *heavy* ver eso, es difícil tener vínculos con gente así”, explica. Y luego destaca que se siente feliz con la comuna que eligió desde un principio, a pesar de no tener un décimo del conocimiento que hoy tiene de los santiaguinos.

En ese entonces Mackie vivía en la Villa Olímpica, junto a dos estudiantes chilenos. Si bien nunca hizo muy buenas migas con la chica, sí forjó una amistad con Tomás, quien entonces tenía 20 años. A pesar del desorden que caracterizaba al lugar donde vivía, a ella le gustaba el departamento y también su ubicación, sobre todo porque en su edificio no había otros gringos.

A diferencia de los estadounidenses que residen en Providencia, Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea, que carretean en el California, Manuel Montt, El Golf y el Hotel W, ella no busca juntarse con otros gringos, sino todo lo contrario. “Yo intento evitar todo lo que es gringo acá. Yo quiero conocer a los chilenos y no a los gringos. Nunca he ido y no quiero ir a juntas con gringos. Además sé que ellos pelan a los chilenos y encuentro que son muy malagradecidos porque Chile es un país bacán”, comenta.

Por el barrio de Ñuñoa, Mackie ha hecho varios amigos y también tiene un pololo. Ella no lo llama pololo, pero llevan más de un año juntos y basta con hablar un rato con ella para darse cuenta que lo adora. Su nombre es Andrés y vive a cuatro cuadras de ella. Juntos corrieron una maratón hace poco, se ponen de acuerdo para salir a hacer deporte, van a comer, hacen asados con amigos y todas esas cosas que mucho de los santiaguinos hacemos en nuestros ratos libres.

Mackie es muy amistosa y se lleva muy bien con los chilenos, pero también hay cosas que la descolocan y la hacen sentir un poco incómoda. Ella siente que a veces la molestan mucho.

“Acá hay mucho *bullying*, cuando la gente entra en confianza contigo te empiezan a molestar mucho y no se cansan. Por ejemplo, a mí me cuesta decir las ‘r’ y cuando las digo algunos de mis amigos me imitan con un tono de burla. Tallas, tallas, tallas, todo el rato. A veces, ni siquiera me dejan hablar y si me enojo, me dicen que soy mecha corta, que soy enojona”, expresa más seria que antes, y luego examina el departamento con la mirada.

El departamento en que vive hoy lo comparte con otra chilena que se llama Lissette, que tiene un poco más de 30 años. Mackie la conoció porque es hermana de una ex alumna suya que escuchó que su profesora de inglés quería cambiarse de casa. Aquí todo está impecable. El mantel color crema no tiene una sola arruga y el aire huele a limpieza. La única que desordena un poco el espacio del living es una gatita que se pasea con distinción. Sin embargo, esa pulcritud no es iniciativa de Mackie, sino más bien una obsesión de Lissette. “Los estudiantes con que vivía en la Villa Olímpica eran súper desordenados y todo estaba roto, en cambio acá es todo lo contrario. Llegué de un extremo a otro y en realidad preferiría vivir en un lugar que estuviera en medio. Ordenado pero relajado. Un lugar en que se lavaran los platos, pero no inmediatamente después de comer”.

Mackie generalmente se mueve dentro y cerca de su comuna, pero también tiene amigos en La Florida, Maipú y otros barrios capitalinos de clase media. Si hay algo que le ha llamado la atención de los jóvenes chilenos es que “no saben cuidar o cuidan poco su cuerpo”. Esto, refiriéndose a que carretean hasta el día siguiente, sin dejar de tomar. “En los Estados Unidos los carretes empiezan a las 8 y a la 1 se acaban, la gente se va a dormir. En cambio acá es normal pasar la noche despierto y terminar comiendo al otro día en el Mercado Central. Además, si no tomas tanto acá eres fome. Poca gente entiende cuando le explicas que en realidad lo que quieres es cuidar y respetar tu cuerpo”, alega. Aunque a esto ya está acostumbrada.

Pero hay algo que sigue incomodándola a pesar del tiempo que lleva viviendo en Chile: los piropos. “En Estados Unidos no existen los piropos y a mí realmente no me gusta. Al principio me gustó porque pensé que era algo poco habitual, pero después ya no. Un tiempo me tocó trabajar en Quilicura y me sentí muy insegura. Me carga que me griten cosas en la calle, sobre

todo cuando son cosas cochinas o vulgares. Me dan ganas de decirle a los hombres que no soy un objeto y que no me miren como si fuera un pedazo de carne. Aunque prefiero no hacerme mala sangre, así que me pongo seria, no los pesco y filo”.

Pese a que tiene a su mamá y sus tres hermanos en Estados Unidos, Mackie no quiere volver a vivir en su país. Y es que la muerte repentina de su padre cambió del todo su mundo interior. “Cuando mi papá murió sentí que ya me podía ir. De cierta manera me liberé de los Estados Unidos. Él era mi vínculo más fuerte con mi país y no va a volver”, cuenta.

Hoy, la estadounidense cree que el mundo es tan rico y variado que no vale la pena quedarse en un solo lugar para siempre. Además, considera que Estados Unidos es un país muy caro y que la gente se cree muy “bacán”, pero que en realidad los estadounidenses están equivocados en muchas cosas, como la medicina y la forma de establecer lazos afectivos.

Ella y Andrés planean quedarse alrededor de un año más en Santiago y luego irse a vivir al sur o a un país cercano, como Colombia o Venezuela. “Yo creo que es bueno salir de la zona de confort”, asegura antes de contarme que pretende cambiar de ocupación. “Ya no quiero seguir dando clases de inglés. Me encanta enseñar pero cosas que me interesan de verdad. Haciendo clases de inglés siento que estoy expandiendo la globalización y eso es algo que a mí no me gusta para nada. No me gusta sentir que tomo la actitud de ‘soy gringa y te voy a enseñar a ser gringo’. Yo entiendo que las personas necesitan el inglés para tener más oportunidades en lo laboral, pero no me gusta. Voy a ver si puedo importar cosas desde los Estados Unidos y venderlas acá, porque además el horario de 9 a 5 de la tarde me agota”, dice convencida de que es hora de un cambio. “Yo siempre digo que ando con el viento. Creo que es importante que seamos flexibles”, reflexiona tomando el concho del té, que probablemente ya está frío.

## Entre goulash y fútbol

Es la una de la tarde y las calles del centro de Santiago están repletas de personas que caminan a paso apurado haciendo trámites, rumbo a su trabajo o a almorzar en el tiempo concedido por su oficina. El sol está justo perpendicular al piso, el calor rebota en el cemento y aumenta en varios grados la temperatura de 30 grados anunciada. Entre la multitud sudorosa, camina Jean Ševčíková, muerto de sed, con la cara ardiendo y desesperado por llegar a su casa cerca de la estación Moneda del Metro.

Con un metro y ochenta y dos centímetros de altura, pelo castaño oscuro, ojos pardos y contextura media, Jean pasa como un chileno más. No es hasta que se prepara a hablar-porque sí, se tiene que preparar-y las palabras salen con una torpeza de principiante de su boca, que queda en evidencia su origen lejano. Jean es checo, tiene 24 años y llegó a Chile hace dos, siguiendo a su padre que ya lleva 13 años en nuestro país.

En un español enredado cuenta que su papá es topógrafo y que en República Checa casi no tenía trabajo, la mayoría de lo que conseguía era esporádico, nunca pudo conseguir algo estable y tener seguridad, además de que su profesión era muy mal pagados. “Alguien le habló de Chile, que acá pagaban mejor y se vino. Primero estuvo un año y después volvió. La gente cree que por ser Europa todo es bueno, pero nada que ver. En República Checa se paga muy mal, no hay trabajo en ciertas áreas, hay explotación. La situación no es imposible ni se trata de tener que salir del país porque no hay oportunidades, pero se gana mucha más plata afuera y es mejor emigrar a lugares como Chile. Claro, pocos se vienen tan lejos”, cuenta soltando una risa.

En ese año Jean papá-comparten el nombre de pila-descubrió que la topografía chilena era hermosa, extensa y muy rentable, por eso, decidió volver a su país y traerse a su familia, sin embargo, tras un año afuera las cosas habían cambiado. “Yo era niño, pero recuerdo cuando él llegó a casa. Sólo sentí que no estaba hace demasiado tiempo y que estaba un poco distinto, pero no me di cuenta de cómo habían cambiado las cosas en la casa para él: ya no tenía un espacio ahí y con mi mamá tampoco, así que se vino solo”.

Al tiempo, Jean se dio que su papá no volvería. Por esos años la comunicación a otros países no era tan fácil como hoy: “obvio que no había WhatsApp ni Facebook ni Skype, que es como me puedo comunicar con mis hermanas y mi mamá ahora. Ahí era sólo teléfono y no muchas veces porque era muy caro, creo que alguna vez le escribí cartas, sí me acuerdo que recibí muchas de él. Seguramente echaba de menos al principio, pero estaba bien, le estaba yendo bien y empezó a ser claro que no se iba a devolver más”.

Jean vivía en Ostrava, una ciudad al noroeste de República Checa, estéticamente maravillosa, pero aún siendo la segunda ciudad más importante del país, es pequeña, su población no llega a las 350 mil personas. Con su mamá y sus dos hermanas compartían un departamento en el centro de la ciudad, nunca tuvieron grandes problemas de convivencia, pero pequeñas cosas cotidianas que le molestaban hicieron que se empezara a gestar en su cabeza la idea de venirse con su papá.

“Eran cosas tontas, por ejemplo teníamos en el departamento dos gatos y tres perros. No se podía vivir así. Mi hermana es veterinaria y traía animales nuevos a cada rato, hasta hámster, y mi mamá encontraba todo tan bonito y se los quedaban en la casa. Algo que puede parecer chico, pero yo creo que estaba buscando una excusa para venirme. Tenía muchas ganas de estar con mi papá”, cuenta mientras aprieta el botón para subir al sexto piso del edificio ubicado en pleno sector de La Moneda, donde vive.

El departamento es muy pequeño y está levemente desordenado, él se disculpa en una mezcla de español e inglés que lo hace disculparse de nuevo, “todavía se me enlazan todos los idiomas en la cabeza, es como un charquicán aquí”, ríe apuntando su cabeza. Jean papá no está en la casa, así que le toca hacerse almuerzo y, como siempre, se decide por un goulash, porque es lo único que sabe hacer. Mientras saca la carne y la descongela, recuerda el tiempo en que vivía en Ostrava.

“Yo soy la oveja negra de mi familia, el único que no ha estudiado una carrera. Todos en mi familia hablan seis idiomas, menos yo que hablo tres y uno es mi idioma natal. Lo peor es que todos los hablo mal y enlazados”, dice a carcajadas y deja caer un tomate que rueda lejos y se

mete entre la cocina y el lavaplatos. Mientras trata de alcanzarlo sigue contando: “Allá trabajaba en lo que podía y me dedicaba a las fiestas, salía mucho. También tenía mi propia plantación de marihuana, lo que a mi mamá nunca le gustó. Eso también siempre era un problema entre los dos. A veces pensaba en estudiar topografía como mi papá, porque lo encuentro interesante y entretenido, pero nunca lo hice. Creo que tenía muy metido en la cabeza venirme y esa era mi única meta en ese momento, además de *fiestear* como loco”.

Incluso en algún momento, Jean pensó que podía estudiar aquí lo que le gustara, teniendo siempre claro que sería algo como topografía o algo ligado a la agronomía, porque su plantación de cannabis lo hizo tomar un amor por las plantas del que no puede desprenderse. Uno de sus mayores gustos en el pequeño departamento que comparte con su papá es un sector con plantas de interior, porque no tienen balcón. Claro que ninguna de ellas es alucinógena ni mucho menos, porque sabe que aquí está prohibido. Además, su papá jamás se lo permitiría sabiendo que está en contra de la ley.

“Si hubiera sabido antes que estudiar aquí era tan caro, esperaba un tiempo y estudiaba en mi país que es gratis. Nunca investigué, le pregunté a mi papá y él me dijo que sí claro, pero yo creo que nunca buscó tampoco. Hasta que yo llegué y claro, buscó mejor y era demasiado para nosotros. Al menos por ahora es imposible a nuestro bolsillo”, reflexiona y se queda de pie mirando la pared frente al lavaplatos donde está cortando pimentones, es como si analizara cada una de las palabras que ha dicho y tratara de asegurarse de que dijo lo correcto. Cuando espabila, asiente en silencio y sigue cortando como si nada.

En el departamento no hay ninguna foto, ningún adorno, tienen solo lo justo y necesario. Sobre un escritorio al lado de la mesa del comedor, se apilan muchos planos, algunos abiertos y otros en esos tubos plásticos donde pueden guardarse sin que se arruguen ni nada, también hay muchas carpetas y fotos. En un costado hay varias cajas negras grandes que parecieran contener herramientas. Jean confirma que son equipos de topografía que usa junto a su papá, porque desde que llegó a Chile trabaja con él en la que es su profesión y por la que comparten el gusto.

“Me gusta la topografía y lo mejor es que no tengo que usar muchas palabras, siempre son las mismas palabras técnicas que ya me sé de memoria y que, por obligación, también fueron las primeras que aprendí en español, así que no se me olvidan ni las confundo”, dice entre risas. Ya tiene algunos ingredientes en el fuego y mientras los mueve de allá para acá con un tenedor, cuenta que el idioma ha sido lo más complicado: “no tenía ninguna base, no tenía idea de español más que alguna que otra palabra que decía mi papá sin querer. Así que ha sido difícil, a veces me cuesta entender y hago a la gente repetir un montón de veces, es incómodo, pero muy bueno, así no me se me olvida. Pero la pronunciación me cuesta, por ejemplo, si quiero decir ‘po-llo’ (lo separa porque se le hace muy difícil), siempre termino diciendo ‘poro’. No hay caso”.

El goulash está listo. Jean corre los papeles que abundan en la mesa y pone individuales y posavasos, confiesa que no existen manteles en la casa, aunque primero hay que explicarle con detalle qué es un mantel. Sirve los platos muy abundantes y se sienta a la mesa, pero al segundo se para y trae sal, pan y algunas salsas. Se vuelve a sentar, pero se para otra vez porque decide poner música. “Sólo pongo radio o música que tengo. Quiero conocer más música chilena, en este tiempo he conocido muy poca, algunas cumbias y nada más. Esto porque acá no tenemos ni televisor, porque la señal es muy mala y pasamos tan poco tiempo en la casa que no vale la pena la televisión por cable. Por eso no hay televisor. Mi papá no ha tenido ninguno aquí en Chile, pero a mí me gustaría porque me ayudaría a aprender español, es súper necesario, nadie se imagina lo que es ver una película y tratar de encontrar subtítulos en checo. Te demoras tres películas, si es que encuentras alguno”, dice entre risas.

Mientras come ese guiso de carne con tomate, cebolla y pimentones, Jean cuenta que gracias al trabajo como topógrafo ha viajado mucho por el país, principalmente midiendo los terrenos en los que se encuentran los distintos aeropuertos de norte a sur. “Esa fue una de las primeras cosas que le gustó a mi papá, el poder viajar mucho. Aunque puede que le haya gustado más que aquí puede trabajar independiente y allá no podía. A veces pasamos hasta un mes afuera, recorriendo ciudades, aeropuertos, futuros gimnasios en regiones lejos. Ahora estuvimos en Iquique y Antofagasta, es súper bonito, aunque trabajamos tanto que no pudimos conocer todo lo que podíamos. Me gusta mucho Chile, hay tantas cosas distintas, tantos lugares. Ahora

estamos negociando un trabajo para Punta Arenas, ojalá que salga bien, quiero conocer las Torres del Paine. En las fotos se ven majestuosas, enormes”.

El almuerzo terminó y ya son casi las seis de la tarde. Jean decide ir a ducharse, el calor de Santiago lo descompone tanto que se ducha mínimo tres veces en el día. Además, se va a juntar con sus amigos chilenos a ver el partido de Chile con Uruguay. Una vez fuera de la ducha y ya vestido, reflexiona sobre sus amistades y vínculos en la capital: “tengo más amigos chilenos, pero también conozco muchos eslovacos. Lo divertido es que los conocí de casualidad en un café en el centro, o sea, conocí a dos y ellos me presentaron a los demás, ya sabes, checos y eslovacos es como lo mismo, muy parecido. También conozco a un dominicano y un haitiano que atienden donde voy a comer, a veces me junto con ellos porque son buena gente, nos llevamos bien. Pero con los que más me junto son chilenos. Tampoco son tantos, viajo mucho, no alcanzo a hacer tantos amigos”.

Jean se pone un jockey plomo que hace juego con sus pantalones a fin de evitar un poco el sol que todavía le molesta. Decide irse caminando porque “no es tan lejos” y no le gustan las aglomeraciones de la hora punta de los medios de transportes capitalinos. La ruta es desde Moneda hasta Santa Isabel con Vicuña Mackenna, no es mucho, el único problema es el calor y Jean reflexiona que debió ponerse bloqueador. Una vez en el lugar de destino, toca la puerta de un departamento en el segundo piso, lo reciben con alegría, son siete hombres y dos mujeres. A todos los conoció por un amigo, que a su vez, es el mejor amigo de su ex polola, una chilena que se fue a estudiar a Argentina, dejándole los amigos como herencia.

Abre una cerveza y se pone conversar con todos, pareciera que en ese ambiente entiende más rápido el español, pero lo habla igual de enredado. De todas maneras todos le entienden, están acostumbrados a repetir y a hablar lento y se dedican a recalcarle el significado de las palabras que no conoce. El grupo tiene pensado hacer pizzas, así que comienzan a pelar, cortar y picar los ingredientes. Jean se para rápido a ayudar, corta tomates con tranquilidad, se demora más que el resto, pero los trozos son perfectos.

Cuando el partido empieza, Jean se dedica a ayudar con las pizzas que ya están en el horno y de paso se ofrece para algún día hacer un goulash para todos. Cuando ya no hay trabajo en el horno, se sienta a mirar el partido, pero rápidamente reconoce que no le gusta: “quizás si fuera Chile con República Checa me interesaría más, pero no me gusta nada el fútbol. Aunque por lo menos aquí en Sudamérica los jugadores juegan de verdad y con ganas, no como los checos que juegan porque hay un equipo y tienen que jugar. Acá hay sentimientos, peleas, juegan para ganar de verdad”.

Como sigue sin mirar mucho el partido, reflexiona sobre su futuro. No sabe si podrá estudiar aquí en Chile, pero sí está seguro de que le gustaría quedarse a vivir. Ya tiene por seguro que su papá no va a volver a República Checa, así que puede quedarse con tranquilidad. “Quizás vuelva a estudiar allá, porque es gratis, pero después volvería, sobre todo si tengo la posibilidad de tener algo así como un vivero y trabajar con plantas, creo que es lo que más me gusta. Además, Chile me gusta para vivir, es mucho mejor. ¿Sabes qué me gusta más de Chile? Los carabineros. Te tratan con respeto, me han ayudado un montón de veces que me he perdido. En mi país no te hablan y si te hablan, es para tratarte mal”.

Chile hace un gol y Jean lo celebra como si hubiera estado muy atento al partido. Su felicidad es genuina, grita el gol como todos. No le importa quién lo hizo ni qué significa, pero sus amigos están contentos y por eso él también lo está. “Chile tiene mi corazón”, dice.

## Epílogo

Santiago ha cambiado. Los barrios que por decenios han recibido a extranjeros que llegan a la capital en busca de un mejor pasar ya no son los únicos que los albergan. Al barrio Yungay y Mapocho se han sumado comunas lejanas al centro de la ciudad, como Quilicura, Huechuraba, Quinta Normal, Vitacura y Las Condes. Además, se han diversificado las nacionalidades de los inmigrantes en Santiago, ya no son sólo peruanos y bolivianos, sino que también colombianos, dominicanos, venezolanos, argentinos, haitianos, brasileños e incluso españoles.

Muchos de estos inmigrantes se han ido asentando en comunas que han hecho propias, generando que éstas se reconozcan por las nacionalidades que se encuentran ahí. Tal es el caso de Quilicura, que durante los últimos años ha recibido a cientos de familias haitianas o el de Huechuraba, donde actualmente habitan muchos brasileños. Así, estas zonas capitalinas se han ido tiñendo de las características de sus residentes y frecuentes visitantes. Las calles que acogen a los colombianos, por ejemplo, han heredado su ritmo, música y alegría y los lugares donde llegan los brasileños, han tomado el estilo despreocupado y la libertad de las puertas abiertas y los vecinos-amigos.

Por su parte, los haitianos cultivan un perfil más bajo, juntándose principalmente entre ellos. Por ejemplo, en el proceso de investigación anterior a estas crónicas pudimos ser testigos de la desconfianza de estos inmigrantes con los chilenos: En una oportunidad tratamos de hablar con un haitiano que caminaba con un televisor por la Plaza Yungay y no sólo se negó a hablar, prácticamente salió corriendo.

A partir de las entrevistas realizadas concluimos que esa lejanía que caracteriza a los haitianos puede deberse principalmente a la discriminación. Efectivamente, ellos suelen ser marginados o temen ser violentados. Es por esto que buscan relacionarse principalmente con otros extranjeros, especialmente de su misma nacionalidad. De esta manera se sienten acompañados, apoyados y se hace más amigable su estadía en un país lejano que recién empiezan a conocer.

Con los colombianos, venezolanos y brasileños se da todo lo contrario, basta con acercarse a ellos para que empiecen a hablar de su vida, de sus sensaciones en nuestro país, de todo lo que quieras preguntarle o que ellos deseen contar. Es muy notorio cómo les hace falta la cercanía de la gente, todos los entrevistados recalcan que los chilenos somos generalmente muy fríos y lejanos, lo que los hace sentir nostalgia de sus tierras que, además de ser más cálidas en términos climáticos, lo son en las relaciones interpersonales. Tanto así, que sus casas no tienen rejas y dejar a los niños con los vecinos es algo cotidiano, mientras aquí las amistades de barrio suelen ser más escasas.

En tanto, los bolivianos y los peruanos han generado un sentido de pertenencia muchas veces más fuerte que el de otros colectivos: tienen parientes aquí, forman familia con santiaguinos, usan nuestros modismos, estudian carreras aquí y tienen sus propios negocios, principalmente de comida o artesanía típica de sus países.

Asimismo, esta investigación nos llevó a concluir que los inmigrantes no sólo hacen suyos los lugares donde residen, sino también los que frecuentan, que no son necesariamente los mismos. Por ejemplo, los inmigrantes jóvenes unidos por la práctica del ultimate se toman canchas y áreas verdes de distintas comunas para entrenar, mientras los españoles se juntan en el Barrio Italia pero viven principalmente en Providencia, Las Condes, Vitacura y Santiago Centro. Siempre cerca de los metros, cambiando sin intención los espacios a su alrededor. Es de esta forma, que mutan las caras de los sectores que eligen para establecerse.

Esto teniendo en consideración que, aunque gran parte de los inmigrantes que llegan a la capital lo hacen con la idea de volver a sus países, muchos van de a poco estableciéndose aquí y sin darse cuenta pasan a formar parte de los espacios públicos, tomándose plazas, parques o ferias libres para sus actividades, ya sean propias de su cultura como vimos en el caso boliviano o simplemente para practicar un deporte, en el caso de quienes practican el ultimate.

Es por eso que hemos escrito estas crónicas, donde se mezclan escenas de la vida cotidiana con la impronta que impone el tiempo, el espacio migratorio, la cicatriz, la “ignorancia” a la que se refería el escritor checo Milan Kundera. Con este fin, decidimos dibujar estos retratos, en los

vértices que el lenguaje permite al periodismo. Por eso, para que ellos y sus voces dejen huella de esta mundialización que nos toca vivir, generando desafíos que no sólo se miden con números. Aquí hemos incitado la aparición de la vida cotidiana para hablar de las migraciones, cuando la narración sobre lo que se entiende por “naciones” se convierte en un territorio simbólico poroso, en disputa por pertenencias que van más allá del espacio que la nación puede ofrecer para “habitar la vida”.